

PARÁBOLAS MODERNAS

Autor: Morris Venden

Año: 1994

jesusyoyo.com

PARÁBOLAS MODERNAS	1
Prefacio	4
Capítulo 1: Sobre Pensar Claramente	5
Capítulo 2: Sobre Conocer la Verdad	13
Capítulo 3: Sobre el Evangelio	19
Capítulo 4: Sobre el Evangelio Completo	39
Capítulo 5: Sobre la Conversión	59
Capítulo 6: Sobre la Rendición	75
Capítulo 7: Sobre la Relación	106
Capítulo 8: Sobre el Crecimiento	135
Capítulo 9: Sobre la Testificación	147
Capítulo 10: Sobre la Iglesia	156
Capítulo 11: Sobre el Bautismo	170
Capítulo 12: Sobre el Sábado	172
Capítulo 13: Sobre Aceptar la Autoridad	176
Capítulo 14: Sobre la Segunda Venida	180
Capítulo 15: Sobre el Juicio	188
Capítulo 16: Sobre la Familia	202
Capítulo 17: Conclusión	205

PREFACIO

Si Jesús estuviera hoy en la ciudad, probablemente estaría contando historias, historias sobre autopistas, aviones y centros comerciales, tal vez incluso televisión. Y luego recordaríamos Sus historias y sus significados más profundos cada vez que estuviéramos cerca de estos lugares y cosas.

A todo el mundo le encanta una historia. Quizás esa sea una de las razones por las que a los niños les encantaba estar cerca de Jesús. Y hay muchos niños hoy en día... ¡hasta los 90 años!

Este libro reúne una colección de mis parábolas modernas favoritas. Algunas las he escrito yo. Algunas son identificadas por el autor. Otras me las han entregado personas que no pedían ningún reconocimiento. Estas han sido adaptadas y reelaboradas a lo largo de los años. Pero todas son historias que la gente me ha pedido siempre que las he usado para ilustrar una verdad más profunda. Quizás también capten su interés. ¡Pruébalo y disfrútalo!

CAPÍTULO 1: SOBRE PENSAR CLARAMENTE

EL RICO Y LOS MILLONES DE DÓLARES

«¿Qué aprovechará al hombre si ganare el mundo entero, y perdiere su alma?» (Marcos 8:36).

Estaba en el Empire State Building, subiendo en el ascensor hasta la cima para echar un vistazo a las luces brillantes de la ciudad que se extendía a mis pies, la gran Nueva York. En el piso sesenta y seis, la puerta se abrió y entró un famoso multimillonario. Me sorprendió porque pensé que estaba fuera del país, en algún lugar. Aunque lo reconocí, no quería que lo supiera, porque podría ponerse nervioso y tenía miedo de que desapareciera. Estando solo con él en el ascensor, miré alternativamente las paredes y a él. Mientras continuamos nuestro viaje hacia el piso superior, evidentemente se dio cuenta de que lo estaba mirando, porque de repente rompió el silencio. «¿Sabes quién soy?»

«No estoy seguro, ¡pero ciertamente eres guapo!» Respondí. (¡Quería aclarar puntos con él!)

Llegamos al último piso, y cuando se abrió la puerta me aseguré de que él pudiera salir primero del ascensor. Juntos caminamos hasta el borde de la azotea y miramos hacia la calle. Evidentemente mi comportamiento le había impresionado, porque se volvió hacia mí y me dijo: «Tengo una propuesta que hacerte».

«¿En serio?» Yo respondí. Esperaba que implicara dinero.

«Sí», dijo. «Tengo un millón de dólares que quiero darte.»

«¿Quieres darme un millón de dólares?» Aunque me preguntaba cuál era el truco de su oferta, temía ofenderlo preguntándolo. Además, había estado deseando tener lo suficiente para comprar un Jaguar nuevo, y pensé que su oferta cubriría con creces el costo. Estaba encantado. Pero luego continuó: «Quiero darte el dinero con dos condiciones. La primera es que te comprometas a gastar la suma total en un año.»

Bueno, hubiera preferido repartir la diversión durante un período más largo, pero también razoné que sería mejor tener un millón para gastar en un año, que no tener ningún millón. Entonces estuve de acuerdo.

«Bien», respondió. «Ahora bien, aquí está la segunda condición. Al final del año, desde donde quiera que estés, ya sea en el Lejano Oriente o en los Mares del Sur, ya sea en Acapulco o en el Caribe, debes prometerme que me encontrarás aquí en la azotea del Empire State Building». «¿Eso es todo?», pregunté. «¿Qué sucederá después?». «Te encontrarás conmigo aquí, y luego saltarás de este edificio y te estrellarás contra el pavimento».

«¿Perdón?» Jadeé.

Repitió su condición: «Si no saltas, y no hay forma de que puedas salir de ahí; no puedes usar el millón para perderte en algún lugar, entonces te empujaré desde este mismo lugar, y morirás de todos modos al cabo de un año». No me costó mucho pensar en volverme hacia mi posible benefactor y decirle: «¿Sabes una cosa? ¡Eres feo!». Me di la vuelta y caminé de regreso al ascensor. Mientras bajaba, no pude evitar pensar en su ridícula oferta, y me pregunté si alguien en su sano juicio podría aceptar un trato así. En el piso setenta y siete, un hombre vestido de blanco se me unió. Pensé que lo había visto antes en alguna parte, tal vez en fotografías. Sonrió y me saludó, pero me sentí reacio a hablar con él, sintiéndome bastante desconfiado de la gente que conocía en los ascensores. De

alguna manera, no pareció importarle mi aprensión. «Noto que has estado admirando las luces de Nueva York», dijo.

«Sí», respondí con cautela; «Son ciertamente hermosas.» Luego empezó a hablarme de una ciudad fantástica que era incluso mejor. Sonaba increíble. Era una quinta parte más grande que el estado de Oregón y lo atravesaba un río fantástico. Mientras describía sus árboles frutales, casi podía saborear la fruta. Me imagino la belleza de la escena.

«¿Cómo llego allí?», pregunté.

«Sólo a través de mí puedes encontrar el camino», respondió, «pero estaré encantado de llevarte allí».

«¿Que tan lejos está?»

«Son ciento cinco billones de millas.»

¡Ciento cinco billones de millas! ¿Cómo podría llegar allí en mi vida? En ese momento, el ascensor se detuvo en el piso sesenta y seis, y subió otro hombre. Parecía un mago: traje negro, barba y bigote negros como el carbón, y un sombrero alto que parecía como si estuviera tratando de ocultar algo debajo. Mientras mi amigo del piso setenta y siete continuaba describiendo su ciudad, el recién llegado me observaba con ojos penetrantes. Finalmente, se

entrometió de manera grosera en la conversación. Mi amigo de blanco cortésmente le cedió la palabra.

«Yo también tengo una ciudad fabulosa», afirmó. «Deberías ver las luces. Por la noche apenas puedes creer la belleza del lugar. Y la diversión que puedes tener comienza cuando llegas. No tienes que esperar.»

«Bueno», pregunté, «¿cómo llego allí?»

«Te mostraré el camino.»

«¿Que tan lejos está?»

«Podrás estar allí en cuatro horas.»

«¿Cuatro horas?»

«Sí.»

«Bueno, ¿a qué estamos esperando? ¡Vamos ahora mismo!» Dije.

Continuamos bajando hasta la planta baja. Mientras el hombre de blanco desaparecía calle abajo, el de negro me llevó al aeropuerto donde abordamos un avión y volamos a Las Vegas, Nevada.

Llegamos de noche. Las luces estaban encendidas, y me divertí más de lo que jamás hubiera imaginado. Luego dormí hasta el mediodía del día siguiente. Finalmente,

cuando estuve lo suficientemente despierto como para mirar a mi alrededor, comencé a caminar sin rumbo por las calles. Para mi sorpresa, vi una agencia de Jaguar que me ofrecía un Jaguar nuevo por un dólar de anticipo, y un dólar por semana. Apenas podía creer esas condiciones.

Durante un mes estuve dando vueltas por Las Vegas pasándolo genial. Pero lo extraño fue que, cuando terminó la diversión, no quedó nada. Y descubrí, para mi gran asombro, que todas las cosas que hacía para divertirme eran agradables mientras duraban, pero no duraban. De hecho, antes de treinta largos días, ya estaba harto de todo eso. Quería felicidad, algo más profundo y duradero que la diversión. Completamente frustrado, abandoné la ciudad y comencé la gran búsqueda.

(Esta parábola continúa en la historia de «El camión diésel»)

JESÚS, TU MEJOR AMIGO

«Es despreciado y desechado entre los hombres; varón de dolores, experimentado en quebranto, y como que escondimos de él el rostro; fue despreciado y no lo estimamos. Ciertamente él llevó nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores; pero nosotros lo tuvimos por

azotado, por herido de Dios y abatido. Pero él herido fue por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados» (Isaías 53:3-5).

¿Sabes lo que es estar solo? ¿Tan solo que nadie más que tus propios pensamientos será tu compañero? ¿Sabes lo que es cuando eres niño querer jugar con otros niños y sólo encontrarte con el ridículo? ¿Sabes lo que es desear un retiro en la tranquilidad de tu propia casa, pero incluso allí encuentras burlas y sarcasmo? ¿Sabes lo que duele no tener con quién hablar, nadie con quién compartir, aunque sólo te escuche? ¿Alguna vez has sentido el dolor del rechazo o la amarga decepción de la confianza rota? ¿Alguna vez alguien los invitó a conocerse, y luego lo hizo venir después del anochecer para que nadie los viera juntos? ¿Alguna vez te han seguido personas a todas partes para distorsionar algo que dices y justificar tu muerte? ¿Alguna vez has regresado con conocidos de tu ciudad natal, buscando brindarles amistad, solo para que te arrojen piedras?

¿Alguna vez te has entregado hasta que ya no quedó nada para dar? ¿Has luchado contra todas las fuerzas del mal hasta sudar sangre? ¿Alguna vez te han empujado con

rudeza hombres insensibles mientras el amor te impedía tomar represalias?

¿Alguna vez ha sentido el dolor agudo de las espinas clavadas profundamente en el cuero cabelludo y las sienes? ¿Alguna vez alguien te ha escupido en la cara magullada y sangrante? ¿Sabes lo que se siente luchar con tus propias gotas de sangre mientras arrastras maderas pesadas? ¿Crees que podrías seguir adelante tambaleándote y morir voluntariamente por aquellos que te odian, desprecian y rechazan?

¿Alguna vez has sentido el crujido desgarrador y chirriante de las uñas al golpearte las manos y los pies? ¿Alguna vez has sentido, con cada nervio de tu cuerpo, la sacudida de una fea cruz al caer en su agujero en el suelo? ¿Alguna vez te has colgado de heridas cada vez más abiertas, mientras la multitud se burlaba de ti y arrojaba piedras a tu cuerpo lacerado?

¿Alguna vez te han herido? ¿Alguna vez has sufrido? ¿Alguna vez has muerto, solo, por aquellos que se negaron a dejarte ser su amigo? Mientras estuvo en esta tierra, Jesús lo hizo. Y todo el tiempo anheló compañía y comunión con alguien. Todavía lo hace. ¿No quieres ser su amigo?

CAPÍTULO 2: SOBRE CONOCER LA VERDAD

ESOS MUROS DE JERICÓ

«Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad» (2 Timoteo 2:15).

El pastor visitó una clase de niños un domingo por la mañana, para averiguar qué estaban aprendiendo durante el estudio bíblico. «¿Quién derribó los muros de Jericó?» preguntó. «¡Nosotros no, señor!» respondieron los chicos.

«¿Es esto típico de esta clase?», preguntó el pastor al profesor.

«Son muchachos honestos y les creo», respondió la maestra. «No creo que hagan algo así». Frustrado y desanimado, el pastor le contó al director de la escuela dominical sobre su visita a la clase, la respuesta de los muchachos, y su maestra.

«Pastor, conozco al maestro y a esos muchachos desde hace mucho tiempo», respondió el director. «Si dijeron que no lo hicieron, para mí es suficiente».

Luego, el ministro llevó el asunto ante la junta oficial de la iglesia. Lo discutieron durante dos horas, y luego informaron: «Pastor, no vemos necesidad de enfadarnos por una cosita como ésta. Paguemos por los daños causados, y carguémoslo al mantenimiento general de la iglesia.»

CÓMO NO PREOCUPARSE

«Así que, no os afanéis por el día de mañana; porque el día de mañana traerá su afán» (Mateo 6:34).

Quizás hayas oído la historia del hombre que estaba constantemente preocupado. Sus amigos se preocuparon; temían que fuera a morir prematuramente por eso. ¡Comenzaron a preocuparse por su preocupación!

Pero un día un amigo lo encontró en la calle y notó una expresión completamente diferente en su rostro. Estaba tranquilo y pacífico. Y su amigo preguntó: «¿Qué ha pasado? ¡Te ves tan diferente!»

Dijo: «Finalmente encontré una solución a mis preocupaciones». «¡Maravilloso! ¿Qué es?»

Dijo: «He contratado a alguien para que se preocupe por mí».

Su amigo dijo: «Nunca había oído hablar de tal cosa. ¿Cuánto le pagas?»

«Mil dólares al mes».

«¡Mil dólares al mes!» exclamó el amigo.

«¡Eso es imposible! ¿Cómo podrás pagarle?»

«No lo sé», respondió. «Eso es lo primero de lo que tiene que preocuparse».

Sería ridículo suponer que se puede contratar a otra persona para que se ocupe de nuestras preocupaciones. Sería ridículo suponer que se puede contratar a otra persona para que se encargue de comer por nosotros. Y, sin embargo, en el ámbito espiritual, a menudo ha sido una práctica aceptada que las personas dependan de otra persona para que estudien, oren y busquen a Dios por ellas.

EL PANADERO Y EL PAN

«Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida: el que a mí viene, nunca tendrá hambre, y el que cree en mí, nunca tendrá sed. Pero os dije que también vosotros me habéis visto, y no creéis» (Juan 6:35-36).

Érase una vez un hombre que quería ser panadero. Siempre le había gustado el pan recién hecho, y pensó que disfrutaría horneándolo para los demás.

Entonces revisó la ciudad para encontrar la mejor ubicación para un nuevo negocio. Consiguió un lote en esquina, contrató al contratista de la ciudad, y pronto tuvo su panadería lista para abrir, con relucientes fregaderos y electrodomésticos de acero inoxidable, y relucientes vitrinas para exhibir sus productos.

Pero las cosas no le fueron demasiado bien al panadero. Trabajó muchas horas. Hizo publicidad de todas las formas que se le ocurrieron. Hizo todo lo posible para lograrlo. Sin embargo, parecía que no podía producir el tipo de pan que había probado en el pasado. Cuando los clientes vinieron a ver su nuevo edificio, no compraron ninguno de sus productos. Y nunca regresaron. Finalmente, después de años de lucha, tuvo que admitir que era un fracaso. Por la noche tenía que trabajar en otro lugar para tener pan en su propia mesa. Todos sus ayudantes habían renunciado para buscar trabajo en otro lugar. Estaba al borde de la quiebra. Había intentado todo lo que sabía para que su panadería tuviera éxito, y nada había funcionado.

Justo cuando estaba a punto de dejarlo por completo, alguien se acercó y le dijo: «¿Has oído hablar de la harina?»

Él les dijo: «Perdón, ¿me he olvidado de algo?» Y ellos le respondieron: «¡Sí, seguro que sí!»

No lo había probado antes, pero de alguna manera le pareció bien. Y cuando empezó a usar harina, marcó la diferencia.

No importa en qué negocio se encuentre, debe comprender ciertos requisitos básicos si alguna vez espera tener éxito. No se puede mantener un banco funcionando sin dinero. No se puede hacer funcionar un ferrocarril sin trenes. No se puede gestionar una agencia de automóviles sin coches.

No puedo decirles cuántas veces he conocido a personas que han luchado durante años por ser cristianos, sin nada más que fracaso. Y entonces llega alguien y les dice: «¿Habéis oído hablar alguna vez de la justicia de Cristo en lugar de la vuestra?»

Y ellos dicen: «Disculpe, ¿me he olvidado de algo?» «¡Sí, claro que sí!»

¿Qué hay de vivir la vida cristiana? ¿Cuántos de nosotros hemos pasado por alto lo básico durante años?

¿Buscando la justicia, pero sin saber cómo obtenerla? No es más que frustrante intentar ser cristiano sin entender cómo lograrlo.

CAPÍTULO 3: SOBRE EL EVANGELIO

LA MUERTE DE BEN TRYING

«Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración, y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna» (Tito 3:5-7).

Esta historia comienza y termina en el Hospital Mercy, en la sala de cuidados intensivos. El paciente se llama Ben Trying. Había estado tratando de ser cristiano. Había estado tratando de ser bueno. Había estado tratando de creer, de tener fe, de abrirse paso. Pero parecía inútil, sin esperanza. Ahora yacía boca arriba con solo unas pocas horas de vida. Para él, cada momento era muy valioso. Sabía que estaba respirando tiempo prestado. No tenía a nadie que lo ayudara a prepararse para la eternidad, excepto sus tres hermanas religiosas. Todas eran cristianas profesantes. Todas habían venido a consolar a su querido hermano en este trágico momento de crisis y dolor. Tal vez

podrían ayudarlo a abrirse paso y creer, antes de que fuera demasiado tarde. Incluso ahora, esperaban en el vestíbulo de la sala de cuidados intensivos para ver a su hermano moribundo.

La enfermera le susurró algo a una de las hermanas, la señorita Nebulous N. Tangible. Ella lo siguió en silencio y le dijeron que tenía tres minutos. Cuando se sentó junto a la cama de su querido y desesperado hermano y lo miró a los ojos, supo que estaba sin Dios y sin esperanza. Él le agarró la mano y gimió: «Por favor, hermana, ayúdame a salir adelante... No... tengo mucho tiempo... Ayúdame a creer... ¡Por favor, ayúdame!».

¿Cómo podía ayudarlo? ¿Qué podía decirle? Respiró profundamente y comenzó a hablar: «¡Ben! Ben, escúchame. Debes entregar tu corazón a Jesús rápidamente». Ben la miró con incredulidad. Se pasó la mano por el corazón y pareció perplejo. «Debes extender la mano y tomarlo, luego invitarlo a entrar en tu corazón. Debes contemplar al Cordero y rendir tu voluntad». La expresión de Ben transmitía confusión, por lo que continuó: «Debes caer sobre la Roca. Debes arrepentirte de tus pecados, luego aceptar libremente Su manto de justicia. Esta es tu cobertura, tu vestido de bodas. Es tuyo, Ben,

cuando te arrepientas y creas». Gotas de sudor caían por su rostro cansado y desgastado. Su cabeza reposaba sobre la almohada mientras miraba desesperanzado al techo. Un suspiro triste escapó de sus labios mientras temblaba de desesperación. La enfermera entró y susurró: «Señorita Nebulous, se acabó tu tiempo».

La segunda hermana, Miss Solid Ann Concrete, entró en la habitación de su hermano y se sentó junto a su cama. Antes de que pudiera decir algo, Ben la miró frenéticamente, y con gran esfuerzo forzó estas palabras: «Oh, hermana, por favor ayúdame... ayúdame a creer.... Estoy intentando... abrirme paso... pero no puedo... no puedo.»

Ella se inclinó y lo miró a la cara. Retrataba la ansiedad de su corazón. Luego tomó su mano temblorosa y le dijo: «Ben, sólo puedo decirte lo que dice la Biblia sobre la clase de personas que irán al cielo. Su comportamiento contrastará claramente con el del mundo. Si quieres estar allí... bueno, depende de ti. Pero para que tengas esperanza y seas cristiano, primero debes renunciar a tu antigua vida de pecado, tu vida de maldad y egoísmo. Tus hábitos sociales, tu comportamiento y tu conversación deben cambiar drásticamente.

Todo lo que hagas tiene que desaparecer. Eres malvado. No eres bueno. Tengo que decirte la verdad. Debes dejar tu juego. Deja de fumar. Deja de beber. Deja de ir a esos terribles bares y discotecas. Cambia tus patrones de hábitos. No te asocies con tus viejos amigos. Haz unos nuevos. Pierde todo ese peso. Deja de ser glotón. Haz de tu cuerpo un lugar digno para que habite el Señor. Permite que sólo pensamientos buenos, edificantes y ennoblecedores entren en tu mente. Deja de leer esas viles revistas e historias. En lugar de eso, lee la Biblia. Llena tu mente con cosas que sean puras y hermosas. Medita en las cosas del cielo. Ama al Señor y odia el mal con perfecto odio y... y... ¡Ben! ... ¡Ben! ... ¿Estas escuchando? ... ¿Ben? ... ¿Estás bien? ¡Enfermero! ¡Enfermero!» Ben jadeó por respirar. Se atragantó y tuvo arcadas. La enfermera rápidamente le tomó el pulso. «Ya casi se ha ido. ¿Podrías esperar afuera, por favor?»

Momentos después, la enfermera llamó a la última hermana.

«¿Eres la otra hermana de Ben?» ella preguntó.

«Sí, lo soy.»

«No tienes mucho tiempo», dijo la enfermera, y luego añadió: «Y él tampoco».

«Entiendo, enfermera. Muchas gracias.» Sentada junto a su precioso hermano, la señorita Faith N. Christ tomó su mano y oró en silencio para que sus palabras fueran un sabor de vida para vida para el pobre Ben, su hermanito perdido y errante. Ella lo miró a los ojos con esperanza y coraje, y dijo: «Ben, ¿estás listo para morir?»

«No... no estoy listo... Hermana... pero estoy tratando de estar listo... estoy... tratando de abrirme paso... estoy tratando de creer... Hermana.» Se retorció las manos y lloró mientras suspiraba y sacudía la cabeza. «No sirve de nada... Simplemente no puedo creerlo... Simplemente no puedo abrirme paso. Lo he intentado con todas mis fuerzas, pero no sirve... no sirve... «

Faith se inclinó hacia su oreja mientras él yacía inmóvil. «Mi querido hermano Ben, entiendo tu situación. ¿Te quedarías quieto unos minutos? Sólo quédate muy callado y escucha. Eso es todo lo que te pido que hagas, sólo escucha.» Tan pronto como Ben se calmó, Faith empezó a hablar. Ella no lo instó a esforzarse más en creer; en cambio, ella le dio la seguridad de cómo Dios Padre lo había amado en Jesucristo. Ella empezó a contarle las buenas noticias, las buenas nuevas. «Ben», dijo, «mientras eras su enemigo, el Padre te amó y te eligió para que

estuvieras con Él donde Él está. Él no perdonó a su único Hijo por vosotros. Todo el cielo fue vaciado y se quebró por vosotros. Él ha dado todo el amor y la riqueza acumulados y atesorados de la eternidad en el regalo de Jesús, Su Hijo. Has sido redimido, perdonado y aceptado por Jesús.

«Hace dos mil años, cuando había llegado la plenitud de los tiempos, Dios Hijo, vuestro Salvador Jesús, dejó el cielo porque toda su estupenda gloria no era un lugar deseable mientras estabais perdidos. Aquel a quien los ángeles amaban y adoraban descendió de Su exaltado trono y posición, para venir a este oscuro planeta Tierra. Y a la hora señalada por el cielo, nació en un humilde establo para ti, Ben. Él creció, vivió y sufrió vergüenza y humillación, para que tú pudieras ser el aceptado. Por vosotros se hizo pobre, para que con su pobreza vosotros seáis ricos. Él fue tratado como tú mereces para que tú también puedas ser tratado como Él se merece. Él usó la corona de espinas para que tú pudieras llevar la corona de la vida. Él murió por ti y ahora se ofrece a tomar tus pecados y darte Su justicia. Si te entregas a Él y lo aceptas como tu Salvador, entonces, por muy pecaminosa que haya sido tu vida, por amor a Él, eres considerado justo. El carácter de Cristo reemplaza el tuyo, y eres aceptado ante Dios como si no

hubieras pecado. Más que eso, Cristo cambia el corazón. Él permanece en vuestro corazón por la fe.»

Los oídos de Ben habían oído el evangelio eterno. La fe se encendió en su corazón. Vio, mediante la iluminación del Espíritu Santo, que era aceptado porque Jesús era aceptable. Vio que era agradable a los ojos de Dios porque Jesús era totalmente agradable: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mateo 3:17).

Ben comprendió la sencilla verdad de que Jesús era su representante personal y su justicia a la diestra del Padre. Ahora se daba cuenta de que la pregunta no era «¿Me aceptará Dios?», sino: a la luz del Evangelio, «¿Aceptaré el hecho de que he sido aceptado?». Comprendió el asombroso descubrimiento de que el hecho mismo de ser pecador le daba derecho a venir a Jesús. Ya no había ninguna pregunta. No había dudas. El Espíritu Santo iluminó su mente y, poco a poco, la cadena de evidencias se fue uniendo. En Jesús, herido, burlado y colgado de la cruz, vio al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. La esperanza inundó su alma. La gratitud por Jesús se apoderó de su corazón. Las lágrimas rodaron por sus mejillas. El gozo llenó su alma. Se derritió y se suavizó, y una sonrisa se dibujó en su rostro cuando dijo: «Lo veo...

veo que... era... para mí. Lo acepto. Creo». Ese fue el último mensaje de misericordia de Ben. Pero fue suficiente. La fe en Cristo a través del evangelio eterno fue su paz y su esperanza.

EL ESCORPIÓN Y LA RANA

«Nosotros... éramos por naturaleza hijos de ira» (Efesios 2:3).

Un escorpión quería cruzar el río, pero no sabía nadar. Entonces le pidió a una rana que lo llevara al otro lado.

La rana se negó. «Sé lo que harás», dijo la rana. «Me picarás y me hundiré hasta el fondo y me ahogaré.» «Yo no haría eso», insistió el escorpión. «Si hiciera eso, entonces me ahogaría igual que tú.»

La rana se convenció y emprendieron la marcha. En efecto, a mitad de camino del río, el escorpión la picó. Cuando se dirigían hacia el fondo, la rana preguntó con tristeza: «¿Por qué hiciste eso? Ahora vamos a morir los dos». Y el escorpión respondió: «Lo siento, pero no pude evitarlo. Es mi naturaleza».

VIAJAR A SHALOM

«Todas estas personas... admitieron que eran extraterrestres y extraños en la tierra... buscando un país propio... anhelando un país mejor, uno celestial. Por eso Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos, porque les ha preparado una ciudad» (Hebreos 11:13-16, NVI).

«¿TE GUSTARÍA VIAJAR?» preguntó el cartel en mayúsculas de color rojo brillante.

El señor Simons se detuvo frente al tablón de anuncios. Una multitud de recuerdos se agolpaban insistentemente a su alrededor mientras comenzaba a leer la letra pequeña que se encontraba al pie del cartel. Hubo un momento en su vida en que viajar le pareció más importante que cualquier otra cosa. Incluso antes de saber leer, había pasado horas soñando con el enorme atlas que tenía en el estudio de su padre. Había planeado viaje tras viaje, cuidadosamente delineado a partir de los detallados mapas, a veces eligiendo una ruta, a veces otra, pero el destino siempre era el mismo: Shalom, la ciudad de la paz.

De niño, se embarcó en un plan de recaudación de fondos tras otro. ¡Ojalá pudiera ganar lo suficiente para comprar un boleto! Entonces, el cielo azul, las elegantes

palmeras, y las tranquilas aguas del hermoso Shalom podrían ser su propia realidad. «Hijo, hace falta dinero, mucho dinero», le había aconsejado su padre.

«¿Tienes suficiente dinero para ir?» le había preguntado a su padre.

«No, me temo que no, pero quizá algún día...»

Y había tratado de comprender cuánto tiempo tendría que trabajar y ahorrar, ya que toda su vida hasta ese momento sólo le había reportado setenta y ocho centavos, si es que la fortuna de los billetes de diez y veinte dólares en la billetera de su padre era suficiente. No es suficiente.

El señor Simons sacudió los recuerdos de su cabeza y nuevamente trató de leer los detalles del cartel de viaje. «Todo el mundo puede viajar. Ven a nuestra oficina en la calle Séptima. Nos especializamos en viajes a Tierra Santa. Vea el hermoso Shalom...»

Una vez más la ciudad de la paz atraía, casi irresistiblemente. El Sr. Simons casi podía sentir el calor de su sol perpetuo, y escuchar el canto de los pájaros y el suave chapoteo del agua en las orillas. Dio media vuelta y se dirigió hacia la calle Séptima y la agencia de viajes.

La agencia de viajes estaba abarrotada. El señor Simons hizo cola durante veinte minutos, en lo que parecía ser uno de los mostradores principales, y al llegar descubrió que era para vuelos a París. Empezó a darse la vuelta y preguntó: «¿Dónde está el mostrador para viajes a Shalom?». El empleado se rio con desdén, y señaló un pequeño mostrador en un rincón del edificio. Allí ni siquiera había cola. El señor Simons se dio la vuelta para marcharse, y luego se detuvo una vez más. Tal vez pudiera sacarle alguna idea de allí.

«Eh... ¿cuánto cuestan los viajes a París?» preguntó.

«Tenemos el tour en primera clase, incluyendo todas las comidas y alojamiento, por sólo \$2.000.»

El corazón del señor Simons se hundió. Apenas tenía una cuarta parte de esa cantidad. Sin embargo, se recuperó y preguntó enérgicamente: «¿Y cuánto cuestan los billetes de ida?»

«Ese es el billete de ida», respondió el dependiente. «No vendemos billetes de ida y vuelta.»

El señor Simons se alejó. Estuvo a punto de abandonar el edificio sin siquiera detenerse en el escritorio aislado que le había señalado el empleado. De repente, decidió que no

le haría daño preguntar; bien podría averiguarlo todo mientras estuviera allí.

Se dirigió hacia el escritorio de la esquina, desconcertado por los comentarios del empleado. ¿Qué quiso decir con decir que no se permiten billetes de ida y vuelta? Quizás simplemente porque no había una tarifa especial para ellos. Parecía extraño.

Ahora estaba frente al escritorio de la esquina. La chica detrás del escritorio le sonrió amablemente. «¿Puedo ayudarlo?». De repente, sin razón, sintió una oleada de esperanza: tal vez ella podría ayudarlo.

«Quiero ir a Shalom, la ciudad de la paz. No tengo... » se detuvo.

La niña sostenía una carpeta.

«¿Qué es eso?», preguntó desconcertado.

«Su billete, señor.»

«Oh, recién comencé a decir que hoy no tengo dinero, pero he estado ahorrando, y tengo una parte, y quiero saber cuánto más necesito antes...» su voz se apagó nuevamente.

La chica todavía le tendía el billete y seguía sonriendo. «El billete es gratis, señor», dijo amablemente. «Todo lo que tienes que hacer es tomarlo.»

«¡Qué!»

«Es gratis, o, mejor dicho, ya está pagado.»

«¡Nunca había oído hablar de tal cosa!» -exclamó el señor Simons-.

«¿Por qué deberías darme una entrada gratis?»

«Cualquiera puede tener una, señor. Como le dije, ya están pagados.»

«Pero ¿quién los pagó?», preguntó.

—El príncipe que gobierna en la ciudad de la paz. Él pagó por ellos —respondió la muchacha.

«¿Es algún tipo de trato especial o algo así? ¿Cuántos regala?» El señor Simons no parecía entender.

«Hay suficientes para todos en el mundo si los quieren», dijo la niña.

«Pero ¿por qué entonces no todo el mundo los toma, si son reales?»

La niña miró con tristeza alrededor del edificio lleno de gente. «Oh, algunas personas no lo creen. Y muchos ni

siquiera lo saben.» Ella paró. «Señor. Simons, ¿quieres tu entrada?»

El señor Simons empezó a extender la mano, pero luego vaciló. Siempre había pagado su viaje a todas partes. No tenía mucho más, pero ¿aceptar caridad? Retiró la mano. Y luego recordó nuevamente lo que había leído sobre Shalom, y los brazos amistosos del Príncipe de Shalom parecieron extenderse hacia él. Había oído hablar del Príncipe. Había soñado con conocerlo algún día. ¿Podría rechazar la invitación cuando el propio Príncipe se la había ofrecido y había pagado el precio por él?

No pudo. Rápidamente cogió el billete y salió del edificio. Estaba tan emocionado que, antes de llegar a la puerta, se detuvo para avisar a otra persona: «¿Ves ese mostrador de la esquina? Ve allí; no vas a creer el viaje que ofrecen». Luego corrió por las calles de la Gran Ciudad para contarles a los pobres, a los enfermos, y a los desesperados acerca del maravilloso viaje.

La mayoría de las personas a las que detuvo se dieron la vuelta. Aunque, de vez en cuando, alguno acudía a la agencia, y, más ocasionalmente, algunos aceptaban sus billetes de manos de la sonriente chica del mostrador.

«Le recogeré el billete, señor, si está listo para embarcar.» El señor Simons le entregó el billete, que ella selló y se lo devolvió. Luego atravesó la puerta detrás del escritorio que conducía por la rampa al avión. De repente se dio cuenta de que, de alguna manera, aunque apenas comenzaba su viaje a Shalom, al mismo tiempo sentía que ya había llegado.

EL PROBLEMA CON LA GRACIA

La gracia puede ser un problema. La Biblia, de hecho, está repleta de historias inquietantes que muestran cómo la gracia, una y otra vez, trastoca el orden establecido tal como lo conocemos.

El hermano mayor se enoja mucho cuando papá organiza una fiesta para un fugitivo avaro que, después de pasar por una mala racha, ha regresado a casa.

Los empleados de tiempo completo se quejan cuando el patrón les paga a todos sus trabajadores de tiempo parcial el salario de un día completo.

Noventa y nueve ovejas quedan en peligro mientras un pastor busca una que se ha perdido.

Ahora bien, es posible que estas historias me resulten divertidas, e incluso útiles, si fuera el hijo fugitivo, el

trabajador a tiempo parcial, o la oveja perdida. Pero un miembro de cuarta generación de la iglesia, de alto rendimiento, con educación denominacional, empleado en la iglesia, difícilmente puede ser tipificado en tales términos. Hay demasiado de esa antigua religión corriendo por mis venas concienzudas de buen niño.

Así que me sorprendo a mí mismo simpatizando con el hermano mayor, el trabajador a tiempo completo, y el de noventa y nueve años, a pesar de que he oído esas historias setenta veces siete veces, y conozco sus frases ingeniosas como la voz de mi madre... Gracia parece estar en mi contra y no me hace gracia.

Las buenas personas que se toman en serio estas historias pueden ver que parte del problema de la gracia es que no se toma en serio a las buenas personas. Al menos no tan en serio como nos tomamos a nosotros mismos.

UN PROBLEMA EDUCADO

Desde hace algunos años me enorgullezco de no ser legalista, sea lo que sea. El problema con la gracia es que no me deja espacio para sentirme arrogante sobre lo que

soy o no soy, y es bastante ciego a los nombres que me llamo. Lo que me lleva a otro punto.

La gracia no sólo es problemática para los legalistas o las personas religiosas. La gracia puede ser algo difícil de digerir incluso para la gente común y corriente. Y si quieres ir un paso más allá, diré esto: hay algo en la naturaleza humana en general que hace que a cualquiera de nosotros nos resulte difícil extender una mano vacía, porque si lo hiciéramos, la gracia llenaría esa mano. ¿Y qué podría ser más problemático que eso?

Los regalos son un problema para nosotros. Somos discípulos del sistema de «hacer tu propio camino», y tirar de tu propio peso. Somos capaces, autosuficientes, y de alto rendimiento. Y somos culpables. Creemos, en el fondo, que no merecemos nada por lo que no hayamos trabajado, sufrido o pagado, y entrecerramos los ojos ante la multitud del almuerzo gratis. A pesar de todo lo que hablamos sobre dar, la mayoría de las veces mezclamos la realidad con el comercio y la obligación. Nos avergüenza aceptar un regalo cuando no tenemos forma de devolverlo.

Aceptar un regalo sin reservas equivale a una caridad, que, desde la infancia, la gente buena aprende que es

bueno dar y malo recibir. Pero si a la gente educada le cuesta aceptar la gracia como el regalo que es, también tenemos problemas con la forma en que pone patas arriba nuestro buen orden. Creemos en sombreros blancos y sombreros negros, y no nos gusta la forma en que la Gracia parece mezclarlos todos y, la mayoría de las veces deja que el sombrero equivocado se vaya con la princesa hacia el atardecer, mientras el señor Merecedor se queda sollozando solo por la injusticia de todo. Hay algo indómito en un Dios que patrocinaría ese tipo de final para el espectáculo. Todavía no lo hemos civilizado con éxito para que se ajuste a nuestro sentido de la justicia y la propiedad.

VESTIDOS VIEJOS

Podría mencionar muchos más problemas que plantea la gracia, pero voy a detenerme aquí y pasar a otra historia que contó Jesús. Incluso Jesús admitió que la gracia podía ser problemática...

«Nadie pone un remiendo de tela nueva en un vestido viejo, porque el remiendo se desprende del vestido y la rotura se hace peor. Tampoco se echa vino nuevo en odres viejos, porque los odres se revientan, el vino se derrama, y los odres se echan a perder. Al contrario, se echa vino

nuevo en odres nuevos, y lo uno y lo otro se conservan» (Mateo 9:16-17).

Así, en el encuentro entre lo viejo y lo nuevo, podemos reconocer que el problema con la gracia es nuestro problema. Somos camisas viejas para ropa nueva, vasijas viejas para vino nuevo... demasiado orgullosos para el don.

Pero la gracia llega también a los hermanos mayores, y con ella la elección. Podemos aferrarnos a la vida como creemos que debería ser, aferrarnos a lo que nos hace creer que somos buenos, y hacer lo que tiene sentido para nuestra visión, y lo ha hecho desde el principio.

O podemos seguir las palabras duras y aparentemente sin sentido: «El que quiera salvar su vida, la perderá; y el que la pierda, la conservará» (Lucas 17:33) y abrirnos a la gracia, creyendo que nos dará algo más que los trapos hechos trizas, y los recipientes reventados, aunque no tengamos la menor idea de qué será.

Y yo mismo no puedo decir qué será, porque la naturaleza de la gracia es sorprender. Y durante el resto de nuestras vidas, cada vez que pensemos que hemos abierto el último paquete y atravesado la última puerta, y estemos a punto de preguntarnos qué más podría haber,

encontraremos algo que abrir a nuestros pies, y algo que atravesar de pie frente a nosotros.

Una cosa más que puedo decir: los que dejamos de lado nuestra rectitud y perdemos nuestras vidas, obtendremos una nueva perspectiva de esas historias inquietantes. Nos veremos perdidos en una manada de noventa y nueve, como pródigos en nuestra hermandad mayor, y como personas que llegan crónicamente tarde a sus trabajos de tiempo completo. Entonces podremos conocer a un Pastor, un Padre, o un Jefe generoso. Podremos encontrar nuestras vidas y reírnos de lo inesperado de todo. Porque tan cierto como que sabemos que estamos perdidos, seremos encontrados. Encontrados por una gracia cuyo negocio no es hacer que las buenas personas sean mejores, sino buscar a las que están descarriadas y llevarlas a casa. Llevarlas a casa para una fiesta.

CAPÍTULO 4: SOBRE EL EVANGELIO COMPLETO

ENFRENTAMIENTO DEL EVANGELIO

«De él sois vosotros en Cristo Jesús, el cual por Dios nos ha sido hecho sabiduría, justicia, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, gloriése en el Señor» (1 Corintios 1:30-31).

¿Tiene la salvación que ver con el perdón o el desarrollo del carácter? Ken McFarland responde que sí.

A mitad de su recital nocturno sobre los problemas del mundo, el benigno presentador desapareció de repente, reemplazado momentáneamente por el comercial protagonizado por Mud Puddle Kid.

Extendidos sobre diversos muebles de la sala de estar, frente a la caja, estaban los tres observadores.

«La madre de ese pobre niño realmente tiene un problema», observó el número uno, mientras en la pantalla el niño pisoteaba alegremente varios grandes charcos de barro. «Probablemente lo tenía todo listo para ir a una

fiesta, y ahora míralo con ese barro ‘asqueroso’ por toda la ropa.»

«¡Oh, pero hay buenas noticias!» —dijo entusiasmado el número dos, emocionado.

«Mira ahora», añadió, señalando la pantalla, «y verás que su mamá tomará toda esa ropa sucia, y la lavará con detergente Mud-B-Gone. ¡Eso solucionará todo!»

«Si ya has visto este anuncio, ya sabes que no lo soluciona todo», replicó el número uno. «Sigue viéndolo».

Lo hicieron y, efectivamente, el niño, con la ropa recién lavada, salió corriendo hacia el charco más cercano. Mientras se salpicaba con la sustancia viscosa, su madre sacudió la cabeza y suspiró mientras intentaba parecer agradecida por su caja de Mud-B-Gone. (Justificación.)

«Ya ves», continuó el número uno, «¿de qué le sirve limpiar a su hijo si él vuelve a salir y salta al barro? Te diré cuál es la verdadera buena noticia. Es cuando mamá no sólo puede limpiar al niño, sino que también puede quitarle las ganas de jugar en los charcos de barro, tal vez incluso hacer que odie el barro.» (Santificación.)

El número tres no había dicho nada hasta el momento, pero había estado pensando y ahora estaba listo con su

dinero. «Creo que ambos pueden tener razón», comenzó, «pero incluso si mamá puede limpiar al niño y luego hacer que odie los charcos de barro, me parece que el problema nunca podrá resolverse por completo hasta que alguien se lleve el barro. (Glorificación.) Para mí, eso sería realmente una buena noticia.»

Bueno, me duele decirlo, pero los tres observadores se enojaron tanto entre sí por lo que constituía la buena noticia (el Evangelio), que decidieron enfrentarse. Salieron a la calle y comenzaron a arrojarse barro unos a otros.

La última vez que los vi, todavía no se habían dado cuenta de que los tres habían visto sólo una parte de las buenas noticias, y que se necesitan las tres partes para resolver realmente el problema del chico. Pero, como decía Walter Cronkite, «así son las cosas».

CIMENTACIONES Y MUROS DE EDIFICIOS

«Si se destruyen los cimientos, ¿qué podrá hacer el justo?» (Salmo 11:3).

«Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo» (1 Corintios 3:11).

Nadie esperaba que la construcción del edificio tardara tanto tiempo. Debería haberse completado años antes,

pero hubo retrasos y contratiempos repetidos; por momentos parecía que el edificio estaba aún más lejos de terminarse ahora que en el pasado.

El arquitecto había enviado un plano que daba instrucciones suficientes para terminar el edificio, pero algunos interpretaron el plano de una manera, otros de otra, y otros lo ignoraron por completo. Finalmente, los constructores quedaron tan confundidos que el arquitecto emitió instrucciones adicionales con más detalles, con la esperanza de que estas instrucciones adicionales explicaran el plano original lo suficiente para que nadie malinterpretara sus planes para el edificio.

Al principio, parecía que las Instrucciones Adicionales iban a dar resultado. Los constructores se sintieron alentados por la mayor comprensión de los propósitos del Arquitecto, y comenzaron a construir con renovado vigor y unidad. Los cimientos del edificio se estaban construyendo sólidamente. Se estaban erigiendo los muros (Santificación), y la sección central del edificio estaba terminada con varios pilares grandes que sostenían el peso de la construcción. Todos los constructores esperaban con ansias el momento en que la obra estaría terminada y el Arquitecto vendría, como les había prometido que lo haría.

Pero la llegada del arquitecto se retrasó a medida que se acercaban otros intereses, y transcurrieron largos períodos con la construcción del edificio casi paralizada. Entonces llegó un mensaje de aquellos que habían estado en estrecho contacto personal con el Arquitecto: ¡Pronto vendría, terminarían o no el edificio! Había guerra en el país donde se estaba construyendo el edificio, y había un Enemigo que deseaba más que nada ver el edificio y todos sus alrededores completamente destruidos. Los vigilantes, cuya responsabilidad era vigilar y advertir del acercamiento del enemigo, trajeron informes de que las condiciones indicaban que las fuerzas enemigas pronto serían lo suficientemente fuertes como para llevar a cabo su destrucción.

Los constructores comenzaron a construir en serio. Pero al poco tiempo todo quedó en confusión. Algunos de los constructores consideraron que los cimientos no eran adecuados para soportar el peso del edificio. Durante el tiempo que el interés por el edificio decayó y el trabajo fue descuidado, algunas grandes secciones de los cimientos quedaron cubiertas de escombros.

Gran parte de los cimientos (Justificación) se habían perdido de vista. Cuando se reanudó el trabajo, se

descubrió que algunos de los trabajadores habían construido muros en los campos a la derecha del edificio, y no sobre los cimientos. Algunos habían construido muros en el campo izquierdo. Aquellos que comprendían la absoluta necesidad de unos cimientos sólidos comenzaron a insistir en que el trabajo se dirigiera principalmente a completar los cimientos. Insistieron en que cuando los cimientos estuvieran terminados según el plano, eso sería suficiente. Hubo tanto desacuerdo que a veces la construcción se detuvo durante largos períodos mientras los trabajadores se lanzaban insinuaciones, insultos, e incluso algún que otro ladrillo.

Todos los trabajadores tuvieron igual acceso al Plano (la Biblia), y también a las Instrucciones Adicionales (el Espíritu de Profecía), sin embargo, quienes los leyeron llegaron a conclusiones diferentes. Debido a esto, hubo una tendencia creciente a cuestionar las fuentes de información. Algunos argumentaron que el propio Arquitecto había dicho que todo lo que realmente era esencial saber estaba en el Plano original. «Si nos limitáramos al proyecto original y nos olvidáramos de las instrucciones adicionales», insistieron, «entonces nos resultaría más fácil llegar a un acuerdo sobre cómo debería construirse el edificio». Esta idea atrajo a muchos de los

trabajadores. Así que descartaron las Instrucciones Adicionales que el Arquitecto había enviado y estudiaron sólo el Plano original. «No es que no creamos que las Instrucciones Adicionales realmente vinieron del Arquitecto», dijeron a quienes los interrogaron. «Es sólo que sentimos que se ha descuidado el proyecto original y estamos tratando de remediar la situación.»

Un día, un grupo de trabajadores se reunió en la parte central del edificio, la parte que se había terminado inmediatamente después de que se hubieran dado las Instrucciones Adicionales. Llevaban martillos y cinceles, y comenzaron a desbastar los pilares principales del edificio. «Hemos consultado el plano», dijeron. «Las Instrucciones Adicionales dieron una imagen errónea de las cosas. Estos pilares están mal contruidos. Vamos a derribarlos y reconstruirlos». Muchos de los trabajadores abandonaron sus otras tareas y se unieron a este grupo.

Pero otros obreros se alarmaron. «¡Si derribáis los pilares centrales, el edificio no se mantendrá en pie!», exclamaron. «No seáis tan estrechos de miras», replicaron los que tenían los cinceles. «Se nos ha dicho, incluso en vuestras Instrucciones Adicionales, que hasta que llegue el propio arquitecto, siempre habrá nuevas construcciones en

marcha. Simplemente estamos haciendo algunas nuevas construcciones, como estaba previsto».

«Pero», insistió el segundo grupo de trabajadores, «las Instrucciones adicionales dejan muy claro que no se derriban los pilares originales para construir nuevas construcciones». El capataz de la construcción convocó apresuradamente una reunión para detener el derribo de los pilares antes de que todo el edificio se derrumbara.

Algunos de los presentes en la reunión pensaban que los que tenían los cinceles tenían razón, y que se les debía permitir continuar con su trabajo. Otros pensaban que estaban completamente equivocados y que se les debía obligar a abandonar la obra para no volver nunca más. Otros pensaban que cada uno debía ser libre de construir o derribar según su propio criterio. Y muchos no estaban seguros de que fuera muy importante una cosa u otra. Pensaban que lo importante era estar atentos al Enemigo, que llegaría en cualquier momento para intentar destruir el edificio. Algunos insistían en que había mucho más que temer desde dentro que desde fuera, y que no era necesario que el Enemigo destruyera el edificio si los trabajadores lo derribaban ellos mismos. Pero sus voces se

perdieron en la confusión. Las discusiones y los debates continuaron.

Lo que ninguno de ellos pareció darse cuenta fue que el enemigo ya había llegado.

LA PARÁBOLA DEL ENFERMO

«No son los sanos los que tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended lo que significa... porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento» (Mateo 9:12-13).

Érase una vez un hombre que, como decimos, «no había estado enfermo ni un solo día en su vida». Pues bien, llegó un día en que sintió un pequeño dolor. ¿Para qué preocuparse por eso?, pensó. Se le pasará. Pero no se le pasó. De hecho, empeoró, así que finalmente se rindió y fue al médico.

El médico no tardó en examinarlo y darle su diagnóstico. «Tengo buenas y malas noticias», le dijo al hombre.

«Primero tomaré las malas noticias», respondió el paciente.

«Está bien», dijo el médico, y había una nota de tristeza en su voz. «Tienes una enfermedad terrible. De hecho», prosiguió, “es terminal”.

«¿Está seguro, doctor?», preguntó el hombre con ansiedad. «Nunca he estado enfermo antes. ¿Está seguro de que no hay ningún error?» «Nunca me he equivocado en un diagnóstico», le aseguró el médico. «Pero ¿no quiere oír las buenas noticias?» «Oh, sí», respondió el hombre. «Casi me olvidé de las buenas noticias». «Tengo una cura para su enfermedad», dijo el médico. «La he desarrollado, y este es el único lugar donde puede conseguirla. Me costó todo lo que tenía, pero se la puedo dar sin coste alguno».

Bueno, eso fue una buena noticia para el hombre, y supo inmediatamente que había hecho lo correcto al acudir a ese médico.

En su emoción, se levantó y comenzó a irse, pero el médico lo detuvo.

«Puedes conseguir el medicamento de mi colega en la oficina de al lado (el Espíritu Santo), y tendrás que mantenerte en estrecho contacto conmigo.» Este comentario devolvió al hombre a la realidad. Se sentó y formuló algunas preguntas más.

«Doctor, ¿está usted realmente seguro de que puede evitar que muera y curarme de mi enfermedad?», preguntó.

«Por supuesto», fue la respuesta. «Nunca he perdido un paciente».

«¿Nunca?»

«¡Nunca!»

«¿Dijo que tengo que librarme de la enfermedad para no morir?», preguntó el paciente.

«Hombre, ¿estás loco?», le respondió el médico asombrado. «¡Estar bien no es un deber, sino un privilegio!»

«Está bien», dijo el hombre, «pero ¿cuánto tiempo llevará curarme?»

«Cada caso es único», le dijeron. «Depende de que te mantengas en contacto conmigo, y de que tomes tus medicamentos. Puedo darte una garantía absoluta: no vas a morir mientras te mantengas en contacto conmigo».

El paciente se sentó y pensó en ello por un momento. «Doctor», dijo, «hay algo que me desconcierta. Si no voy a morir, ¿por qué tengo que mantenerme en contacto con usted y tomar la medicina?»

«Tiene una enfermedad grave con síntomas muy dañinos», le recordó el médico. «No puedes vivir indefinidamente sin deshacerte de tu enfermedad. Cuando te digo que no vas a morir, es por la seguridad de mi curación. Si te dejas en mis manos, te sacaré más que curado.»

El hombre tomó su medicina y siguió su camino. Al principio tomaba la dosis adecuada todos los días. Empezó a sentirse muy bien otra vez. De hecho, se sintió tan bien que después de un tiempo pensó que no necesitaba tomar su medicamento con tanta fidelidad. Durante unos días incluso se olvidó de tomarlo. Efectivamente, los síntomas volvieron.

Regresó al médico, quien, por supuesto, sabía que no había sido fiel con su medicina ni con sus llamadas.

«Simplemente tienes que hacer lo que te digo para seguir estando bien», le dijo a su paciente. «Tienes la seguridad de que te curarás, pero para estar bien tendrás que tomar tu medicina y mantenerte en contacto conmigo».

Después de esto, el hombre no olvidó sus instrucciones; día a día tomaba el medicamento que le había dado el médico, y seguía llamando para asegurarse

de que estaba haciendo correctamente lo que el médico quería que hiciera.

En su siguiente visita, aunque había sido fiel a sus instrucciones, el hombre estaba visiblemente preocupado. «A veces siento que he vencido la enfermedad», dijo, «pero otras veces no estoy seguro de poder ser lo suficientemente fiel en mis contactos con usted y con mi medicina, para realmente estar libre del todo de este problema».

El médico sonrió, porque muchos de sus pacientes se sentían así. «Escucha, amigo», dijo, «tienes que recordar que no te has 'lamido la enfermedad', como dices. Sí. La cura es mía. Su seguridad nunca estará en que tome el medicamento. Tu seguridad está en mí, tu médico. ¡Confía en mí! Es por la certeza de la curación que estás sano. El hecho de que aún puedas, en cualquier momento, tener una recurrencia de los síntomas no debería desanimarte, sino recordarte que me necesitas. Si te falta seguridad es porque no me conoces ni confías en mí. Recuerda, el trabajo es mío y yo puedo. ¿No es esa seguridad suficiente?»

Entonces ocurrió algo interesante. Cuanto más se mantenía en contacto el hombre con el médico, más

amigos se hacían. De algún modo, su atención a los síntomas había disminuido, pero su necesidad del médico había aumentado. Finalmente, nada podía impedir que el hombre mantuviera un contacto continuo con el amable y excelente médico.

'ADIÓS, 'ADIÓS, RABBONI

«¿Qué diremos entonces? ¿Continuaremos en pecado para que la gracia abunde? Dios no lo quiera. ¿Cómo podremos nosotros, que estamos muertos al pecado, vivir más en él?» (Romanos 6:1-2).

«Y Jesús le dijo: «Ni yo te condeno; vete, y no peques más» (Juan 8:11).

La mujer se levantó de su posición asustada y empezó a escabullirse. Pero entonces, como si de repente se diera cuenta del último mandato de Jesús, se detuvo y miró con curiosidad a su salvador.

«¿Qué quieres decir con “no volver a pecar”?», preguntó.

«Creo que sabes lo que quiero decir», respondió Jesús.

«Pero no lo sé, rabino, a menos que estés sugiriendo que mi relación con Rubin es pecaminosa.»

«¿Como lo llamarías?»

«Una relación significativa», respondió la mujer. «Un compromiso interpersonal en el que cada uno de nosotros busca desarrollar todo su potencial».

«¡Ah, sí!», dijo Jesús.

«Rubin y yo nos amamos. ¡Seguro que sabes lo que eso significa! ¿Cómo puede ser pecaminosa una relación cuando expresa amor verdadero?»

«Y bien, ¿qué pasa con tu pacto con tu marido?»

«¿Isaac? Bueno, rabino, Isaac y yo nunca nos hemos potenciado el uno al otro. No podemos desarrollar todo nuestro potencial juntos».

«¿Y eso qué tiene que ver con...?»

«Vamos, Rabboni. Las personas tienen deberes consigo mismas.

Ya sabes, un derecho a su felicidad.»

«¿En serio?»

«Por supuesto, ¿y por qué debemos permitir que un legalismo anticuado nos ate a relaciones estériles e insatisfactorias?»

«Ah, ¿quieres decir que Isaac no es capaz de tener hijos y esperas que Rubin...?»

«¡Rabino! Me estás engañando. Sabes muy bien a qué me refiero. Dios sabe que Isaac puede engendrar hijos. Tengo tres de ellos para demostrarlo.»

«¿Tienes tres hijos? ¿Y propones ignorar tus votos matrimoniales y seguir con este hombre, Rubin?»

«¡Oh, rabino, eres muy lindo! «Continúa con este hombre, Rubin». Ese tipo de charla se fue con la edad de los jueces. No estoy diciendo que Rubin y yo permaneceremos juntos para siempre; Es muy posible que después de un tiempo nos superemos unos a otros, y necesitemos espacio para explorar nuestras identidades auténticas. La gente sí cambia, ¿sabes?»

«¿Pero los niños?»

«Los niños no son tan frágiles como crees, Rabboni. Te sorprendería saber lo bien que se llevan con Rubin; la forma en que se aferran a él cuando se queda a desayunar cuando Isaac está fuera a pastar en camello, claro está. Lo llaman tío Rube y les hace trucos de magia. Eso les gusta. Lo prefieren mucho más que a Natán.»

«¡Natán!»

Mi relación anterior fue importante. Llegó a ser un pesado. Decía que le molestaba la conciencia y cosas así de legalistas. Le dije que debería prestar más atención a gente como tú».

«¿Como yo? ¿Cómo podría haberlo ayudado?»

«Oh, ya sabes eso que dices sobre no dejarse paralizar por la culpa y temer la opinión humana.»

«Oh, um..., pero dime, si este Rubin te ama tan profundamente, ¿por qué no estuvo aquí hoy?»

«Él quería estar, Rabino, realmente quería estar, pero no soporta ver sangre. Es una persona muy sensible, no se parece en nada a Josué.»

«¿Josué? Otro personaje importante...»

«Oh, eso terminó hace mucho tiempo, y no fue realmente significativo, en realidad no. Se podría decir que sólo estaba probando mis alas.»

«¿Qué le dirás a tu marido sobre hoy?»

«Le diré que lo considere una experiencia de aprendizaje, una oportunidad para ampliar sus horizontes. Bueno, ahora debo irme. Adiós, Rabboni. Que tenga un buen día».

Jesús miró reflexivamente a la figura que se alejaba. Luego se inclinó y las lágrimas comenzaron a fluir de compasión por una pobre persona confundida.

EL CAZADOR Y EL OSO

«Aún no habéis resistido hasta la sangre luchando contra el pecado» (Hebreos 12:4).

Someteos, pues, a Dios. Resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros» (Santiago 4:7-8).

Un cazador estaba en el bosque haciendo lo suyo cuando, desde una colina, apareció un enorme oso. El cazador apuntó con su arma y estaba a punto de apretar el gatillo cuando, para su sorpresa, el oso le dijo: «¡Alto! ¿Qué vas a hacer?».

«Voy a dispararte», dijo el cazador.

«¿Pero por qué me vas a disparar?», preguntó el oso.

«Porque quiero un abrigo de piel.»

«Pero yo también quiero algo», dijo el oso.

«¿Qué es?»

«Quiero un buen desayuno. ¿Por qué no vienes aquí a la colina para que podamos hablar de ello?»

Entonces el cazador y el oso tuvieron una conferencia en la cumbre, allí mismo, en la cima de la colina. Después de un rato, el oso se alejó. Había conseguido lo que quería: ¡un buen desayuno! ¡Y el cazador llevaba puesto su abrigo de piel! Que no era lo que realmente quería... ¡en realidad no!

EL LEÓN Y EL TIGRE

«Vi un gran alboroto, pero no sabía qué era» (2 Samuel 18:29).

Un león se encontró con un tigre mientras bebían junto a la piscina.

El tigre le dijo al león: «¿Por qué ruges como un tonto?»

«Eso no es una tontería», dijo el león, con un brillo en los ojos.

«Me llaman rey de todas las bestias porque hago publicidad». Un conejo los oyó hablar y corrió como un rayo hacia su casa. Pensó en intentar el truco del león, pero su rugido fue sólo un chillido.

Un zorro pasaba por allí y almorzaba en el bosque.

Moraleja: nunca haga publicidad a menos que tenga los productos.

CAPÍTULO 5: SOBRE LA CONVERSIÓN

CADÁVER Y AMIGOS

«Vosotros... que estabais muertos en delitos y pecados» (Efesios 2:1).

Dos estudiantes de medicina van a la escuela a estudiar medicina. Una de las primeras cosas que les presentan es el laboratorio de anatomía. En este laboratorio reina un pesado silencio. ¡Hace un poco de frío y todo está realmente muerto allí!

Sin embargo, estos estudiantes de medicina están ansiosos por hacer un buen papel, por lo que analizan la situación. Se dan cuenta de que hay mucha unidad en el laboratorio. No parece haber peleas entre los «pacientes»; nadie compite por el lugar más alto. Están todos en la misma posición.

Los estudiantes de medicina, al analizar la situación, se convencen de que lo que necesitan estos individuos es crecer. Después de intentos inútiles de conseguir que crezcan e incluso de intentar que hagan ejercicio, deciden que hay un problema aún más grave.

Un día se preguntan si el problema de estas personas en el laboratorio es que no tienen ninguna beca. Pero resulta que eso es un callejón sin salida, ya que los pacientes se niegan a ser sociables. Los estudiantes incluso intentan desarrollar una declaración de misión para «Cadáver» y sus amigos, pero no reciben respuesta.

Al final, los estudiantes de medicina descubren, para su consternación, que todas las personas en el laboratorio tienen un problema común: no respiran. Y otro problema, que llegó incluso antes, es que tampoco comen. ¡Y la razón por la que no comen ni respiran es que ni siquiera están vivos!

LEONARD, EL LOBO TENSO

«Si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Corintios 5:17).

Leonard, el lobo, empezaba a ponerse nervioso. Sus padres, que, por supuesto también eran lobos, no dejaban de rondar a este rebaño de ovejas que vivía no muy lejos. Ahora bien, se espera que los lobos se junten con las ovejas, pero sólo por razones alimenticias. Lo que realmente preocupaba a Leonard era la extraña idea de sus

padres de intentar imitar a las ovejas, de querer que todo el mundo pensara que ellos también eran ovejas. ¡Incluso llevaban pieles de oveja!

Para empeorar las cosas, todos los fines de semana sus padres obligaban a Leonard a vestirse con su propia piel de oveja. Luego lo llevaron gruñendo al redil, donde uno de los pastores asistentes hablaba una y otra vez sobre cómo ser una mejor oveja.

Ahora bien, resultó que algunas ovejas reales eran miembros del rebaño. Realmente parecieron entender algo del discurso del asistente del pastor. Pero también había muchos lobos allí, vestidos con sus propias pieles de oveja, haciéndose pasar por ovejas, y esperando engañar a las ovejas, e incluso a los otros lobos.

¡No Leonard! Podía localizarlos tan pronto como terminaba la reunión. Era fácil. La mayoría de ellos se iban a casa, se quitaban las pieles de oveja, y vivían como lobos el resto de la semana. Por extraño que parezca, los propios padres de Leonard llevaban sus pieles de oveja todo el tiempo, al menos Leonard nunca los veía sin ellas. Tal vez pensaban que, si llevaban pieles de oveja el tiempo suficiente, algún día podrían convertirse en ovejas.

Los padres de Leonard parecían desesperadamente ansiosos por asegurarse de que actuara como una oveja, aunque a él le gustaba ser un lobo y detestaba tener que ser una oveja. Sus padres lo enviaron a una escuela para ovejas, aunque podrían haber ahorrado un montón de dinero enviándolo a las escuelas para lobos más baratas que había por todas partes. La escuela para ovejas era un verdadero fastidio. Leonard tuvo que tomar clases para ovejas allí. ¡Uf! Y tenían alrededor de treinta millones de reglas de lo que se debe y no se debe hacer para las ovejas. Tuvo que leer el Manual del Pastor y hablar con el Pastor (aunque Leonard nunca había visto al Pastor y a veces se preguntaba si realmente existía). Tuvo que salir entre los lobos para distribuir pequeños folletos para ovejas, para convencer a otros lobos de que se convirtieran en ovejas. Tuvo que ir a todas las reuniones de ovejas y estudiar el Gran Curso de Fin de Semana para Ovejas cada semana.

Lo peor de todo es que las cosas que se suponía que no debía hacer eran todas las cosas que a los lobos les encanta hacer. Cosas como correr por la noche con otros lobos jóvenes del vecindario, beber alcohol, salir con lindos zorritos, ver tele-wolf, fumar wolfawanna, o escuchar a su grupo de rock-n-howl favorito. La escuela de ovejas era irreal. En la escuela de ovejas, al igual que en las reuniones

del gran fin de semana, algunos de los estudiantes, tal vez solo unos pocos, eran verdaderas ovejas. Siempre estaban hablando del Jefe de los Pastores, leyendo Su Manual, comiendo pasto y sonriendo. Realmente parecían disfrutarlo. Pusieron nervioso a Leonard.

La mayoría de sus amigos cercanos eran como Leonard, lobos que simplemente usaban pieles de oveja porque tenían que hacerlo. Pero cuando estaban juntos y solos, se quitaban la piel y hablaban de verse obligados a vivir como ovejas tontas. Por lo que sabían, la idea de ser una oveja era: «Si te sientes bien, no lo hagas. Si sabe bien, escúpelo. ¡Si es divertido, basta!»

Y se suponía que debían amar al Jefe de los Pastores, cuando en realidad casi lo odiaban, este aguafiestas en el cielo, esta manta celestial mojada, cuyo Manual era difícil de leer, y que estaba totalmente opuesto a la diversión.

«Me gustaría meterlo todo en la maleta», dijo Leonard un día, «y salir de esta prisión y divertirme de verdad, ya sabes, dejar que todo salga a borbotones, como los lobos de la escuela de lobos».

Un día, una de las ovejas de la clase de Leonard escuchó a Leonard y sus amigos hablar de esta manera.

Después de que los demás se fueron, se acercó a Leonard y se sentó a su lado.

«¿Quieres hablar de eso?» ella preguntó.

¿Bueno, por qué no? Pensó Leonard, aunque sabía que como ella era una verdadera oveja, no podía entender cómo se sentía él. Pero la oveja, Wendy, escuchó atentamente mientras él expresaba sus frustraciones.

—Leonard —respondió ella cuando él se desahogó por completo—, sé exactamente cómo te sientes. Verás, hasta hace un par de años, yo también era un lobo.

Las orejas de Leonard apuntaban bruscamente.

«Crecí como tú», continuó Wendy, «obligada a vivir como una oveja y a odiar cada minuto. Mis padres eran como los tuyos: lobos que solo se ponían pieles de oveja, aunque probablemente en realidad intentaban ser ovejas.

«Finalmente, no pude más. Sentí que tenía que escapar, encontrarme a mí misma, y ordenar mi cabeza. Entonces lo dejé todo. Dejé la escuela de ovejas, el redil, mi propio corral en casa, todo. Salí corriendo y me uní a una enorme manada de lobos que estaba muy lejos. Me lo pasé muy bien durante un tiempo, haciendo lo que quería hacer.

«Pero pronto descubrí que hacer lo que me gustaba no era tan divertido como siempre había imaginado. No es que algunas de las cosas que me gustaban no fueran divertidas, pero la diversión nunca duraría. Solo tenía media pulgada de profundidad y duraba solo unos dos minutos antes de que se apagara. Y yo seguía estando vacía por dentro.

«Y algunas de las cosas que me habían dicho que iban a ser una auténtica pasada acabaron teniendo un precio bastante alto. Alguien me dijo que, si me inyectaba veneno de araña directamente en las venas, me sentiría como el lobo más grande que jamás haya existido. Eso resultó ser un auténtico desastre.

«Finalmente, cuando se me acabó el dinero, mis amigos también. Lo había intentado todo. Mi salud estaba casi agotada. No quedaban nuevas emociones y la diversión había terminado. Había un lugar vacío en mi interior que no parecía poder llenar, una picazón que no podía rascar.

«Una noche decidí salir a correr delante de un coche y acabar con todo. Pero de alguna manera, antes de hacerlo, comencé a hojear el Manual del Pastor Principal. Nadie me

obligó a hacerlo esta vez. Era simplemente algo que sentí que quería hacer.

«¡Y qué sorpresa! Esperaba encontrar dentro una gran lista de todas las reglas que nos habían impuesto en la escuela de ovejas. En cambio, encontré la historia más hermosa que jamás había escuchado. Contaba sobre una época muy lejana en la que no había lobos en absoluto, excepto un gran lobo que odiaba al Jefe de los Pastores.

Este gran lobo atacó el rebaño de ovejas del Pastor y los convirtió a todos en lobos. A partir de ese momento, todos nosotros hemos sido separados del Jefe de los Pastores. Así que no es de extrañar que disfrutemos de las cosas que disfrutaban los lobos.

«Pero el Príncipe de los Pastores todavía nos amaba, y se hizo Cordero, y descendió y murió por nosotros, para que cualquier lobo que quiera pueda convertirse también en cordero, y tener la oportunidad de vivir para siempre en un lugar lleno de verdes pastos y aguas tranquilas. .

«Bueno, leí y leí hasta que ya no pude permanecer despierta, Leonard. Pero cuando me quedé dormida esa noche, había encontrado lo que había estado buscando todo el tiempo. Había encontrado al mejor amigo de todo

el mundo. ¡Y pensar que todo ese tiempo en la escuela de ovejas había estado huyendo de Él!

«Encontré a Alguien que me amó en lugar de condenarme. Alguien que quería hacerme más feliz de lo que jamás me había atrevido a soñar.

«Después de esa noche, pasé todo el tiempo que pude tratando de aprender más sobre el Gran Pastor. Y cuanto más hablaba con Él y leía sobre Él, más notaba que sucedía algo muy extraño.

«De alguna manera, me di cuenta de que ya no disfrutaba haciendo las cosas que se supone que disfrutaban los lobos. Y me entusiasmaban mucho las cosas que antes eran tan pesadas: las cosas que hacen las ovejas. Y un día descubrí por qué. Descubrí, Leonard, que me había convertido en una oveja. No solo en un lobo con piel de oveja, sino en una oveja de verdad. Y, Leonard, no puedes creer lo feliz que soy.»

Leonard escuchó a Wendy durante varias horas y supo que ella había descubierto algo que él deseaba desesperadamente. Esa noche regresó a su casa, y encontró un lugar tranquilo donde podía estar solo y abrir su corazón al Jefe de los Pastores. Y antes de quedarse dormido esa noche, tiró su piel de oveja.

Ya no necesitaría eso.

LAWRENCE Y CHRISTINA

«Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios... Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto en aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra» (Romanos 7:4, 6).

Todos respetaban a Lawrence. En todo su amplio círculo de conocidos, difícilmente habría encontrado uno que no admitiera que realmente lo tenía todo bajo control. Christina estaba segura de que su matrimonio sería un matrimonio hecho en el cielo. Reconocía las muchas cualidades de Lawrence y había aprendido a... bueno, no con exactitud amarlo, pero ciertamente lo respetaba mucho. Estaba segura de que el amor llegaría a medida que pasaran más tiempo juntos. Llegó el día de la boda. La música suave comenzó a sonar y Christina se acercó al altar para hacer su compromiso público con Lawrence. Ella prometió permanecerle fiel hasta que la muerte los separara, y Christina y Lawrence fueron declarados marido y mujer.

Pero incluso antes de que terminara la luna de miel, comenzaron los problemas. Cuando se mudaron a su nuevo hogar, era más evidente que no les gustaban las mismas cosas en absoluto. Christina estaba cada vez más descontenta con Lawrence. No era tolerante en lo más mínimo. Sus ideas se concretaron. Pronto dejó incluso de intentar discutir con él. No era que él la obligara a hacer las cosas a su manera, sino que siempre estaba ahí, mirándola con reproche cada vez que ella intentaba flexibilizarse y ser ella misma. Ella estaba cada vez más cansada de su constante condena. No sólo juzgó su comportamiento exterior, sino que también juzgó sus motivos internos.

Christina intentó todo para complacerlo. Día tras día se levantaba, sombríamente decidida a que hoy sería el día en que Lawrence estaría complacido con ella. Pero mientras se esforzaba más para hacer una cosa perfecta, descubriría que otra cosa sería descuidada. Y hubo momentos en que todos sus mejores esfuerzos terminaron en un desastre total. Parecía que cuanto más lo intentaba, más errores cometía.

A veces, Christina se desanimaba tanto que adoptaba una actitud despreocupada, y pasaba el día precipitadamente haciendo exactamente lo que quería. Le

daba un placer casi diabólico dejar la ropa en el suelo y los platos en el fregadero, mientras pasaba el tiempo viendo películas en la televisión y comiendo chocolate y patatas fritas a puñados.

Pero, aparte del peso, lo único que Christina ganó, sin importar el enfoque que intentara, fue una creciente conciencia de lo lejos que estaba de los ideales de Lawrence. Siempre podía sentir sus ojos sobre ella, juzgándola, acusándola, condenándola.

Una noche, mientras yacía tranquilamente a su lado en la cama, sintió que no podía soportar ni un día más su vida como estaba. Lawrence, que le había parecido tan digno de su respeto y honor en su matrimonio, ahora le parecía feo y odioso. Nunca podría complacerlo. Era inútil intentarlo. No había forma de que pudiera estar a su altura, ni siquiera por un día, y mucho menos por la vida que le había prometido.

Ojalá pudiera casarse con otra persona, con alguien que la aprobara y la amara tal como era. Pero «hasta que la muerte nos separe», las palabras resonaban en su mente. De repente, tuvo una idea brillante: Lawrence dormía tranquilamente a su lado. Si de alguna manera pudiera

lograrlo... pero ¿cómo? Pronto se dio cuenta de que no podía matarlo. No era lo suficientemente fuerte.

Entonces surgió otra idea. Ella no podía matarlo. Pero tal vez podría suicidarse. ¿De qué valía la vida si había que vivirla así? Pero, para su consternación, descubrió que tampoco tenía fuerzas para suicidarse. Sin embargo, ella no podía continuar más. ¡Ojalá pudiera morir y luego resucitar para empezar de nuevo la vida! ¡Oh, si pudiera empezar de nuevo! Completamente desesperada, al darse cuenta de que no había nada que pudiera hacer para ayudarse a sí misma, gritó: «Dios, si existe algo para salvarme de este terrible desastre, Tú tendrás que hacerlo todo.» Por primera vez en años sintió paz y se quedó dormida.

Christina se despertó temprano a la mañana siguiente. Al parecer, Lawrence todavía estaba allí. Sin embargo, todo parecía algo diferente. Quizás el hombre a su lado fuera el hermano gemelo de Lawrence. Había lágrimas en Sus ojos, y hermosas líneas en Su rostro que hablaban de algún tipo de lucha por la que había pasado. También tenía cicatrices en las manos que Christina no había notado antes. En lugar de salir corriendo a la cocina, comenzó el día tomándose el tiempo para comunicarse con Lawrence. Comenzó a

darse cuenta de que había Alguien con un corazón bondadoso, que la amaría y la aceptaría ya sea que el desayuno estuviera perfectamente preparado o no. Comenzó a relajarse ese mismo día, e incluso se encontró cantando mientras hacía las tareas del hogar y pulía los cubiertos. A medida que pasaban los días, Christina pasó más tiempo conociendo a esta maravillosa Persona. Él permaneció con ella durante todo el día, pero ella aún no podía esperar la siguiente oportunidad cuando pudiera pasar tiempo a solas con Él, Aquel que la amaba tal como era y la aceptaba incluso cuando cometía errores.

Y de alguna manera, cuanto más amada y aceptada se sentía, menos se preocupaba por su desempeño, y menos errores cometía. Las demandas de Lawrence simplemente no parecían tan irrazonables como antes.

Un día, Christina se dio cuenta de que toda su relación con Lawrence había cambiado. Ella lo amaba. No sólo encontraba placer en complacerlo, sino que sus gustos e inclinaciones estaban cambiando. Ahora estaba empezando a amar las cosas que Él amaba.

Una vez pensó que sólo si Lawrence moría podría encontrar la paz. Pero fue Cristina quien había muerto, y

quien había resucitado para caminar en la novedad de la vida.

DIEZ MANDAMIENTOS – MODERNOS

¡Oh, cuánto amo yo tu ley! ésta es mi meditación todo el día» (Salmo 119:97).

Nuestra universidad religiosa en el norte de California tiene su propio circuito de carreras de las 500 millas de Indianápolis. Son los trece kilómetros que van desde la cima de la montaña Howell hasta el valle que se encuentra más abajo. Los estudiantes que allí participan sienten una necesidad casi incontrolable de ver lo rápido que pueden subir y bajar esa montaña en sus Porsches y Corvettes.

Un día, mientras bajaba la montaña en coche, vi a uno de los estudiantes, que estaba quemando llantas en la carretera, atropelló a una señora pequeña, anciana y de pelo blanco, y la tiró a la zanja. ¡Me enfadé! Sentí que estaba enfadado con razón. Y no sabía qué hacer, porque él se me adelantó en un instante y se perdió de vista. Pero cuando bajé al pie de la montaña y lo vi sentado al borde de la carretera, delante de un coche negro con los laterales blancos y las luces en la parte superior, dije: «¡Oh, cuánto amo la ley! Es mi meditación todo el día».

¿Cuánto tiempo hace que dices: «¡Cuánto amo yo la Ley! Todo el día ella es mi meditación»? Quisiera recordarte que el camino hacia la Tierra Prometida pasa por el monte Sinaí. Y el monte Sinaí conduce al Calvario.

Aquí hay una versión moderna de los Diez Mandamientos:

Por encima de todo, ama solo a Dios; no te inclines ante madera ni piedra. El nombre de Dios se niega al ser tomado en vano. Mantén con cuidado el descanso del Sabbath. Respeta a tus padres todos tus días. Considera sagrada la vida humana siempre. Sé leal a tu pareja elegida. No robes nada, ni pequeño ni grande. Informa con veracidad de las acciones de tu prójimo. Y libera tu mente de la avaricia egoísta.

CAPÍTULO 6: SOBRE LA RENDICIÓN

«DEBO» Y «NO DEBO»

«Estoy crucificado con Cristo; sin embargo, vivo; pero no yo, sino que vive Cristo en mí» (Gálatas 2:20).

«NO DEBO»

Mi madre me enseñó a no fumar; No.

O escuchar un chiste travieso; No.

En cosas malas no debo pensar, en las muchachas bonitas no debo guiñar un ojo; No.

Los hombres salvajes tienen mujeres, vino y canciones; No.

Quedarse fuera hasta tarde está muy mal; No.

No he besado a ninguna chica, ni siquiera a una; No sé cómo se hace.

No debes pensar que me divierto mucho; ¡No!

«DEBO»

Mi madre me enseñó a orar; Sí.

Mi padre me enseñó qué decir; Sí.

Dicen que vayamos a la iglesia cada semana y escuchemos hablar al predicador; Sí.

Mi decano me ha enseñado la modestia; Llevar mis faldas por debajo de la rodilla; Sí.

«Vida y Enseñanzas» también me ayuda; Aprendo Lucas 5, versículo 32. Todas las noches a las nueve, los niños buenos se reúnen para orar en grupos; Sí.

Cantamos: «Si eres salvo y lo sabes, aplaude;» Sí.

Después de la iglesia siempre dicen: «Venid a testificar; es la única manera;» Sí.

Hago estas cosas casi todos los días. El decano ha dicho que encontré el camino. Veamos: aplaude, ve a la iglesia, haz una oración, aprende un versículo. ¡Estoy salvado!

¡Ay! ¿Qué dijiste? ¿Jesucristo? ¿Quién es él?

«DEBO»

Mi madre me enseñó a orar; Sí.

Para entregar mi corazón a Cristo cada día, lo hago. En la propia Palabra de Dios, me encanta detenerme, contar su amor y gracia hacia los demás; Sí.

Compartir mi fe con amigos y vecinos; Sí.

Intentar cada día hacer algunos favores; Sí.

Si me separo de su amor, sé que mi Dios nunca me desampara. Tal vez pienses que viviré para siempre; Sí.

PODER PARA HACER

Estaba harto de todo lo que no se debe hacer en la vida, cansado de intentar ser bueno. Mi espíritu anhelaba libertad para hacer las cosas que quisiera. «Te daré libertad», me dijo la voz de Dios. «Pero hay que morir para tenerla, porque ese es el precio, ya ves.» Al principio luché y temblé; Parecía demasiado a pagar. «Es mejor intentarlo que morir», escuché decir al diablo. Pero ahora que ese «yo» ha desaparecido, he descubierto que lo que «no» debo también. Cristo vive su vida dentro de mí, y me da el poder para hacerlo.

EL CAMIÓN DIESEL

«Ocupaos de vuestra salvación con temor y temblor. Porque Dios es el que produce en vosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Filipenses 2:12-13).

En las afueras de Las Vegas, miré los carteles y me fijé en el nombre de la ciudad que me había descrito mi amigo del piso setenta y siete del Empire State Building de Nueva

York. Efectivamente, el cartel decía que estaba a ciento cinco billones de millas de distancia. Pero esta vez no me importaba la distancia. Decidí que iba a llegar, aunque fuera lo último que hiciera. Aceleré el motor y tomé la autopista que se alejaba de Las Vegas, en dirección a la ciudad. La autopista de cuatro carriles era preciosa, aunque no tenía una divisoria central. Decidí conducir lo más rápido posible para poder llegar a mi destino rápidamente.

Pero poco después de tomar la autopista, descubrí algo terrible. Todo el tráfico iba en mi contra, en dirección a Las Vegas. Era como conducir en sentido contrario en una calle de sentido único. Sólo en raras ocasiones parecía que algunos coches se dirigieran en mi dirección. De hecho, debido a todos los autos que corrían hacia Las Vegas, no pude llevar a cabo mi plan original de navegar a noventa millas por hora. En lugar de eso, tuve que pasar por el arcén, porque parte del tráfico estaba de mi lado. Y mientras estaba en el arcén, seguí yendo cada vez más lento: setenta, sesenta, cuarenta, veinte millas por hora.

Todo el mundo sabe que no se puede llegar a un destino a ciento cinco billones de millas de distancia a veinte millas por hora. Para empeorar aún más las cosas, mientras conducía por el arcén, al doblar la curva apareció

un enorme camión diésel, un Peterbilt cargado de troncos. Giró hacia mi lado de la carretera, hacia el arcén, y se dirigió directamente hacia mí, ignorando el sonido de mi bocina. Ahora bien, no me gustaba la idea de una colisión frontal con un camión diésel. Entonces, justo antes de chocar, me salí del arcén y caí en la zanja. Gravilla y tierra se esparcieron cuando me detuve, y los guardabarros de mi Jaguar estaban rayados.

Por un tiempo me quedé allí sentado, desanimado por la perspectiva de llegar alguna vez a esa ciudad lejana, pero la descripción que mi amigo hacía de su belleza seguía rondando por mi mente. «Será mejor que siga intentándolo», me dije; así que salí de la zanja y me dirigí nuevamente a la autopista, con la esperanza de lograr mejor tiempo. Pero el tráfico seguía siendo imposible, y una vez más tuve que arrastrarme por el arcén a treinta kilómetros por hora. Cada pocos días, otro de esos camiones diésel rugía al doblar la curva. El siguiente llevaba un cargamento de heno, y se dirigió directamente hacia mí. Nuevamente terminé en la zanja.

El viaje continuó, una pesadilla constante de entrar y salir de la cuneta. Un día, mientras estaba sentado en la cuneta, pensando en renunciar a toda la idea, dispuesto a

olvidarme de intentar llegar a la ciudad, oí que alguien golpeaba mi ventana. El sonido me sorprendió porque no había visto a ningún autoestopista en la carretera. Cuando miré hacia afuera, para mi gran alegría, vi a mi amigo de blanco desde el piso setenta y siete en Nueva York. Abrí la puerta y lo saludé. Me dijo: «¿Quieres que conduzca por ti?».

Sin estar seguro de si conocía todos los peligros de la ruta, le pregunté: «¿Has recorrido este camino?»

«Sí, ya he viajado por aquí antes.»

«Bueno», suspiré, «seguro que estoy haciendo un desastre con este viaje. Me gustaría mucho que condujeras para mí.»

Cuando me deslicé hacia el lado del pasajero, él se acercó y tomó el volante. Mientras conducía hacia la autopista, se le cayó la manga hacia atrás, y vi un brazo grande y musculoso. «De todos modos, ¿qué tipo de trabajo has estado haciendo la mayor parte de tu vida?» Yo pregunté.

«He estado trabajando en una ebanistería.»

Y entonces se dirigió a la autopista a ciento cincuenta kilómetros por hora. Tampoco conducía por la banquina.

Sin poder creerlo, me quedé allí sentado, asombrado. Los Datsun, los Volkswagen, los Honda, los Lincoln Continental y los Chrysler Imperial parecían mantenerse a distancia de su camino. «¡Cien kilómetros por hora...!», me dije. «Creo que llegaremos a esa ciudad después de todo». Lleno de alegría, quise gritar por la ventana: «¡Deberías ver a mi chófer!». Tuve el deseo espontáneo de que todo el mundo supiera de él.

Y un día, mientras acelerábamos, en la curva que teníamos delante apareció otro de esos camiones diésel imposibles. Daba igual quién condujera mi coche, el camión se dirigía directamente hacia nosotros. Como no me gustaba la idea de chocar de frente con un camión diésel a ciento cincuenta kilómetros por hora, me lancé hacia el volante antes de que nos acercáramos más. Mi conductor no puso objeción cuando tomé el volante y se puso a un lado. Giré el volante lo más rápido que pude, los neumáticos chirriaron y nos fuimos a la cuneta.

No es aconsejable conducir a noventa millas por hora. De hecho, la grava casi volcó el coche, y los guardabarros se aplastaron contra el terraplén cuando giramos, pero de alguna manera logramos esquivar el camión. Y cuando el polvo se asentó, descubrí que mi chófer todavía estaba en

el coche conmigo. Me dio un golpecito en el hombro y me preguntó: «¿Quieres que vuelva a conducir?».

«¿Cómo podemos conducir este coche?», pregunté. «Los guardabarros están aplastados contra las ruedas».

«No te preocupes», respondió. «Sé cómo solucionarlos.» Para mi sorpresa, era un excelente especialista en carrocería y defensas. Ahora bien, no sé dónde aprendió ese tipo de trabajo en una ebanistería.

Pronto sacamos los guardabarros y volvimos a la autopista a ciento cincuenta kilómetros por hora. Mientras conducía, me dije: «Me ha dicho que ya había pasado por esta carretera. Seguro que se ha encontrado con un vehículo diésel antes». Y empecé a preguntarme qué haría si nos encontráramos con otro de esos camiones.

Caminamos durante varios días. Aprendí que mi conductor nunca me obligó. En cualquier momento podría encargarme de la conducción. Pero cada mañana, cuando empezábamos el viaje del día, me preguntaba si quería que se quedara conmigo y condujera, y yo siempre decía: «Sí».

Un día apareció por la curva otro camión diésel cargado de heno. «Ahora mira», me dije. «Mantén tu

humor. No hagas nada estúpido. Mantén tus pequeñas manos sucias fuera del volante. Sabe manejar camiones diésel. ¡Aléjate de su camino!» Pero no tenía ganas de hacer nada. Quería hacer algo yo mismo. Sin embargo, como me había dicho que conocía el camino desde antes, pensé: «Déjalo manejar esto».

Cerré los ojos y los volví a abrir. Me mordí las uñas. Me quejé con el cinturón de seguridad. Lo que empeoró toda la situación para mí fue que cuando mi conductor se acercó al diésel, aceleró a 120 millas por hora. Se necesitó cada gramo de fuerza de voluntad, autodisciplina, energía y esfuerzo humano que tuve para sentarme allí. ¿Alguna vez has escuchado la expresión: «No te quedes ahí parado; ¡haz algo!»? Es realmente difícil cambiarlo al revés: «No hagas simplemente algo; siéntate ahí.»

De alguna manera logré que él siguiera al mando y, justo antes de que colisionáramos de frente, ¡el motor diésel se fue a la cuneta! No lo podía creer. Y mientras pasábamos a toda velocidad, vi al conductor. Era el hombre del piso sesenta y seis en Nueva York, el que me había llevado en avión a Las Vegas, y tenía una horca a su lado en la cabina para cargar heno.

Realmente emocionado, le agradecí a mi conductor. Ahora tenía aún más motivos para gritar por la ventana: «¡Deberías ver a mi conductor! Puede esquivar cualquier cosa en este camino.» Incluso quería ponerme calcomanías en los parachoques que dijeran: «Toca la bocina si conoces a mi conductor».

Continuamos el viaje día tras día. Fue una experiencia maravillosa por un tiempo. Pero luego, para mi sorpresa, comencé a aburrirme del campo, frustrado por no tener que conducir. Me impacienté y me cansé del viaje.

Naturalmente, no me gustaba tener que admitir una y otra vez que no sabía conducir, porque eso dañaba mi ego. Quería protestar: «Sé conducir. Ya soy un niño grande. He ido a la escuela de conductores». Dejar a mi chófer al mando se estaba convirtiendo en una experiencia crucificante. Estaba cansado de todo el esfuerzo que me suponía dejarle conducir por mí. Además, más adelante, vi un parque de atracciones a la izquierda. Parecía un lugar fabuloso, tenía cosas como trineos en el Matterhorn, paseos en bote por la jungla y mucho más. Aunque quería parar, estaba bastante seguro de que mi chófer no se desviaría de la carretera principal, así que le di un golpecito en el hombro y le dije: «Disculpe, ¿puedo conducir yo?».

Nunca me impidió conducir, nunca me quitó el poder de elegir, y nunca puso ninguna objeción cuando le pedí que me hiciera cargo. Cuando salió del asiento del conductor, agarré el volante. Para mi sorpresa, los Datsun y los VW se mantuvieron fuera de mi camino. Disminuyendo la velocidad hasta alcanzar la velocidad de giro, giré a la izquierda, por el camino hacia el parque de diversiones. Al tomar una curva que no había previsto a tiempo, me caí por un acantilado.

Allá abajo del acantilado, mientras recuperaba la conciencia en aquel coche destrozado, mi compañero me dio un golpecito en el hombro y me dijo: «¿Quieres que vuelva a conducir?».

Y dije: «De hecho, esa idea me había pasado por la cabeza».

No sé cómo lo hizo, pero de alguna manera logró enderezar el auto y poner el motor en marcha. Al poco tiempo, volvimos a tomar la autopista a ciento cincuenta kilómetros por hora. Lamiendo mis heridas, decidí no volver a tomar el volante nunca más. Mi conductor nunca me recriminó mi necesidad. Pero a medida que avanzábamos, día tras día, de repente me encontré en el asiento del conductor, sin siquiera darme cuenta de que

había llegado allí. No sabía cómo pasó. De hecho, al principio ni siquiera me di cuenta de que estaba conduciendo, porque los otros autos pequeños se mantuvieron fuera de mi camino. Pero luego vi otro diésel rugiendo en la curva más adelante, y cada vez que veía esos diéseles, siempre me preguntaba quién conducía. Me pasó por la cabeza el pensamiento: «Viste cómo lo hizo. ¿Por qué no puedes hacer lo mismo? Sube a 120 millas por hora y dirígete directamente hacia el camión. ¡Eso le hará caer en la zanja!»

El desafío me hizo sentir muy bien porque, después de todo, había aprendido de primera mano cómo manejar motores diésel. Así que me agarré al volante y aceleré hasta 120. No hace falta que te cuente el resto. ¡Tuvimos una terrible colisión frontal! Habría perdido la vida en el horrible accidente, pero justo antes del impacto, mi amigo se arrojó frente a mí, y terminó magullado y sangrando. Después de que los escombros se hubieron asentado a mi alrededor y me desperté, dijo: «¿Quieres que conduzca?».

«¿Conducir qué?» Yo pregunté.

Pero, para mi sorpresa, descubrí que no sólo era ebanista y reparador de carrocerías y guardabarros, sino también un maestro mecánico. Una vez más, nos dirigimos

por la autopista hacia la ciudad lejana, con mi chófer al volante. Al ver sus moretones y heridas sangrantes, me sentí descorazonado y le pedí que me perdonara.

Poco a poco, a medida que viajamos juntos, me doy cuenta de que fracaso cada vez que intento ayudarlo a hacer lo que ya ha prometido hacer: conducir para mí, y llevarme a esa ciudad. Mis fracasos siempre surgen, no porque no me esfuerce lo suficiente para conducir, sino porque no dejo que él conduzca por mí. Cada vez que se acerca un diésel, ya sea cargado de leña, de heno o de carbón, si por error o por elección deliberada estoy en el asiento del conductor, me arrepiento y dejo que él tome el relevo rápidamente.

El viaje aún no ha terminado, pero el otro día llegamos a una bifurcación en el camino. Un camino se desviaba hacia la izquierda y terminaba en un jardín hundido, hermoso más allá de toda descripción: flores, césped verde como el de un campo de golf, fuentes, lagos y arroyos, palmeras ondulantes. Tenía una amplia calzada de ocho carriles que lo conducía. Pero la bifurcación a la derecha salía de la acera principal hacia un terreno de grava, y luego, más adelante, pude ver baches en el camino, que continuaban en un patrón sinuoso hacia la montaña.

¿Qué camino tomó mi conductor? Tomó el camino de la derecha, el de los baches. Le toqué el hombro y le dije: «¿Viste el otro camino?»

«Sí.»

«¿Estás seguro de que estás en el camino correcto? El otro lado se parecía más a tu descripción de la ciudad lejana.»

«Estoy seguro de que estoy en el camino correcto. Pero si no lo cree así, podrá conducir.»

«No, por favor, sigue conduciendo.»

Mientras continuábamos subiendo la montaña, de un lado a otro, cada vez más alto, miré hacia atrás, a esos hermosos jardines hundidos, y justo al otro lado, vi enormes nubes de humo que se elevaban. Se parecía al humo de los motores diésel Peterbilt, las horcas y el heno quemados.

Ahora estoy decidido a dejar a mi conductor detrás del volante, mientras continuamos subiendo por la carretera estrecha y sinuosa. Pero algo emocionante ha estado sucediendo.

Del otro lado de la montaña brilla una luz gloriosa. Estoy deseando ver qué es. Es una luz fantástica, y la veo

cada vez con más claridad a medida que nos acercamos. Tengo la idea de que debe ser de esa ciudad lejana. Mientras tanto, aunque no por ello dejo de interesarme por esa ciudad, me lo estoy pasando genial conociendo mejor a mi chófer y, a medida que lo conozco más y más, lo quiero y confío cada vez más en él.

Justo al otro lado de la montaña, en la tierra prometida, se encuentra la Ciudad Santa construida por la propia mano de Dios.

MI HERMANO QUE HACE AUTOSTOP

«Porque el amor de Cristo nos constriñe» (2 Corintios 5:14).

Me gustaría describir la obediencia natural en contraste con la obediencia deliberada. No me refiero a la persona que se sienta en su mecedora todo el día y deja que Cristo haga su trabajo y se gane la vida por él. Cristo no nos pasa por alto: Él vive en nosotros. Pablo dijo: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gálatas 2:20).

Tal vez una parábola dramatizada sirva de ayuda. Durante la época en que mi hermano asistía a la universidad, se enamoró y planeó casarse cuando terminara la escuela. Así que una fría y oscura noche de

sábado, con una niebla espesa por todas partes, partió hacia Los Ángeles para ver a su prometida. No tenía forma de recorrer los ciento veinte kilómetros que lo separaban de Los Ángeles esa noche, pero quería visitarla. Así que empezó a caminar. Mi hermano definitivamente se había enamorado. Los estudiantes de nuestro lado del dormitorio sabían que estaba enamorado. Nadie pensó que se había vuelto loco porque caminaba en la oscuridad hacia Glendale. Todos asumieron que era lo más natural para él. Sus pies iban por la carretera y su pulgar sobresalía, tratando de conseguir que alguien lo llevara a través de la niebla espesa, aunque los automovilistas ni siquiera podían ver su pulgar. Gastó una enorme energía para llegar a Glendale. Pero el amor lo controlaba y lo impulsaba. Habría sido antinatural para él quedarse en casa con los pies sobre el escritorio, leyendo un libro. En otras palabras, aunque tuviera que esforzarse, era el resultado natural del amor. Era su elección, lo que realmente quería hacer. El amor era más fuerte que la molestia de caminar a través de la niebla en la oscuridad.

La obediencia natural no se logra sin esfuerzo. Es cuando tendríamos que esforzarnos más en no obedecer que en obedecer... no sin esfuerzo, pero sí lo más fácil.

MI NUEVO VOLKSWAGEN

«Después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. Y acercándose a él el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan» (Mateo 4:2-3).

En 1956 mi hermano contrajo la enfermedad de los coches extranjeros VW. Estaba tan entusiasmado que me lo contó: «Excelente rendimiento de gasolina adelanta a cualquier cosa en la carretera, se conduce como un Cadillac», etc. También compré un VW, y me arrepentí hasta que gradualmente la enfermedad se fue agravando.

Poco después de haber comprado el VW con su motor de treinta y seis caballos de fuerza, me quedé sentado en un semáforo esperando a que se pusiera en verde. De repente, uno de esos sabelotodo locales de la escuela secundaria se detuvo a mi lado en su hot rod con cuatrocientos caballos de fuerza y «cuatro en el piso». Aunque yo también tenía cuatro en el piso, olvidé que solo tenía «cuatro en el horno». Aceleramos nuestros motores, la luz parpadeó en verde, y cruzamos la intersección. Cuando crucé, él ya estaba en el siguiente semáforo. Nunca más tuve la urgencia de hacerlo. Cuando tienes los caballos de fuerza bajo el capó, entonces estás tentado a

usarlos. ¡Y cuanto mayor es el poder, mayor es la tentación de usarlos! «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (Hebreos 4:15-16).

LA PARCELA DE TERRENO

«En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos» (Juan 15:8).

Esta es la historia de un terreno que quería ser jardín. En realidad, la historia comienza con un granjero que compró un terreno a un gran costo. Luego proporcionó algunas semillas de excelente calidad, llegó al terreno y sembró la semilla.

Bueno, el terreno se alegró. Siempre había querido ser un jardín. Y comenzó de inmediato a tratar de hacer su parte para convertirse en un jardín de belleza y fructificación. Comenzó a mirarse y descubrió, para su consternación, que estaba cubierto de varias malas hierbas feas. Había espinas, cardos, y zarzas. El terreno estaba preocupado y avergonzado.

Antes de la llegada del granjero, no se había prestado mucha atención a esas cosas, y la maleza había hecho terribles inundaciones. Sus raíces estaban profundamente arraigadas en el suelo. «¿Cómo puedo recibir algún beneficio de la semilla, cuando todas estas malas hierbas crecen sin control?» Se preguntó la parcela de terreno. «Todo el mundo sabe que hay que desherbar un jardín para que crezca la semilla.»

Por lo que comenzaron esfuerzos inmediatos para tratar de eliminar las malas hierbas. Quería cooperar con el agricultor para que llegara lo antes posible el momento en que ya no fuera sólo un feo parche de malas hierbas, sino que se convirtiera en un hermoso jardín. La parcela de tierra luchaba y se inquietaba. Tenía muchas ganas de deshacerse de las malas hierbas, pero el problema era descubrir cómo. Todas las instrucciones sobre cómo arrancar la maleza parecían vagas y contradictorias. La parcela de tierra escuchó de una fuente que, si se deshacía de las hojas y los tallos, el granjero estaría dispuesto a arrancar las raíces. Sin embargo, se descubrió que era demasiado débil para deshacerse de las hojas y los tallos. Se decía que, si un terreno hacía su parte, el granjero haría la suya. Pero la parcela de tierra parecía incapaz de arrancar por sí sola ninguna parte de la maleza. A menudo

le decían que se esforzara por superar las malas hierbas, pero tampoco sabía exactamente cómo hacerlo.

Y cuando la maleza todavía era visible semana tras semana, aquellos alrededor del terreno, e incluso el terreno mismo, comenzaron a preguntarse si era realmente sincero al querer deshacerse de la maleza.

Alguien sugirió al terreno que, si no trataba de eliminar las malas hierbas de todo el jardín de una vez, sino que se concentrara en eliminar una sola maleza a la vez, sería más fácil. Pero el terreno se vio incapaz de eliminar ni una sola mala hierba.

A veces el terreno casi se daba por vencido por el desánimo ante la falta de progreso, pero luego volvía a imaginarse el jardín que anhelaba ser, y nuevamente hacía serios esfuerzos para tratar de deshacerse de las malas hierbas. Pero todos los esfuerzos que hizo el terreno para librarse de las espinas y las zarzas terminaron en nada.

Un día, el terreno se vio obligado a admitir que nunca se convertiría en un hermoso jardín por sí solo. Y ese mismo día, el granjero llegó al terreno con una noticia espantosa. El granjero había salido diez veces antes, pero el terreno había estado tan ocupado luchando con las malas hierbas, que realmente no había tomado tiempo

para escuchar. El granjero le dijo al terreno algo casi imposible de creer. A primera vista, parecía ir en contra de todo lo que el terreno había oído alguna vez sobre jardinería.

Esto es lo que dijo el agricultor: «No es responsabilidad del huerto deshacerse de las malas hierbas. Ésa es la tarea del jardinero. Es el jardinero quien arranca las malas hierbas».

Bueno, puedes ver de inmediato por qué el terreno tuvo problemas con eso. ¿Quién ha oído hablar de un jardinero que estuviera dispuesto a arrancar las malas hierbas de su jardín? ¿Quién ha oído hablar de un terreno del que no se esperara que primero se deshiciera de sus propias malas hierbas, antes de que un jardinero estuviera dispuesto a venir y trabajar allí? No es de extrañar que el terreno tuviera problemas con el anuncio del granjero. Pero era eso o renunciar a toda esperanza de convertirse en un jardín. Así que el terreno se rindió al granjero, y le permitió arrancar las malas hierbas. Y lo primero que se supo fue que las malas hierbas estaban siendo arrancadas, y de raíz también. No solo se fueron las hojas y los tallos, sino que toda la planta fue arrancada y llevada lejos del terreno, y el jardín comenzó a crecer y desarrollarse.

A medida que pasaba el tiempo, el terreno, ahora un hermoso jardín, seguía permitiendo que el jardinero hiciera su trabajo. Y el jardín seguía haciendo su trabajo. Continuó aceptando la semilla que el jardinero sembraba, bebiendo abundantemente el agua que el jardinero le arrojaba, y disfrutando del sol que el jardinero le proporcionaba.

Las plantas del jardín crecieron y dieron fruto, uno a ciento, otro a sesenta, y otro a treinta por uno.

EL PARTIDO DE BOXEO

«La batalla no es tuya, sino de Dios... No tendréis necesidad de pelear en esta batalla; estad quietos, y ved la salvación del Señor» (2 Crónicas 20:15, 17).

Estoy en un ring, un ring de boxeo. Tengo los guantes puestos y estoy listo para pelear. Mi compañero de equipo me espera fuera del ring. Tengo la mirada fija en la lona, que empieza a temblar. Miro hacia arriba y, para mi horror, ¡mi oponente es más grande que yo! Pesa 680 kilos y mide tres metros y medio, con la mandíbula suelta y la frente inclinada. Pero, de alguna manera, me siento extrañamente confiado. Después de todo, parece muy viejo. Tal vez tenga unos 7000 años.

La campana suena. Nos levantamos. Antes de dar mi segundo paso hacia él, un guante de un metro golpea mi cara y quedo inconsciente. La siguiente ronda estoy algo inquieto. Planeo una nueva estrategia de ataque. El mismo guante de tres pies y me quedo inconsciente otra vez. Pero por alguna extraña razón, todavía tengo confianza.

Mi compañero fuera del ring tiene una mirada ansiosa y compasiva en su rostro. Cada vez que me levanto para pelear, él se inclina hacia el ring para que pueda tocarlo. Pero no lo hago. Después de todo, alguien me dijo una vez que él era solo el hijo de un carpintero. Después de mil asaltos con mi oponente de 1.500 libras, me desanimo y pienso en rendirme. De alguna manera, no lo estoy haciendo tan bien. Pero un nuevo vínculo de amistad comienza a desarrollarse entre mi compañero y yo. Descubro que él ha peleado antes. Deja caer algunos nombres de sus antiguos compañeros. Estaba Abel, un pastor de ovejas; un hombre llamado Enoc; un constructor de barcos llamado Noé; un padre llamado Abraham y su hijo Isaac; e incluso una mujer con el nombre de Sara. La lista se hace más larga: José, un líder en Egipto; Moisés, un pastor convertido en patriarca; Samuel; David; e incluso un hombre llamado Pablo. La lista comienza a parecerse a algo que he leído en alguna parte. ¡Estoy impresionado! La

siguiente vez que voy a la batalla, noto que mi compañero está más ansioso que nunca por entrar al ring. A medida que pasamos tiempo juntos, nuestra relación se hace más estrecha. En un momento dado, incluso se arrastra hacia el ring para estar más cerca de mí. Quiere que lo ayudemos a entrar en la pelea. Y entonces, un día, cuando mi oponente, lleno de confianza, se eleva sobre mí, mi corazón falla. ¡Quiero salir! ¡Estoy cansado de luchar! Justo cuando estoy a punto de recibir una paliza por enésima vez, me acerco y le doy el relevo a mi compañero.

En un instante, él está en el ring. Con ojos cansados, observo que entra con ambas manos estiradas en el aire, en señal de victoria. Y para mi asombro, el matón de 1.500 libras sale del ring, completamente abrumado por el miedo. La batalla ha terminado. Mi compañero me da la victoria. Y pronto descubro que, mientras lo invite a permanecer en el ring, el enemigo está totalmente derrotado. Mi compañero y yo ahora pasamos mucho tiempo juntos. Descubro que él no solo es un vencedor, sino que es un solucionador de problemas, un maestro, un consolador y un guía. Jesús ha ganado la victoria por nosotros. Esa victoria ganada en una cruz de madera sigue siendo válida hoy. Es válida para todos los días.

NADAR A HAWAÍ

«Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mateo 11:28).

Hawái = Perfección (obediencia)

La ciudad de Remanente se organizó oficialmente en 1863, aunque los primeros pobladores comenzaron a reunirse en ese lugar alrededor de 1844. Las personas que vivían en Remanente eran diferentes en muchos aspectos del resto del mundo, pero tenían una característica sobresaliente: la gente de Remanente. Remanente creía que todos deberían mudarse a Hawái. Desde el principio, habían estado seguros de que cuanto antes llegaran las personas a Hawái, antes llegarían al cielo.

Pero había un hecho sumamente embarazoso del que no podían escapar: no vivían en Hawái. Hawái parecía estar muy lejos, casi tan lejos como el cielo mismo. Y aunque algunos de ellos afirmaban haber estado en Hawái, nadie creía que realmente lo hubieran hecho, porque en Remanente había un dicho común que decía que, si uno dice que ha estado en Hawái, eso es prueba segura de que nunca ha estado allí.

La mayoría de los habitantes de Remanente creían que si trabajaban tan duro como pudieran durante toda su vida, tal vez podrían pasar un día en Hawái, justo antes de morir. Pero pocos lograrían siquiera eso. Aunque la población de Remanente ascendía a varios millones, la mayoría aceptaba el hecho de que, si 144.000 de ellos conseguían llegar a Hawái, aunque fuera por poco tiempo, eso sería lo máximo que se podría esperar.

Durante varios años, hubo un método comúnmente aceptado para llegar a Hawái. Saliste a las afueras de la ciudad, a la playa, te metiste en el agua y empezaste a nadar. Las clases de natación eran populares allí en Remanente, como puedes imaginar. Se esperaba que los niños aprendieran a nadar casi antes de aprender a caminar. Se ofrecían regularmente escuelas de natación, seminarios de natación, y clínicas de natación de cinco días. Se esperaba que cualquier ciudadano con buena reputación y regularidad aprendiera a nadar.

A los recién llegados a la ciudad se les advirtió que podría llevar algún tiempo antes de que pudieran nadar lo suficientemente bien para llegar a Hawái, pero se esperaba que comenzaran a nadar de inmediato, alentados por la

idea de que, si hacían su parte y se esforzaban todos los días, tarde o temprano lograrían llegar a Hawái.

Algunos se desanimaron tanto de intentarlo y fracasar una y otra vez, que abandonaron el pueblo. Otros murieron en el intento. Pero la mayoría siguió intentando nadar hasta Hawái, hasta que un día ocurrió lo inevitable. Algunos se vieron obligados a regresar a la orilla, jadeando, luchando y fracasando una vez más. Tuvieron lo que pareció ser un destello de intuición. En cuanto recuperaron el aliento, comenzaron a recorrer la playa y el pueblo, preguntando: «¿Quién dice que tenemos que vivir en Hawái? ¿Te das cuenta de cuánto tiempo llevamos intentando llegar a Hawái? ¿Puedes nombrar a una sola persona que lo haya logrado?». Al poco tiempo, habían reunido a un buen número de seguidores, todos haciendo las mismas preguntas. Y llegaron a esta conclusión: no es necesario ir a Hawái. Y comenzaron a dar sus buenas noticias a lo lejos y a lo cerca.

Algunas personas aceptaron con gusto esta nueva idea, mientras que otras se opusieron. Durante un tiempo, todos en Remanente parecían estar discutiendo la «nueva teología»: la idea de que, aunque siguieran intentando

llegar a Hawái hasta que los llevaran al cielo, nadie se les acercaría jamás. Pero eso no importaba.

Entonces ahora había dos grupos. Un grupo todavía insistía en que era necesario vivir en Hawái. El segundo grupo estaba seguro de que no era necesario. Pero lo interesante fue que ambos grupos todavía iban regularmente a la playa para practicar natación. De hecho, algunos de los que afirmaban creer que nunca sería posible llegar a Hawái eran algunos de los nadadores más dedicados que existían. Luego llegó la noticia de una tercera opción. Sonó raro. Pasó por alto la playa por completo. La tercera opción era conocer al piloto del avión. Te pones en Sus manos y dependes de Él para llevarte a Hawái. Y cuando subes a bordo del avión, con el piloto al mando, todo lo que tienes que hacer es descansar, es asunto suyo llevarte a Hawái.

Al principio parecía que nadie lo entendía realmente. Las preguntas surgieron espesas y rápidas. «Pero ¿qué es lo que haces? ¿Agitas los brazos? ¿Pateas con los pies? ¿Trotas arriba y abajo por los pasillos del avión?»

Cuando tantos no habían podido llegar a Hawái, a pesar de sus tremendas luchas y su trabajo agotador, ¿cómo podía alguien esperar llegar a ese paraíso tropical

descansando? Sonaba agradable, pero seguramente era sólo un mito. Hawái y esfuerzo, mucho esfuerzo, los dos siempre habían ido juntos. Seguramente debe haber algún malentendido. Algunos trataron de explicar que implicaba un esfuerzo conocer al piloto, abordar el avión, e incluso descansar (¡eso realmente sonaba extraño!), pero no parecía un esfuerzo real en absoluto, comparado con lo que hizo. Había estado sucediendo en la playa.

Las discusiones sobre la tercera opción fueron más o menos así:

«Nuestra parte es descansar y seguir poniéndonos bajo el control del Piloto.»

Alguien se quedaría perplejo y preguntaría: «¿Quieres decir que no tenemos que ir a Hawái después de todo?»

«Sí, es importante que vayamos a Hawái».

«Entonces será mejor que volvamos a la playa y dejemos de hablar de ello.»

«No. Nunca llegaremos a Hawái nadando. Es imposible llegar a Hawái nadando. No importa si puedes nadar todo el día o si apenas puedes flotar durante dos minutos. Es imposible llegar a Hawái nadando».

«¡Entonces es imposible ir a Hawái! ¿Quieres decir que no tenemos que ir allí?»

«Sí, lo hacemos. Vivir en Hawái es posible. Es importante. Es necesario».

«¡Entonces será mejor que empecemos a nadar!»

«¡¡¡No, no, y no!!! ¡Será mejor que nos dirijamos al aeropuerto!»

Pero poco a poco, aquí y allá, la gente empezó a entender el mensaje. Y mientras lo hacían, comenzaron a hacer viajes regulares a Hawái. Era cierto que no hablaban de ir allí. Hablaron del Piloto y del avión, y del descanso que se ofrecía. Mientras continuaban compartiendo y acercándose a los nadadores cansados, las buenas noticias comenzaron a extenderse como la pólvora.

¿Qué paso después? Bueno, algunos de los que habían sido los mejores nadadores y los que más se habían aventurado en las frías aguas del Pacífico se sintieron insultados. Se les escuchó decir: «¡Si dejan que la gente llegue a Hawái si alguien más los lleva, yo no quiero ir de todos modos!» Y dejaron el agua, la playa, la ciudad, y se mudaron a Las Vegas.

Pero algunos de los peores nadadores, que apenas habían logrado mantenerse a flote, fueron de los primeros en correr al aeropuerto y abordar el avión. En poco tiempo, todos se habían ido en una u otra dirección.

Al final la playa quedó vacía. Ya nadie iba a nadar.

CAPÍTULO 7: SOBRE LA RELACIÓN

PROPUESTA DE MATRIMONIO: SÉ MI ESPOSA

«Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer» (Mateo 19:5).

Te pido que seas mi esposa. Sin embargo, existen ciertas calificaciones. Primero, deseo que entiendas que amo a mi madre más que a ti. Esto es comprensible, estoy seguro si consideras que la conozco desde hace mucho más tiempo que a ti.

En segundo lugar, si se trata de una crisis relacionada con cualquier decisión básica, por supuesto, consultaré a mi padre en lugar de a ti. Tú todavía eres joven e inexperta, mientras que mi padre es mayor y muy sabio. Es el jefe de una empresa en la que quiero hacerme un nombre, para que entiendas cómo me siento.

En tercer lugar, voy a reservar mi habitación en casa de mis padres porque pienso pasar la mayor parte del tiempo en su casa. Nuestra familia es muy unida, y creo que debo preservar la unidad familiar como lo ha sido en el pasado. Mis nueve hermanos y hermanas significan mucho para mí, y estoy seguro de que no te importará que

pase la mayor parte del tiempo con mi familia. Espero que no te importe quedarte sola.

Cuarto, unas palabras sobre mi propiedad. Debes entender que me pertenece exclusivamente. Si aceptas mi propuesta, te pediré que firmes documentos legales sin reclamar mi propiedad ni mi dinero. Me resulta difícil decir adiós a mi dinero. Estoy seguro de que una mujer inteligente como tú podrá encontrar un trabajo que le permita mantenerse.

Ah, sí, otra cosa. No soporto la enfermedad, las lágrimas, ni la tristeza, así que no esperes que, cuando estemos casados, te dé simpatía y atención. Necesito dormir y no quiero que me molesten tus problemas. Carga con tus propias cruces y mantén la frente en alto.

Quiero que seas mi esposa y, como tal, tendrás toda la responsabilidad de nuestros hijos, las comidas, y todas las tareas del hogar, para que yo pueda dedicar toda mi atención a mi madre, mi padre, mis hermanos y hermanas; mis posesiones; y mi negocio.

Eres una buena mujer, y estoy seguro de que podemos pasar buenos momentos juntos. ¿Dirás que sí? Si lo haces, iré a preguntarle a mi madre si está bien. Si hay boda, tu familia correrá con los gastos.

PROPUESTA DE MATRIMONIO: SÉ MI DIOS

«Cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna» (Mateo 19:29).

Te pido que seas mi Dios. Sin embargo, existen ciertas calificaciones. Primero, deseo que se entienda que me amo más a mí mismo que a Ti. Mi familia y mis amigos también son más importantes para mí, lo cual es comprensible, estoy seguro si consideras que los conozco desde hace mucho más tiempo que a Ti.

En segundo lugar, si se trata de una crisis relativa a cualquier decisión básica, por supuesto, consultaré mis propios deseos en lugar de los tuyos. Algunas de Tus ideas me parecen muy extrañas, y si quiero hacerme un nombre en el negocio en el que trabajo, no puedo estar atado a Tu conjunto de valores. Estoy seguro de que entiendes cómo me siento.

En tercer lugar, me reservo mi derecho a mi propio tiempo. Soy una persona muy ocupada, y no se puede esperar que pase tiempo en comunión contigo día tras día.

El tiempo que me quede de mi negocio lo debo dedicar principalmente a mi familia y amigos.

En cuarto lugar, unas palabras sobre mi propiedad. Debes entender que me pertenece exclusivamente. Me resulta difícil despedirme de mi dinero. Tú eres el dueño del ganado en mil colinas, así como de grandes activos mineros, por lo que no veo razón alguna para que puedas reclamar algo sobre mi propiedad o mi dinero.

Ah, sí, otra cosa. No soporto la enfermedad, las lágrimas, ni la tristeza. Así que, por favor, no esperes que entre en comunión contigo en el sufrimiento. No tengo ningún deseo de involucrarme en el servicio a los demás. Lleva tu propia cruz y déjame fuera de ella.

Sin embargo, sí quiero que seas mi Dios. Como tal, tendrás toda la responsabilidad de brindarme la salvación, colmarme de bendiciones y responder a mis súplicas. Esto me liberará para prestarme total atención a mí mismo, a mi familia y amigos, a mis posesiones y a mi negocio.

En las condiciones anteriores, podría disfrutar de tenerte como mi Dios y estoy seguro de que podríamos pasar buenos momentos juntos, tal vez los fines de semana si no estoy demasiado cansado. ¿Dirás que sí? Si lo haces, por favor comienza de inmediato la construcción de mi

mansión celestial. Y siga adelante con la preparación para la cena de las bodas del Cordero. Planearé estar allí si no estoy demasiado ocupado.

¿ESTÁ CASADO?

«Porque abundará la iniquidad, el amor de muchos se enfriará» (Mateo 24:12).

Hace algunos años, yo estaba enamorado de una hermosa muchacha. Ella vivía en San Francisco y yo en Los Ángeles. Llegó el día en que acordamos ser marido y mujer. Conduje hasta San Francisco, donde sus padres estaban organizando la boda. Cuando estábamos frente al predicador, él me preguntó: «¿Y tú?».

Y yo dije: «Sí».

Y él le preguntó: «¿Y tú?»

Y ella dijo «Sí.»

Y él dijo: «Los declaro marido y mujer».

Después de la boda, ella se fue a casa con sus padres y yo regresé a Los Ángeles. Dos años después, alguien me preguntó: «¿Estás casado?».

Y yo dije: «Sí».

Dijeron: «Nunca vemos a tu esposa».

Y yo le respondí: «Yo tampoco la he visto desde hace dos años».

«¿Le escribes?»

«No.»

«¿Llamas por teléfono?»

«No.»

«¿Y estas casado?»

«Sí. Dije 'Sí, quiero'. Tengo un certificado que lo acredita.» Y dijeron: «¡Será mejor que lo compruebes!»

Algunas personas han dicho «Sí, quiero», y se han unido a la iglesia hace veinte años, pero no han hecho nada al respecto desde entonces. Nosotros creemos en «una vez casado, siempre casado», mientras permanezca casado. Y creemos en «una vez salvo, siempre salvo», mientras permanezca salvo.

REGRESO A CASA

«Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor»
(Apocalipsis 2:4).

Érase una vez (lo que debería darte una pista de qué tipo de historia será esta), dos personas que se amaban y decidieron casarse. El marido pensaba que su novia era la

criatura más hermosa y gentil que había visto jamás, y la esposa pensaba que su nuevo marido era el hombre más fascinante y atractivo del mundo entero. El matrimonio comenzó, como ocurre con muchos matrimonios, con grandes esperanzas y expectativas.

Todas las mañanas, cuando el marido tenía que salir a trabajar, se demoraba en las despedidas; y su esposa se paraba en la puerta y saludaba. No volvió a entrar hasta que todo lo que se vio fue un lugar vacío en la esquina donde el auto se había perdido de vista. Por la noche, cada minuto o dos, ella se asomaba por la ventana y estaba en la puerta para darle la bienvenida.

Pero después de un tiempo, cuando el marido tenía que irse a trabajar, simplemente tomaba una bebida caliente y salía corriendo por la puerta. Y a veces ni siquiera se había levantado todavía. Cuando él regresaba a casa por la noche, a menudo la encontraba ocupada con alguna tarea doméstica, y ella levantaba la vista sorprendida y decía: «Oh, ¿ya estás en casa? Terminaré aquí en unos minutos y luego empezaré a cenar.» El matrimonio no había terminado, pero sí la luna de miel.

Bueno, un día no mucho después de esto, la novia, que ahora era solo una esposa, estaba ocupada cosiendo. En

algún lugar de su mente, esperaba que la interrumpieran en cualquier momento porque casi era de noche. Pero no la interrumpieron. Finalmente, terminó de coser. Luego comenzó a preparar la cena. Pero, aun así, su esposo no regresó a casa. Después de mucho tiempo, cenó sola. Pero ahora estaba preocupada y solo picoteaba su comida. Mucho después, finalmente lloró hasta quedarse dormida en el sofá de la sala de estar, porque él nunca regresó a casa en toda la noche.

Él volvió a casa la noche siguiente y, cuando entró, ella le preguntó: «¿Dónde has estado?». Él la miró asombrado. «¿Qué quieres decir? Seguro que no esperas que vuelva a casa todas las noches. Es lo más ridículo que he oído en mucho tiempo. Miles de personas casadas pasan tiempo separadas. ¿Qué problema hay, entonces, si no vuelvo a casa de vez en cuando? No tenemos por qué ser tan rígidos con nuestro matrimonio. Anoche simplemente no tenía ganas de volver a casa. Tenía cosas más importantes que hacer. Tengo una agenda muy apretada, ya sabes. Y vuelvo a casa contigo casi todas las noches. ¿No es eso suficiente?». «¡No, no lo es!», respondió ella y se echó a llorar.

«Oye, mira», dijo con más suavidad. «La tendencia de nuestro matrimonio es que yo vuelva a casa. No deberías enojarte por alguna que otra noche aquí y allá que quiero pasar con uno de mis amigos. No tengo que volver a casa todas las noches para seguir casados. Creo que es mucho más saludable para nuestro matrimonio no caer en esa rutina. Tendremos un matrimonio mucho más emocionante.»

Si tienes curiosidad sobre el final de esta pequeña parábola, déjame asegurarte que no vivieron felices para siempre.

ED SEDIENTO

«En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva» (Juan 7:37-38).

Ed no se sentía muy bien. Tenía la boca terriblemente seca. Le dolía la garganta. Su piel estaba caliente. Y sus labios empezaban a quebrarse. Tampoco parecía tener mucha energía. Incluso el más mínimo esfuerzo le hacía sentirse aturdido y mareado. Varias veces al día se

debilitaba tanto que se caía. Cada vez que eso sucedía, realmente se desanimaba.

Un día, mientras Ed yacía acurrucado al pie de los escalones del porche, donde acababa de caerse, tomó una decisión: «Seguro que no tengo que estar así el resto de mi vida. Voy a intentar conseguir ayuda».

Así que fue a visitar al Dr. Smith, quien escuchó atentamente todos sus síntomas y asintió con la cabeza: «Ed, tu problema es que tienes sed. Es una dolencia bastante común. De hecho, en los últimos años parece que hay cada vez más personas sedientas que buscan ayuda».

Ed se sintió aliviado. «Gracias, doctor», dijo. «¿Qué debo hacer al respecto?»

El doctor Smith se reclinó en su silla. «Bueno, antes que nada, intenta decidir qué es lo que más te molesta. ¿Es la boca seca, los labios agrietados o qué? Digamos, por ejemplo, que tus labios agrietados te molestan más que cualquier otra cosa. Luego, ponte a trabajar en esos labios agrietados. Dales todo lo que tengas. Una vez que se hayan curado, tal vez comiences a trabajar en tus mareos. No intentes hacer todo a la vez. Superar estos síntomas es un proceso de por vida. Usa tu fuerza de voluntad. Elige trabajar en estas cosas y apégate a ello.»

«Gracias, doctor Smith», dijo Ed. Pero cuando volvió a casa, se quedó perplejo. «Debería haber preguntado con más exactitud cómo hacerlo», pensó. Después de varios días de repetir una y otra vez «elijo no marearme, elijo no marearme», estaba más mareado que nunca. Así que volvió a la consulta. «Doctor Smith, lo he intentado, pero tal vez hay algo que no entiendo. Sigo teniendo tanta sed como siempre», dijo Ed con tristeza.

«¿De verdad lo has intentado? Tienes que dar todo lo que tienes, ¿sabes?», dijo el Dr. Smith con severidad.

«Bueno, tal vez no me he esforzado tanto como debería», admitió Ed. «¿Pero no hay algo más tangible que pueda hacer?»

El doctor Smith sonrió. «Sí, supongo que sí. La ciencia ha descubierto una relación muy estrecha entre la salud y el ejercicio. ¿Por qué no intentas hacer doscientas flexiones al día?»

Ed volvió a casa, pero después de sólo siete flexiones, se desplomó y tuvo que pasar el resto del día en cama. A la mañana siguiente llamó al Dr. Smith.

«Si no haces lo que te digo, ¿por qué perder tu tiempo y el mío volviendo?» —exigió el doctor Smith.

«Pero, doctor, ¿no hay nada más?», insistió Ed. «Bueno», respondió el doctor Smith de mala gana, «para algunos casos extremos, un centro de salud es la respuesta. Si no quiere hacer los ejercicios por su cuenta, tal vez la estimulación de un grupo le ayude».

Ed pagó cien dólares para unirse al spa, pero después de la primera sesión, cuando se desmayó por haber hecho sólo cuatro flexiones, le dio vergüenza volver. Aun así, su sed no mejoró, así que probó con otro médico.

El Dr. Jones escuchó la historia de Ed y dijo alegremente: «Vaya, Ed, qué desafortunado que el Dr. Smith no te lo haya explicado. Estoy seguro de que lo sabe. Lo que necesitas cuando tienes sed es agua.»

«¿Agua?» Preguntó Ed, la esperanza comenzando a parpadear en sus ojos. «Eso suena atractivo. ¿Dónde puedo encontrar agua?» «Proviene de un pozo. Así que te recomiendo que consigas una pala y caves un pozo.»

Ed se fue a casa alegremente. Cogió una buena pala y empezó a cavar. Pero después de cavar sólo cinco minutos, se desmayó. Cuando volvió en sí, su vecino de al lado estaba inclinado sobre él. «Ed, ¿qué estás haciendo?»

«Estoy cavando un pozo. Necesito agua”, dijo.

«¿Por qué no te has enterado? Ya hay un pozo excavado.

Todo lo que tienes que hacer para tener agua es ir a buscarla. El Dueño del pozo te dará, gratis, toda el agua que necesites. De hecho, Él te garantiza que, si vienes y bebes de su pozo todos los días, nunca más tendrás sed.»

«¿En serio?»

«Sí, ¿por qué no lo intentas?»

«Bueno», dijo Ed, «será mejor que consulte con mi médico primero».

Entonces se tambaleó hasta el Dr. Jones y le contó la noticia.

El doctor Jones negó con la cabeza. «He oído hablar de ello, Ed. Pero no lo recomiendo. Creo que, si cavas tu propio pozo, apreciarás el agua mucho más que si te la dieran simplemente. Mejor sigue investigando. Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos.»

Ed volvió a cavar, pero pronto se hizo evidente que iba a morir antes de poder cavar lo suficientemente profundo. Vaya, después de varios días había cavado un hoyo de sólo siete centímetros de profundidad. Y estaba fallando rápidamente.

Entonces, completamente impotente, renunció a cavar su propio pozo, y fue al dueño del pozo y le dijo: «Si no me das agua, moriré».

El Dueño del pozo dijo suavemente: «Todo el que venga a Mi pozo podrá tener toda el agua que quiera para saciar su sed. Nunca más necesitarás sed.»

Ed aceptó el regalo de agua del pozo, e inmediatamente algo comenzó a suceder dentro de él. Su boca ya no estaba tan seca. Su garganta se calmó. Día tras día, a medida que regresaba al pozo a beber, sus síntomas empezaron a desaparecer.

Ahora corre por el campo y le cuenta a todo el que conoce la buena noticia: que el agua es gratis.

EL BANQUETE

«Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, nunca tendrá sed» (Juan 6:35).

Cuando me desperté por la mañana, la mesa estaba allí. Tal vez había estado allí antes, pero nunca me había dado cuenta.

Y era una mesa tan grande, tan colorida, que no puedo imaginar cómo alguien pudo no darse cuenta.

Simplemente estaba cargado de comida. Había pan casero y fruta, la comida que más te gustara, estaba ahí.

De hecho, era la mesa más atractiva que jamás había visto.

Me acerqué a la mesa para mirar más de cerca y fui recibido por un hombre alto, aparentemente el anfitrión. «Ven a cenar», dijo alegremente. «¿No te gustaría que te indicara un asiento?»

Dudé. «Bueno, no estoy seguro. ¿Puedo hacerle algunas preguntas primero?»

«Por supuesto», respondió.

«¿De quién es este banquete? Quiero decir, ¿quién lo preparó? ¿Quién está enviando las invitaciones?»

Él dijo: «El Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga. Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente» (Apocalipsis 22:17).

«¿Quieres decir que no tengo que pagar nada?»

«Así es.»

«Normalmente no tengo tanta hambre a la hora del desayuno», dije mientras consideraba la oferta. Miré esperanzadamente hacia arriba y hacia abajo de la mesa. «¿No tienes algunas de esas barras de desayuno que podría guardar en mi bolsillo, y comer de camino al trabajo? Seguramente ahorraría tiempo.»

El anfitrión sonrió. «Descubrirás que tienes más apetito del que crees, al menos la mayor parte del tiempo. Por la mañana, tu cuerpo está mejor preparado para digerir la comida. Si al inicio de cada día te tomas un tiempo para desayunar bien, verás que tienes mucha más energía para tu trabajo, y serás mucho más eficiente.»

Aun así, dudé. «He conocido a algunas personas que empezaron desayunando, y lo siguiente fue el desayuno, la cena y la cena. Luego agregaron algunos bocadillos en el medio. Al final comían todo el día, y engordaban tanto que apenas podían caminar.»

«Es cierto –respondió el anfitrión– que quien no hace nada más que comer pronto dejará de comer. Pero también es cierto que quien no come nada, morirá. Si vienes a esta mesa todos los días, y comes una comida equilibrada, centrada en el Pan de Vida, encontrarás la energía que necesitas para trabajar en la viña todo el día».

Estaba haciendo un buen trabajo al intentar ganarme para su lado, pero entonces noté algo: sentado al otro lado de la mesa estaba el predicador de mi iglesia. Su plato estaba lleno de cosas buenas, y comía con evidente placer.

«¡Oh, mire! ¡Ahí está mi predicador!», le dije al anfitrión. «Sí», respondió. «Está aquí todas las mañanas. Es un gran creyente en comer un buen desayuno».

«Vaya, eso es maravilloso», dije. «Eso me ahorrará mucho tiempo, porque, ya ves, voy a escucharlo todas las semanas. Como sé que él mismo está comiendo bien, puedo confiar en que él me dirá cómo es realmente la comida. No tendré que venir aquí y tomarme el tiempo para comer yo solo. Ahora que lo pienso, probablemente esta sea la razón por la que puede describir la comida de manera tan gráfica. Te digo que algunas semanas es suficiente para que se te haga la boca agua.» «De hecho, alguien puede compartir mejor la invitación al banquete cuando la ha probado por sí mismo», respondió el Anfitrión. «Pero nadie puede comer por otro. Para que recibas fuerzas y alimento, debes venir y comer tú mismo.»

En ese momento, vi otra cara familiar. Estaba el HMS Richards, al final de la mesa. «¿Él también viene aquí todos los días?» Le pregunté al anfitrión.

«Sí, está aquí varias horas todas las mañanas».

«¿Varias horas?» Tragué saliva. «Entonces será mejor que no venga. Porque sé que no tengo suficiente apetito para comer durante tanto tiempo.»

«Se espera que sólo comas para satisfacer tus propias necesidades, no para satisfacer las de los demás», respondió el anfitrión. «El evangelista lleva muchos años viniendo a esta mesa. Hace muchísimo ejercicio y, por eso, tiene un apetito enorme. Pero esta es tu primera mañana. Tal vez hoy quieras empezar con un par de esos palitos de pan finos y crujientes, y un vaso de zumo. Pero si comes despacio y masticas bien, obtendrás el alimento que necesitas. Tendrás más energía que antes, y podrás hacer más ejercicio. Te sorprenderá lo rápido que aumentará tu apetito, siempre que sigas equilibrando tu alimentación con el ejercicio adecuado».

«Supongo que tienes razón», suspiré. «Pero tengo una agenda muy ocupada. Hay tantas cosas que quiero hacer. ¿No me basta con pensar todo el día en la comida?» Mi anfitrión sonrió. «¡Si no comes adecuadamente, probablemente no puedas evitar pensar en la comida todo el día! ¡Pero descubrirás que trabajarás más eficientemente si tomas un desayuno sólido, y luego puedes pensar en tu

trabajo!» Estaba a punto de pedirle que me mostrara un lugar en la mesa, cuando pensé en una cosa más. «¡Oye, espera un minuto! Todo este asunto de repente suena bastante legalista. ¿Qué pasa si me pierdo un día? Esto de comer todos los días parece que fácilmente podría convertirse en un viaje de trabajo o una fórmula más. No querrás que venga aquí a tu mesa de banquete sólo por costumbre, ¿verdad?»

«No puedo pensar en otro «hábito» que te brinde mayor salud», dijo mi anfitrión. «Pero te estás perdiendo el asunto. Estoy aquí, todos los días, esperando servirte, esperando compartir contigo las bondades que he preparado para ti. Estoy aquí; la mesa está aquí; hay un lugar para ti aquí. Cuando llegues a comprender la importancia de comer para la vida y el crecimiento, y cuando te des cuenta de lo mucho que espero tener tu compañía para el desayuno, ¿por qué pasarías de largo frente a la mesa y seguirías tu camino? Está aquí; es gratis; es para ti. ¿Por qué querrías mantenerte alejado?»

Luego tomó mi mano y me llevó a mi lugar en la mesa. Llenó mi plato con uvas, cerezas, fresas y gofres... ¡pero espera! Te estoy contando sobre mi comida. Tus cosas

favoritas pueden ser otras variedades. ¿Por qué no vienes al banquete y comes por ti mismo?

LOS SEIS MEJORES DOCTORES

Alguien escribió este pequeño poema sobre seis de los remedios naturales para la buena salud:

Los seis mejores médicos que existen, y nadie puede negarlo, son el sol, el agua, el descanso y el aire, el ejercicio y la dieta. Estos seis serán tus amigos con gusto, si tú estás dispuesto. Ellos curarán tus males, atenderán tus preocupaciones, y no te cobrarán ni un chelín. El inglés que escribió esto obviamente omitió la abstinencia y la confianza en el poder divino, así que he añadido un par de líneas, con disculpas: La cura para la mala lascivia es la confianza y la buena abstinencia. Por supuesto, reconoces por qué te pido disculpas, pero aquí también tenemos los ocho remedios simples para una buena salud espiritual.

POR QUÉ NO PUEDO TOCAR LA GUITARRA

«Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón» (Jeremías 29:13).

Hace mucho, mucho tiempo que quiero tocar la guitarra. Probablemente empezó cuando tenía unos nueve

años. Recuerdo a mi papá hablando de cómo su papá, de Noruega, tenía una guitarra y cómo la tocaba. Mi papá no tocaba mucho la guitarra, pero mi tío Dan sí. Y de vez en cuando, los sábados por la noche, nos reuníamos en la casa del tío Dan con mis tres primas, que eran como hermanas para mi hermano y para mí, y la pasábamos bien. A veces podíamos convencer a mi tío Dan para que tocara la guitarra y cantara para nosotros. Me encantaba la forma en que hacía esas cosas con los dedos en la guitarra. Luego cantaba esas canciones tristes.

Entonces, como comprenderás, he querido, realmente, aprender a tocar la guitarra durante muchos años. Casi medio siglo. Eso es mucho tiempo.

Cuando nos mudamos de Michigan a California en 1945, me encontré con un compañero en la escuela que tenía una guitarra en venta. Yo no sabía mucho de guitarras, pero él tenía una que era una Martin. Aquellos de ustedes que saben algo de guitarras saben que Martin es una muy buena marca de guitarras. Y él tenía esta Martin en venta por veinticinco dólares. Bueno, pensé que, si me dejaba hacer pagos, podría pagar esa cantidad. Así que hice pagos de cinco dólares al mes durante varios meses y compré esta Martin.

Sabía que necesitaba algo más que eso, así que fui a la tienda de música local, y compré algunos libros y diagramas de acordes. Recuerdo haber comprado un libro llamado «The Collier Quick and Easy». Pensé: «Eso es para mí. Quiero algo que sea rápido y fácil. Quería poder tocar la guitarra al instante».

De todos modos, aprendí tres o cuatro acordes, y descubrí que puedes cantar bastantes canciones con tres o cuatro acordes. Entonces, ese verano, me senté a tocar esos tres o cuatro acordes y cantar canciones tristes. No sé qué es lo que me atrapa de la música triste. Mi esposa dice: «Solo quieres que te disparen mientras estés feliz». Me hacía mucha ilusión tener una guitarra y saberme tres o cuatro acordes. Y quería progresar y aprender más. Lo intenté por un tiempo, pero no progresé mucho. Pensé: Bueno, hablaré de eso más adelante. Y me quedé con los mismos tres o cuatro acordes. Eso fue todo lo lejos que había llegado cuando fui a la universidad. Decidí entonces que sería mejor llevarme la guitarra porque, como os he dicho y como podéis comprender y creer plenamente, tenía muchas ganas de aprender a tocar la guitarra. Pensé que tal vez la universidad sería de gran ayuda para mí en eso.

Llegué a la universidad y, bastante temprano en mi experiencia allí, me encontré con un grupo de compañeros que tocaban la guitarra. ¡Realmente podrían jugar! Mientras miraba a esos chicos, ¡se conmovió en mi alma! ¡Tengo que aprender a tocar la guitarra! Pero en ese momento, Buster Lau, que era de Hawái, vino a mi habitación y vio mi guitarra en un rincón. Él dijo: «Lou, ¿te importa si pruebo tu guitarra?» La tomó, y les cuento que con un solo golpe de cuerdas mi guitarra nunca había sonado tan bien en todo el tiempo que la tuve. Y él dijo: «¿Te importa si la tomo prestada?»

Y dije: «Bueno, es genial que un gran músico toque mi guitarra». Entonces Buster la tomó prestada. Cuatro años más tarde, después de graduarse, la trajo a mi habitación y me sentí orgulloso. Estaba orgulloso de haber tenido mi guitarra en algunos programas muy buenos en la universidad. Pude mirar hacia arriba y decirle a quienquiera que estuviera: «Esa es mi guitarra ahí arriba». Pero realmente no había progresado mucho. Sin embargo, seguramente quería aprender a tocar.

Bueno, comencé en el ministerio en el norte de California. Y aquellos eran tiempos muy ocupados. Había una niña en nuestra iglesia cuya familia lo había perdido

todo. Y tenía muchas ganas de aprender a tocar la guitarra. Pensé en el pequeño progreso que había hecho, así que le regalé mi guitarra. Me dolió un poco decir adiós, pero eso fue el final por un tiempo, hasta 1968. Fui al seminario para comenzar un nuevo capítulo en mi vida enseñando allí. Tuve una especie de sensación fresca de las cosas, y eso me trajo de vuelta lo único que había deseado durante mucho tiempo: aprender a tocar la guitarra. Así que compré una nueva en la tienda de música local. Pensé: Ahora voy a tomar esto realmente en serio. Y nuevamente tuvo un efecto poderoso en mi vida. Jim Ayers, que toca el bajo con los Heralds, también toca una excelente guitarra clásica. Escuché a Jim en un par de programas, fui donde Jim y le dije: «Jim, he querido tocar la guitarra desde hace más años de los que puedo recordar. ¿Me enseñarías?»

Jim dijo que sí, que lo haría. Resultó que había otro compañero que sentía lo mismo que yo, así que nos reuníamos con Jim una vez a la semana por la tarde allí en el seminario. Jim se había tomado su parte muy en serio. Él había reunido algunos materiales para nosotros. Salí y compré varios libros nuevos sobre cómo tocar la guitarra, y estaba listo para hacer negocios serios. Tuve mi primera lección. Fue emocionante, porque me dije: «¡Por fin voy a aprender a hacerlo! Tengo un buen profesor que sabe

tocar muy bien la guitarra y ¡allá voy!» Realmente disfruté esa lección. Jim demostró cómo y qué podía hacer, y me ayudó un poco a tener una idea de cómo sujetar los dedos en los trastes y todo ese tipo de cosas.

Y entonces llegó el lunes siguiente. Odiaba ir a mi clase porque, bueno, tenía miedo de que me pidiera que hiciera lo que me había enseñado a hacer la última vez que estuve allí. Y lo hizo. Y eso fue todo, ya sabes. Así que decidí que la próxima vez iba a practicar mejor. Sin embargo, mi vida estaba muy ocupada, ¿entiendes? Pero ¡cómo quería aprender a tocar la guitarra!

Aproximadamente el tercer o cuarto lunes que fui, Jim me miró y dijo: «Lou, no puedo aceptar tu dinero. Esto no te va a ayudar en nada.» Bueno, realmente me rompió el corazón. Estaba dispuesto a pagarle el dinero, y a él le vendría bien, pero sentía que me estaba engañando. Algo andaba mal. Me pregunté qué era. Intenté resolverlo. Todavía estaba muy ansioso por aprender a tocar la guitarra.

Ahora, quiero hacerte una pregunta: si tengo tantas ganas de aprender a tocar la guitarra, ¿por qué no puedo? Tú sabes por qué. Por supuesto que sabes por qué. No puedo tocarla porque sólo he estado haciendo pruebas.

He querido tocarla durante años, pero sólo he estado jugando con ella. Eso es todo.

Por mucho que quieras hacer algo, nunca lo harás si nunca pagas el precio de la disciplina, el tiempo y el esfuerzo, si simplemente incursionas en ello. Y tal vez la razón por la que estás teniendo problemas en tu vida devocional y en tu relación con Dios, es la misma razón por la que yo no puedo tocar la guitarra.

Ahora bien, lo más trágico de todo sería terminar como un aficionado a lo que tiene que ver con nuestro destino eterno, ¿no es así?

Se nos dice que muchos se perderán mientras esperan y desean ser salvos, queriendo tocar la guitarra. Esperan y desean, ¡pero están perdidos! ¿Por qué? Bueno, porque solo han incursionado en las cosas espirituales.

Cada uno de nosotros, si nos detenemos a pensarlo, tenemos una vida devocional. ¿Lo sabes? Estás dedicado a algo. Tienes una vida devocional. Déjame decirte que tengo un amigo cuyos ojos se iluminan como luces de neón cuando entras con un periódico. Está tan ansioso por ver ese periódico. Quiere una sección particular. Quiere consultar la clasificación de los equipos de las distintas ligas del mundo del deporte. Conoce a los mejores jugadores.

Él conoce los porcentajes. Él lo ama. Ahora el tiempo no es ningún problema para él. No dice: «Dios mío, tengo que pasar otra media hora con la página de deportes». No, es como la vida para él.

Tengo otro amigo que me sorprende aún más. Cuando estoy cerca de él, con un trabajo, me pregunta cuál debe ser la parte más aburrida del trabajo que pueda imaginar. Es una sección del periódico con la letra más pequeña que puedas imaginar. Todo está abreviado y tiene numeritos con más y menos y ese tipo de cosas. No puedo entender cómo encuentra algún interés en leer página tras página el informe de la bolsa. Excepto que está buscando ciertas pequeñas abreviaturas que aparentemente tienen algún interés para él. Tengo la vaga sospecha de que ha invertido algo en esas empresas. Pero no te engañes. Tiene una vida devocional. Dedicar tiempo (con entusiasmo, voluntad y alegría) a aquello a lo que está dedicado su corazón.

Luego está el adolescente con su música rock. Se le oye venir por la calle con su «ghetto blaster», o en el semáforo con un millón de CDs sacudiendo todo el barrio. ¿Lo que está sucediendo? Esta es su vida devocional. ¡Está dedicado a ello!

¿Qué pasa con la mujer que pasa cuatro horas al día o más delante de las «telenovelas»? Ella no sabe adónde va el tiempo. Ella no dice: «Oh, tengo que ver las 'novelas' otra vez. Seguro que odio hacerlo, porque mi mente divaga.» No, ella se dedica a ello. Esta es su vida devocional. Si pasara cuatro horas al día leyendo su Biblia, la gente se preocuparía por su salud emocional, y decidirían que necesitaba terapia.

Admítelo, amigo. ¡Todos tenemos una vida devocional! ¡Tú también! ¿Cuál es la tuya?

«Enseñanos, pues, a contar nuestros días, para que apliquemos nuestro corazón a la sabiduría» (Salmo 90:12).

ORACIÓN PRIVADA

«[Jesús] les dijo: ¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para que no entréis en tentación» (Lucas 22:46).

Alguien me susurra al oído: Son las cinco, querido. Mi mente se despierta a esta hora temprana, y debe decidir entre dormir o encenderse. Dormir significa descansar un poco más. Orar significa poder para ser más fuerte. El resto lo necesita mi cuerpo cansado, pero mi necesidad de poder lo supera con creces. El tentador dice: «Ora simplemente en la cama; No hay necesidad de levantarse».

Pero cuando he seguido su método, me despierto de nuevo y descubro que he dormido. Y luego la bendición que me he perdido, y el pecado es más difícil de resistir. Así que debo levantarme si quiero encontrar la fuerza que se necesita para ser amable. Ese poder que sólo Dios puede dar. Una vida verdaderamente cristiana para vivir. Y Él puede darme lo mejor antes de que vea el sol naciente. Para ti, tal vez otra hora sea mejor para que Dios gane tu poder. Pero he descubierto, día tras día que, si quiero permanecer como Cristo, debo levantarme cuando escuche por primera vez ese suave susurro en mi oído.

CAPÍTULO 8: SOBRE EL CRECIMIENTO

LAS OLIMPIADAS ESPECIALES

«Nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios» (Hebreos 12:1-2).

En la actualidad, los Juegos Olímpicos despiertan un gran interés y generan un gran entusiasmo. También crece el apoyo a un movimiento llamado Special Olympics, un programa que ofrece a quienes tienen dificultades especiales, a los discapacitados, la oportunidad de esforzarse, de sentir la emoción de dar lo mejor de sí mismos y de ir a por ello. Una oportunidad de correr a toda velocidad hacia un querido amigo que te anima desde la línea de meta, de seguir adelante sin importar si la actuación es torpe o desmañada. Todo aquel que termina es un ganador y recibe un premio, abrazos y gloria.

Cada vez que presencio una de estas competiciones, me ahogo porque, como veis, soy un discapacitado. Tengo un defecto de nacimiento. Nací siendo pecador. Y en la línea de meta de la carrera especial en la que estoy participando, mi amado Padre, que me ama, me espera, me tiende la mano y me llama. ¿Por qué? No lo entiendo.

Soy torpe; Estoy incomodo; y mis extremidades no funcionan como quiero. A veces aparto la mirada de Él y tropiezo. Me salgo del curso. Me caigo, avergonzado. Pero tengo un hermano mayor a mi lado, que me ayuda a levantarme, me sostiene e incluso me carga.

Ahora bien, durante toda esta carrera, hay un alborotador que se deleita en golpearme brutalmente. No deja de llamarme y decirme que no tiene sentido, que mi padre, en la línea de meta, está disgustado con mi actuación, que solo estoy haciendo un espectáculo por nada.

Sin embargo, cuando miro a mi amoroso Padre, Él todavía está ahí, siempre ahí, acercándose a mí. «¡Pero te he avergonzado!» Yo le digo.

Él me responde: «Levántate. Sigue viniendo. Te amo. Sigue viniendo.»

Cuanto más dura esta carrera, más se alarga mi capacidad de atención. Las distracciones se vuelven más débiles, y puedo ver Su rostro con más claridad. Él quiere que llegue a la meta y Su Hijo no va a permitir que fracase. Esta se está convirtiendo en una carrera gloriosa, porque Él sigue acercándose a mí y llamándome, y yo sigo avanzando, incluso cuando flaqueo.

También estoy empezando a darme cuenta de que los demás que participan en esta carrera especial, todos con defectos de nacimiento, no son mis competidores en absoluto. Están corriendo hacia su amado Padre como yo, luchando por terminar, porque todo el que termina es un ganador.

Y no está lejos el día en que cada uno de nosotros pueda cruzar la línea de meta a trompicones, y tambalearse hacia sus brazos que nos esperan. Él nos recogerá y nos estrechará. Sabremos que somos ganadores y sabremos por qué, porque Él siguió llamando y nosotros seguimos acudiendo. Y lo más importante, seremos ganadores porque Él estuvo allí. Él nos ama. Realmente nos ama.

¿QUÉ DICE, PAPÁ?

«Queridos amigos, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha anunciado lo que seremos. Pero sabemos que cuando él aparezca, seremos semejantes a él» (1 Juan 3:2).

Una amiga mía, que viaja mucho, tenía una niña de cuatro años que estaba segura de haber aprendido a escribir mientras su papá estaba fuera. Un día, a su regreso de un viaje, ella lo recibió en la puerta con la buena noticia: «¡He aprendido a escribir, papá!»

Como harían todos los buenos papás, miró su papel manchado y garabateado, y dijo: «Sin duda has aprendido a escribir». ¡Mira eso! ¿No es maravilloso? ¡Qué hermoso!» Continuó hablando tanto de la «escritura» de su pequeña hija, que sus ojos se hicieron cada vez más grandes. Luego dijo: »¿Qué dice, papá?»

De repente, papá se quedó helado. No sabía qué decir ni qué hacer, ante los garabatos que había por toda la página. Entonces se le ocurrió:

«Aquí dice que eres una niña de cuatro años.

«Dice que tienes muchas ganas de escribir.

«Dice que te has esforzado mucho en aprender y que estás aprendiendo.

«Dice que quieres compartir tu aprendizaje con tu papá.

«Dice que algún día crecerás y serás una niña grande.

«Dice que algún día realmente escribirás bien.»

Ahora sus ojos estaban muy grandes mientras decía: «¿Dice todo eso, papá?»

¡Sí, así es!

EL ARBOLITO TORCIDO

«Será como árbol plantado junto a corrientes de agua, que da su fruto en su tiempo; su hoja tampoco se marchitará; y todo lo que haga prosperará» (Salmo 1:3).

«Para que sean llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para que sea glorificado» (Isaías 61:3).

Everett frunció el ceño, mientras observaba las hileras de árboles jóvenes de la plantación de árboles, donde trabajaba como ayudante de jardinero. Uno de los árboles jóvenes, justo allí en el medio del grupo, estaba creciendo torcido. Se inclinaba hacia un lado y sus ramas casi tocaban el suelo. La plantación de árboles tenía fama de producir productos de primera calidad y, por el rumbo que estaba

tomando este árbol joven, Everett sabía que nunca estaría a la altura.

Si seguía creciendo torcido y encorvado, el jardinero acabaría notándolo, y daría órdenes de que lo arrancaran de raíz y lo enviaran lejos. Esa era la política de la plantación de árboles y había razones para ello.

Los árboles jóvenes se plantaron bastante juntos. Una planta torcida podría influir en muchas otras cercanas a ella. Si eso sucediera, entonces el jardinero tendría que arrancar toda la sección cuando volviera en sí.

Otro aspecto que había que tener en cuenta era el espacio limitado que había en la plantación de árboles. El terreno ocupado por un retoño torcido debía ser replantado con uno bueno. Pero Everett odiaba ver que el retoño fuera desenterrado y llevado lejos, así que decidió hacer algo para evitarlo. Everett era un tipo estudioso. Había leído más sobre árboles y su cultivo que cualquier otra persona de su entorno. Así que se apresuró a volver a su habitación, y encontró algunas de las mejores descripciones de un retoño perfecto que pudo encontrar. Luego se apresuró a volver al retoño y se paró justo delante de él. «Los retoños deben ser rectos y sus ramas distribuidas uniformemente», leyó Everett en voz alta.

Luego miró el libro y añadió: «Eso es de Consejos para los cultivadores de árboles, página 94».

El árbol joven simplemente permaneció allí, inclinado hacia un lado, con sus ramas caídas.

Pero Everett continuó: «Aquí, en la página 351 del mismo libro, dice: “Las ramas no deben encorvarse ni combarse, o el árbol no puede clasificarse como un retoño perfecto”. El retoño no se movió ni una sola ramita.

Everett agitó el libro para llamar su atención. «Leí en la página 177 de Testimonios sobre árboles y arbustos que, si un retoño comienza mal, sólo se puede solucionar con esfuerzos decididos. Realmente deberías esforzarte más para mantenerte erguido».

El árbol joven no se movió.

Everett, sin embargo, no se rindió tan fácilmente. Todos los días, durante un mes entero, se detuvo a leerle una nueva cita al árbol joven. Le leyó sobre las emociones de ser un árbol adulto, dar fruto, poder trepar y dar sombra. Intentó asustarlo con vívidos relatos de los incendios en los que los árboles jóvenes arrancados de raíz fueron finalmente arrojados. Pero todo fue en vano. Everett

finalmente se dio por vencido. Y el árbol joven se inclinó un poco más y sus ramas tocaron el suelo.

Juan también era ayudante en el jardín, y un día se dio cuenta de que había un retoño torcido. Juan era más bien del tipo agresivo. Miró el retoño y se dijo: «Ese retoño está torcido. Voy a ir directamente al jardinero y se lo diré. De esa manera, no tendré que rendir cuentas por la presencia de un retoño torcido».

Se dirigió a la oficina del jardinero, pero se detuvo. De alguna manera, le parecía un poco extraño ir allí. No podía decir exactamente por qué. Era cierto que la plantación de árboles solo era para árboles jóvenes rectos. Y ese árbol joven estaba torcido, de eso no había duda. Juan sabía qué era lo correcto, pero, aun así, se sentía incómodo.

Entonces se le ocurrió una idea genial: escribir una carta al jardinero. Eso solucionaría todo, no tendría que firmarla. Así que escribió una carta anónima indicando dónde estaba el árbol torcido, y lo torcido y deformado que estaba.

Sin embargo, el jardinero no veía con buenos ojos las cartas sin firmar y, cuando no veía ningún nombre, las tiraba a la basura y ni siquiera se molestaba en leerlas. Las ramas del árbol joven empezaron a enredarse y a

arrastrarse por el suelo. Richard trabajaba en la misma plantación de árboles, y se dio cuenta del árbol joven torcido. Richard creía que no había que involucrarse.

«Vive y deja vivir» era su política. Entonces no hizo nada en absoluto. De vez en cuando, algunos de los otros ayudantes le mencionaban a Richard el estado del árbol torcido, pero él se encogía de hombros y decía: «No lo molestes, hombre. Los árboles jóvenes no son todos iguales, ¿sabes? Eso no me concierne.» Y miró hacia otro lado y agradeció haber aprendido a ser tolerante. Y el árbol se inclinó un poco más y sus ramas se enredaron aún más.

Un día, una nueva trabajadora llegó a la plantación de árboles. Se llamaba Andrea. Andrea había pasado mucho tiempo leyendo los manuales sobre el cultivo de árboles, pero también era amiga íntima del autor de los libros que había leído. Entendía muchas de las técnicas del autor, porque había observado cómo hacía las cosas. Sabía que el autor siempre había amado los árboles. También sabía que algunos de los árboles más hermosos del huerto del autor eran aquellos que antes parecían leña para todos los demás.

En su asociación con el Autor a lo largo de los años, ella había absorbido gran parte de Su paciencia trabajando

con árboles. Sabía que se necesita tiempo para que un árbol crezca torcido, y que también se necesita tiempo para que se enderece nuevamente. Ella creía en la filosofía del autor de que incluso si un retoño nunca respondiera a todo lo que un jardinero podía hacer, el único que realmente podría tomar la decisión correcta sobre cuándo arrancar un retoño sería aquel que lo había amado y trabajado con él. Intentó salvarlo.

Sabía que, si intentaba cambiar el árbol por algún método drástico, no ganaría tiempo; ella sólo rompería las ramas. Cuando Andrea vio el retoño torcido, se preocupó de inmediato. Se acercó para examinarlo. Los meses de abandono habían pasado factura. El retoño estaba muy torcido. Así que Andrea se puso a trabajar de inmediato.

No dijo mucho. Simplemente empezó a dedicarle mucho tiempo al retoño. Cavó entre las raíces, sacó algunas ramas del suelo y las desenredó. Ató cuerdas desde un poste cercano al tronco torcido del retoño para darle un soporte adicional.

Al principio, el retoño se resistía. Andrea no intentaba abrirse paso a la fuerza. Siempre estaba allí, aportando agua o fertilizante, manteniendo la tierra suelta y cambiando la dirección de las ramas. A los demás en el

bosque les resultaba familiar ver a Andrea con el retoño torcido, trabajando con él con delicadeza.

Pero a medida que pasaban las semanas y los meses, casi imperceptiblemente, se produjo un cambio en el árbol joven. Se alzó un poco más erguido y sus ramas se elevaron cada vez más. Por fin, incluso le quitaron las cuerdas y el árbol joven quedó tan erguido como cualquier otro del bosque.

Y cuando el retoño fue «trasplantado», nadie se dio cuenta de que alguna vez había estado torcido.

VIEJO SILAS PHIPPS

«Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (Mateo 6:15).

Nuestro anciano nos dijo ayer que no aprenderíamos a vivir hasta que aprendiésemos cuán bendito es perdonar. Las queridas y dulces palabras que pronunció cayeron como maná celestial. ¡La paz perfecta que trajeron a nuestros corazones! Ninguna palabra humana puede expresarlo. El amor trae paz milenaria, dijo, y aunque mis labios estaban mudos, seguí gritando en mi alma, Amén. Cuando los hombres perdonen a todos los demás hombres, El año del jubileo amanecerá en el mundo, dijo.

Dije, Que así sea. Así que ama a tu prójimo como a ti mismo, Entonces comenzó de nuevo. Y Silas Phipps, al otro lado del pasillo, gritó, ¡Amén! ¿Qué derecho tenía él a gritar, Amén. El perro miserable y despreciable Que tomó mi vaca, mi propia vaca lechera, Y la encerró en la perrera?

¡El miserable, tacaño y de huesos crudos! ¡Un idiota y un patán cuyo amor, gracia, corazón y alma se han oxidado! Sentarse allí en el santuario y gritar: ¡Amén! ¡Si pudiera estrangular a ese bribón una vez, nunca volvería a gritar! Un día su perro pasó por mi casa. Llamé al bruto que estaba dentro; Le di un trozo de carne para comer, y se arrastró y murió. Simplemente se arrastró y murió en ese momento. Le digo: Le dejaré ver. ¡Ningún tonto de piernas largas como él puede sacar lo mejor de mí! Pero, oh, ese sermón, me encantaría oírlo predicar otra vez, sobre el perdón, la caridad y el amor al prójimo. Debería haberme sentido como si disfrutara de la sonrisa especial del cielo, si ese viejo villano, Silas Phipps, no se hubiera sentado al otro lado del pasillo.

CAPÍTULO 9: SOBRE LA TESTIFICACIÓN

CONSULTA JORDANIA

«La necedad de Dios es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres. Porque veis, hermanos, vuestra vocación, que no muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles, son llamados» (1 Corintios 1:25-26).

Jesús, hijo de José

Carpintería Woodcrafters

Nazaret 25922

Estimado señor:

Gracias por enviarnos los currículos de los doce hombres que ha elegido para ocupar puestos directivos en su nueva organización. Todos ellos ya han realizado nuestra serie de pruebas, y no solo hemos analizado los resultados en nuestro ordenador, sino que también hemos concertado entrevistas personales para cada uno de ellos con nuestro psicólogo y asesor de aptitudes vocacionales. Se incluyen los perfiles de todas las pruebas y le recomendamos que los estudie detenidamente.

Como parte de nuestro servicio y para su orientación, hacemos algunos comentarios generales, de la misma manera que un auditor incluye declaraciones generales. Esto se proporciona como resultado de una consulta al personal y no tiene costo adicional. En opinión de nuestro personal, la mayoría de sus candidatos carecen de antecedentes, educación y aptitud vocacional para el tipo de empresa que usted está emprendiendo. No tienen un concepto de equipo. Le recomendamos que continúe su búsqueda de personas con experiencia, capacidad gerencial y capacidad demostrada.

Simón Pedro es emocionalmente inestable y propenso a tener ataques de mal genio. Andrés no tiene absolutamente ninguna cualidad de liderazgo. Los dos hermanos, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, anteponen el interés personal a la lealtad a la empresa. Tomás demuestra una actitud inquisitiva que tendería a minar la moral. Creemos que debemos decirle que Mateo ha sido incluido en la lista negra del Greater Jerusalem Better Business Bureau. Santiago, el hijo de Alfeo, y Tadeo definitivamente tienen inclinaciones radicales y ambos registraron una puntuación alta en la escala maniaco-depresiva. Uno de los candidatos, sin embargo, muestra un gran potencial. Es un hombre capaz e

ingenioso, conoce bien a la gente, tiene una gran mentalidad empresarial y tiene contactos en las altas esferas. Es muy motivado, ambicioso y responsable. Recomendamos a Judas Iscariote como su controlador y mano derecha. Todos los demás perfiles se explican por sí mismos. Le deseamos mucho éxito en su nuevo emprendimiento.

Atentamente, Jordan Management Consultants

SALVAVIDAS

«Soy deudor tanto de los griegos como de los bárbaros; tanto para los sabios como para los imprudentes. Por tanto, cuanto hay en mí, estoy dispuesto a anunciaros el evangelio» (Romanos 1:14-15).

Fred era socorrista en el lago. Estaba contento con su trabajo la mayor parte del tiempo. Disfrutaba estar cerca del agua, era un excelente nadador y era un instructor de natación mejor que el promedio. Le había ido bastante bien en la Escuela de Salvamento, y se tomaba sus responsabilidades muy en serio.

Pero ese día en particular, fruncía el ceño mientras miraba hacia el lago. Un par de socorristas se le unieron.

«Oye, Fred, ¿por qué estás tan triste?» preguntó Jonatán.

«Parece que has tenido una semana difícil», añadió Bert.

Fred suspiró. «Es el señor Suthers. Estoy preocupado por él. Esta semana se metió de nuevo en aguas profundas. Simplemente no sabe nadar. No lo puedo entender».

Jon y Bert intercambiaron miradas. Bert comentó: «He... uh... hemos notado que lo has estado rescatando con bastante regularidad».

Jon asintió. «No es como si no hubiera asistido a las clases de natación».

Fred suspiró de nuevo. «Lo sé, lo sé. Pero, por alguna razón, nunca consigue nadar en aguas profundas. Estoy seguro de que conoce algunas brazadas porque lo he visto en la parte menos profunda del lago. Pero una vez que se mete en aguas profundas, bueno, o no puede o no quiere...».

Jon negó con la cabeza. «Fred, te tomas tu trabajo demasiado en serio. ¿Recuerdas lo que aprendimos en las clases de salvamento?»

Fred lo recordó. Incluso antes de que Jon lo repitiera todo, Fred lo recordó. Parecía muy lógico cuando la maestra dijo: «Una cosa debes aprender acerca de este negocio que salva vidas: no puedes salvarlos a todos».

Al principio, Fred pensó que se refería a aquellos que se negaban a tomar clases de natación y que, si caían al lago cuando sus botes volcaban, luchaban desesperadamente contra cualquier intento de rescatarlos. Era triste, pero un socorrista no podía hacer mucho.

Pero el profesor continuó: «Habrá un cierto tipo de personas que acudirán a todas las clases de natación, harán preguntas, aparentemente lo intentarán, pero nunca aprenderán a nadar. Se meterán en aguas profundas con regularidad y esperarán ser rescatados. En mi experiencia, he conocido personas que hubieran querido ser rescatadas una o dos veces por semana durante todo el verano, si yo hubiera estado de acuerdo.

«Ahora ya sabes que los socorristas son gente ocupada. Hay preparación para las clases de natación; ahí están las clases mismas. Siempre existe la tarea de reclutar más nadadores y, además, debes tomarte un tiempo para nadar y mantenerte en forma.

«No caigas en la trampa de dejar que alguien dependa de ti para que lo saques de aguas profundas. No es bueno ni para ellos ni para ti. Algunas personas nunca aprenderán a nadar por sí solas, si creen que vas a seguir rescatándolas.»

El profesor había insistido durante mucho tiempo. Ese fue un punto que realmente dejó en claro.

«Me temo que estás dejando que tus clases de natación dependan de ti, Fred», dijo Bert. «Yo, por mi parte, tengo por norma no rescatar a la misma persona más de dos veces. Si para entonces no han aprendido, probablemente nunca lo hubieran hecho de todos modos, y tengo la responsabilidad de estar disponible para aquellos que realmente me necesitan».

—Bert tiene razón —convino Jon—. ¿Qué pasaría si alguien que no supiera nadar y que nunca hubiera sido rescatado decidiera apuntarse a una clase de natación para principiantes, mientras tú salías a rescatar a un pobre tipo por vigésima vez? Eso no sería justo, ¿no?

«¿Pero quieres decir que simplemente los dejaste...?»
Fred ni siquiera pudo decirlo.

«Déjalos hundirse o nadar», dijo Jon alegremente. «Algunos nunca aprenden de otra manera.»

«Pero ¿y si se... eh... se hunden?» Fred finalmente expresó su preocupación.

—Tuvieron su oportunidad, ¿no? ¿No les has dado clases de natación? Bert y Jon se alejaron. Fred se quedó con la cabeza gacha, reflexionando.

Esa tarde, el señor Suthers volvió a adentrarse en aguas profundas. «¡Ayuda! ¡Ayuda!» gritó mientras comenzaba a hundirse. Fred saltó de su silla de salvavidas en un instante. Y entonces lo recordó. «No es bueno para usted; no es bueno para él.» Redujo la velocidad, y justo antes de llegar al Sr. Suthers, se detuvo y comenzó a flotar en el agua.

«Señor Suthers, ya te he contado todo lo que sé sobre natación.»

El señor Suthers cayó una vez y se levantó ahogándose. «No es bueno que usted dependa de mí, señor Suthers. No siempre estaré aquí para rescatarte.»

El señor Suthers cayó dos veces.

«Lo siento mucho, señor Suthers, pero tengo una obligación con el resto de los nadadores, ¿sabe?».

El señor Suthers cayó por tercera vez.

Mientras hablaba, Fred se acercó demasiado, y el señor Suthers lo agarró del brazo en un último intento desesperado por conseguir ayuda. Fred lentamente se desprendió de los dedos que le rodeaban el brazo, y le dijo con toda la amabilidad posible: «Por favor, no se lo tome como algo personal, señor Suthers. He disfrutado mucho de tenerlo en mis clases de natación».

Soltó el último dedo, y el señor Suthers se hundió por cuarta y última vez.

Fred se giró y nadó lentamente hacia el muelle.

Esa noche, Bert y Jon lo elogiaron. «Has ido mucho más allá del cumplimiento del deber», dijo Jon. «La mayoría de las personas que se ahogan nunca vuelven a salir después de la tercera vez.»

«Le diste todas las oportunidades», asintió Bert. «Como dicen, no puedes salvarlos a todos».

CAMINANDO HACIA LA PUC

«Aquella era la Luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene al mundo» (Juan 1:9).

Supongamos que un día empiezo a caminar desde San Francisco hasta el Pacific Union College, ¡la Tierra Prometida! Tú vienes en tu coche, te detienes y te ofreces a llevarme. Si me subo y viajo contigo, llegaré más rápido al PUC; me ahorraré muchas ampollas. Pero iba para allá de todos modos.

Vamos a invertirlo. Un día, empiezo a caminar desde San Francisco hasta Reno, ¡el otro lugar! Tú vienes en tu auto, te detienes y te ofreces a llevarme. Si me subo y viajo contigo, llegaré a Reno más rápido; me ahorraré muchas ampollas en el camino (¡aunque me saldrán muchas más ampollas cuando llegue allí!). Pero habría llegado a Reno de todos modos.

Este es un intento de una parábola sobre el tema del testimonio y el papel que podemos tener en que alguien se salve o se pierda.

CAPÍTULO 10: SOBRE LA IGLESIA

LA IGLESIA MÁS GRANDE DE LA ZONA

«Ancho es el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por él» (Mateo 7:13).

Mi amigo Fritz me invitó a su iglesia el otro día y acepté ir con él. ¡Qué revelación! Pero antes de hablarles sobre los servicios de adoración, permítanme decirles que cuando me invitó, realmente estaba bastante nervioso. Verá, Fritz pertenece a la religión no cristiana más grande del país. Pero tengo que admitir que una vez que comenzaron los servicios, quedé fascinado por las diferencias y similitudes entre su religión y el cristianismo.

Mi primera sorpresa fue cuando me dijo que teníamos que estar allí a las tres de la tarde del domingo. Parecía un momento extraño para la iglesia. Mi siguiente sorpresa fue cuando dijo que teníamos que salir para la iglesia a la una. Cuando entramos en el estacionamiento de la iglesia un poco antes de la una y media, me quedé asombrado. El lote ya estaba abarrotado. La iglesia en sí era la catedral más monstruosa que jamás había visto. En la puerta, uno de los diáconos recogió la ofrenda incluso antes de que

entráramos. Me sentí agradecido cuando Fritz dio por nosotros dos y me sorprendió, tanto por el tamaño de su ofrenda, como por la alegría con la que la hizo.

Una vez dentro, tuvimos que luchar mucho para encontrar asientos. Finalmente, encontramos dos, justo en la salida trasera. Le dije a Fritz que en mi iglesia hacíamos las cosas al revés. La gente siempre se apresura a ocupar los asientos traseros primero, y deja los asientos delanteros para los que llegan tarde. En un momento, otro diácono se acercó vendiendo boletines, lo que me pareció un poco excesivo dada la generosidad de Fritz en la puerta.

Pronto me di cuenta de que una cosa que la iglesia de Fritz tenía en común con la mía, era que sólo unas pocas personas participaban en los servicios, mientras que todos los demás se quedaban sentados y los observaban. Los participantes pronto salieron y ocuparon sus lugares frente a nosotros. Y no creerías con qué entusiasmo la congregación expresó su agradecimiento, vitoreando y aplaudiendo a cada una de las personas que estaban en el programa ese día.

La situación se calmó un poco cuando una joven se acercó al micrófono y todos se pusieron de pie, mientras ella cantaba el himno de apertura. Fritz me dijo que todas

las denominaciones de su religión usan el mismo himno de apertura. Las palabras de la solista quedaron prácticamente ahogadas cuando la congregación lanzó un gran grito y de repente se sentó.

Ahora el programa comenzó en serio. ¡Qué emoción! Miré a mi alrededor y no pude encontrar ni un solo miembro de la iglesia durmiendo. Todas las miradas estaban fijas en los participantes, y periódicamente los miembros se ponían de pie y gritaban con evidente emoción. En mi iglesia, incluso un tímido «amén», a veces puede provocar que una multitud de personas se vuelvan hacia mí, buscando la fuente de un sonido tan poco común.

Entre las partes del servicio, Fritz me contó un poco más sobre su religión. Me enteré de que tiene varias denominaciones importantes, y que muchos creyentes son miembros simultáneos de algunas o incluso de todas ellas. Al igual que el cristianismo, su religión tiene su propio vocabulario especial, y la liturgia varía según la denominación. Los miembros son muy devotos, leen a diario todo lo que pueden encontrar sobre sus dioses y santos, y miran fielmente los servicios por televisión, si no pueden ir a la iglesia en persona. Dan testimonio sin

vergüenza a cualquiera que los escuche, y la comunión entre ellos es algo digno de contemplar.

Probablemente, mi mayor sorpresa de toda la tarde llegó cuando salíamos de la iglesia. Miré mi reloj por casualidad, noventa mil de nosotros habíamos estado sentados allí durante más de tres horas, emocionados todo el tiempo, ¡y el lugar ni siquiera tenía bancos acolchados! Mientras subíamos al Toyota de Fritz, me preguntó si me gustaría ir con él nuevamente al servicio especial, que su iglesia realiza una vez al año. Naturalmente dije que sí. Quiero decir, tengo que descubrir por qué una iglesia querría llamar a sus servicios de fin de semana, «El Super Bowl».

¿POR QUÉ NO VOY AL CINE?

«No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre» (Hebreos 10:25).

No voy al cine porque no me gustan las multitudes.

No voy al cine porque no puedo permanecer quieto por mucho tiempo.

No voy al cine porque siempre me piden dinero.

No voy al cine porque parece que nunca consigo un buen asiento.

No voy al cine porque allí hay muchos hipócritas y pecadores.

No voy al cine porque el director nunca viene a visitarme.

No voy al cine porque cuando tengo tiempo fuera del trabajo necesito dormir.

Tal vez deberíamos cambiar la analogía. ¿Por qué no vas a los partidos de béisbol? La gente va a los partidos de béisbol a pesar de las multitudes. La gente va a los partidos de béisbol y se sienta durante medio día. Se sientan frente a sus televisores durante horas seguidas. La razón por la que hacen todas estas cosas es que están interesados en lo que está sucediendo allí. Van a pesar de las dificultades que implica. Algunos de nuestros razonamientos sobre la asistencia a la iglesia no tienen mucho sentido, ¿verdad?

CADILLAC GRATIS

«Todo hombre es hipócrita y malhechor, y toda boca habla necedades» (Isaías 9:17).

En San Francisco estaban regalando cuarenta Cadillac gratis como estrategia publicitaria. Se los darían a las primeras cuarenta personas que hicieran cola el lunes por la mañana. Yo dormí en la acera la noche anterior, y cuando las puertas estaban a punto de abrirse el lunes por la mañana, yo estaba entre los diez primeros de la cola. Mi Cadillac Seville estaba asegurado.

En ese momento, miré hacia atrás y vi entre los demás que esperaban un Cadillac a unos verdaderos hipócritas. Dije: «Si van a darle un Cadillac a esa clase de gente, olvídense del mío». ¡Me di la vuelta y me marché!

¿Entiendes el mensaje de esta parábola? ¿No ha tenido la iglesia de Dios a menudo personas que, según nuestro entendimiento, tal vez no deberían haber sido miembros? Incluso en la propia iglesia de Jesús estaba Judas, y más tarde Ananías y Safira. Nunca nos quedemos estancados con el problema de los hipócritas en la iglesia.

INTERIORES, EXTERIORES

«Yo sanaré sus rebeliones, los amaré generosamente» (Oseas 14:4).

Hay gente de dentro y gente de fuera. Hay algunos forasteros adentro y hay forasteros afuera. Pero la gente

no puede distinguir entre los de dentro y los de fuera, porque sólo miran hacia afuera.

Entonces, si bien la mayoría se considera gente de dentro, uno de los mejores indicadores de su verdadera condición será su relación con los de fuera.

Los forasteros son forasteros porque creen que estar fuera está de moda. Pero los verdaderos insiders quieren que entren forasteros. Si los insiders no quieren que entren forasteros, ¡son outsiders!

EL TRANVÍA

«No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree» (Romanos 1:16).

Al principio no se dieron cuenta, porque cuando se acercaban al tranvía, el conductor les gritó: «¡Cuidado, cuidado por dónde pisan!». Así que trataron de tener cuidado y mirar por dónde pisaban.

Luego estaba la confusión y el bullicio, mientras todos intentaban encontrar un buen asiento, y decidir al lado de quién sentarse, y si sentarse junto a una ventana o en el pasillo. Después conversaron y conocieron a sus compañeros de viaje, algunos de los cuales ya llevaban

algún tiempo en el tranvía. Y entonces vino el revisor a cobrar el billete.

Finalmente, alguien se dio cuenta. «¡Este tranvía no se mueve!» Todos miraron por la ventana, y efectivamente, el tranvía estaba parado. Nadie estaba seguro exactamente de cuánto tiempo había estado ahí, justo donde lo abordaron. Pero hubo exclamaciones por todos lados de «¿Ves ese cafecito? Allí desayuné antes de subirme al tranvía.» Y «Recuerdo ese camión amarillo al otro lado de la calle».

El conductor intentó tranquilizar a los pasajeros: «Llegaremos, tengan paciencia. Estas cosas llevan tiempo». El señor Jones gritó: «¿Exactamente cuándo se supone que llegaremos a nuestro destino?»

«Bueno», respondió el conductor, «nadie sabe el día ni la hora exacta. Algunos dicen que deberíamos haber llegado allí mucho antes, si no hubiera habido retrasos. Pero si te quedas en este tranvía, llegarás.»

Después de un rato, el señor Bradley se puso de pie de un salto, y dijo: «Creo que ya es hora de que averigüemos por qué este tranvía no se mueve. Celebremos una reunión de comité, y discutamos formas y medios para ponerlo en marcha».

Todos estaban a favor de eso, y eligieron presidente al Sr. Bradley ya que, en primer lugar, fue idea suya tener un comité.

«Señor presidente», dijo un hombre que estaba cerca del frente, «creo que todavía estamos aquí porque las tarifas son demasiado altas. ¿Cómo podemos avanzar si el cobrador no deja de venir a pedirnos dinero?»

El señor Thompson habló a continuación. «Lo que realmente necesitamos es conseguir más pasajeros en este coche. ¡Mira todos los asientos vacíos! Si tuviéramos pasajeros para llenar la capacidad de este tranvía, tendríamos mucho más dinero.»

Entonces el señor Taylor levantó la mano: «La cantidad no es el problema, con el debido respeto al señor Thompson. No necesitamos más cantidad, sino más calidad. Propongo que nos deshagamos de algunos de nuestros pasajeros, y que nos quedemos sólo con la clase alta de la sociedad. Cuando este tranvía sea conocido por la alta calidad de sus pasajeros, estaremos en camino».

En secreto, todos pensaron que era una gran idea, y supieron inmediatamente que varias de ellas les gustaría que fueran retiradas del tranvía. Pero todos votaron en contra porque no estaban seguros de que alguien pudiera

nominarlos para postergarlos. Entonces esa idea no funcionó.

Entonces, el señor Bradley, el presidente, tuvo una idea: «¿Por qué no redecoramos el vagón del tranvía?». Todos estuvieron de acuerdo de inmediato, y parecía que se estaban logrando avances hasta que comenzaron a discutir qué color utilizar. Una parte de los pasajeros quería alfombras y tapicerías azules, pero el resto quería rojo. Las discusiones sobre este punto fueron fuertes y prolongadas, y el comité de decoración de interiores murió de forma lenta.

Bueno, en ese momento surgió una idea que agradó a casi todo el mundo. El señor Hawthorne sugirió que el verdadero problema era el conductor, y que lo que necesitaban para que el tranvía se pusiera en marcha era despedirlo y contratar a un nuevo conductor. Por una vez, todos estuvieron de acuerdo, y no pasó mucho tiempo hasta que tuvieron un nuevo conductor. Pero el nuevo conductor no les gustó más que el anterior (él también estaba siempre pidiendo dinero), y el tranvía seguía sin moverse.

De vez en cuando alguien decía: «Estoy cansado de que este tranvía nunca llegue a ninguna parte. Nunca ha ido a ninguna parte y nunca lo hará. Me salgo.»

Cuando esto sucedía, el conductor y el resto de los pasajeros intentaban animar al impaciente, recordándole que aquel era el único tranvía auténtico, y que quienes se quedaran en él llegarían con seguridad a su destino. Si eso no funcionaba, conseguían que uno de los pasajeros de mayor edad, que llevaba mucho tiempo en el tranvía, contara experiencias pasadas.

Verá, a lo largo de todo el camino hacia su destino había señales. La mayoría de los pasajeros no recordaban haber visto personalmente ninguna señal, excepto una que estaba justo afuera del lugar donde se encontraba el tranvía. Decía «Destino recto».

Pero algunos de los pasajeros mayores recordaban un momento en que el tranvía estaba en movimiento, y habían visto una señal tras otra. En aquellos días, el tranvía avanzaba a gran velocidad, y fue realmente emocionante ver un cartel que decía «Destino muy adelante» y, un poco más tarde, ver otro cartel: «Destino mucho más cerca ahora».

Algunos de estos pasajeros mayores estaban tan emocionados al ver las señales, que todavía estaban sentados en la parte delantera del tranvía, con los ojos tensos para tratar de ver la siguiente señal. Y estos pasajeros mayores, uniéndose al conductor, animaban a los pasajeros a seguir mirando, diciéndoles que ya casi habían llegado. En cualquier momento avanzarían lo suficiente para ver el último cartel, que diría «Destino: Límites de la ciudad» y el viaje habría terminado.

Bueno, todo esto duró mucho más tiempo del que se necesita para contarlo. Y entonces, un día, uno de los pasajeros se estaba asomando por la ventana abierta del tranvía, y miró hacia arriba. Encima del tranvía había cables eléctricos, y encima del tranvía había una especie de dispositivo de conexión. Pero el tranvía no estaba conectado a los cables. El pasajero volvió a entrar por la ventanilla del tranvía con gran emoción. «¡Eh, gente! ¡Creo que he descubierto algo! No estamos conectados arriba. No estamos conectados al poder. Quizás por eso no nos movemos.»

Pero el comité estaba inmerso en una profunda discusión sobre si era apropiado o no que los pasajeros del

tranvía llevaran pantalones vaqueros en el tranvía, y apenas lo escucharon.

«Escucha», continuó gritando. '¡No estamos conectados al poder! No es de extrañar que este vehículo no se mueva. Vamos, busquen ustedes mismos. Hay equipo para conectar, pero no está conectado.»

Algunos otros pasajeros se acercaron a las ventanas, y se unieron a él para asomarse y mirar hacia arriba. Efectivamente, no estaban conectados a la fuente de energía. Este pequeño grupo comenzó a discutir seriamente cómo podrían conectarse a la fuente de energía. Comenzaron a leer con entusiasmo el manual del tranvía. Siguieron las instrucciones cuidadosamente. Pronto se les unieron otros, y el entusiasmo continuó creciendo.

Algunos de los demás pasajeros se opusieron y los llamaron fanáticos. Pero a pesar de esta oposición, llegó un momento en que la mayoría de los pasajeros comprendieron por sí mismos cuál era la fuente de energía. Gracias a sus esfuerzos, el tranvía se conectó a la corriente, y por fin comenzó a moverse.

Entonces ocurrió algo asombroso. Los pasajeros que no creían en la conexión con la fuente de poder se

asustaron tanto cuando el tranvía empezó a moverse, que empezaron a saltar hacia afuera, de derecha a izquierda, a medida que el tranvía ganaba velocidad. Descartaron todas sus ideas de que este tranvía era el único que podían tomar, y se apresuraron a buscar otro tranvía que no se moviera, para poder continuar con sus reuniones de comité en paz. ¿Y el tranvía que se movía? Bueno, lo último que supe es que se estaba acercando mucho al Destino.

CAPÍTULO 11: SOBRE EL BAUTISMO

DEMASIADO PRONTO VIEJO Y DEMASIADO TARDE, SCHMARDT

«Profesando ser sabios, se hicieron necios» (Romanos 1:22).

Un ministro protestante estaba a punto de realizar una ceremonia bautismal. Deseando explicar sus razones para rociar a sus amigos bautistas visitantes, dijo: «La palabra «dentro», en la Biblia, no siempre significa 'dentro'. Cuando leemos que Jesús descendió 'al' agua, no necesariamente implica que realmente entró en el agua, como tampoco la palabra significa que Moisés entró al Monte Sinaí, cuando entró 'al monte'. «

Al final del servicio, pidió comentarios. Un par de oyentes expresaron su aprecio por su explicación. Luego, un alemán corpulento se puso de pie en la parte de atrás.

»Mishder Breacher, ¿puedo decir una palabra? Yo era un hombre muy malo. Me alegré de estar aquí esta noche. Nunca había podido entender la Biblia. Ahora entiendo. Cuando la Biblia dice que Daniel fue arrojado al foso de los leones, solo significa que estaba cerca para que los leones

no pudieran atraparlo. Cuando los niños hebreos fueron arrojados al horno de fuego, no significa que realmente fueron puestos en el fuego, sino solo que estaban cerca, donde había una granja. Ahora entiendo lo que explicas sobre Jonás, que no cayó en el vientre de una ballena, sino que se desplomó sobre él. Así que me alegré de entender que cuando los pecadores como yo mueran, en realidad no serán arrojados al lago de fuego, sino que pronto estarán cerca, la guerra no la sentiremos. Ahora entiendo lo de los santos. Cuando la Biblia dice que deben ser llevados a la Ciudad Santa, no significa que estén dentro de la Ciudad Santa, sino que deben estar cerca de ella, en el exterior para que puedan mirar dentro, ver lo que está pasando dentro, y ver lo que han perdido.»

CAPÍTULO 12: SOBRE EL SÁBADO

VISITA DEL SÁBADO

‘Si apartas tu pie del sábado, de hacer tu voluntad en mi día santo; y llamad al sábado delicia, santo del Señor, honorable; y lo honrarás, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu propia voluntad, ni hablando tus propias palabras: entonces te deleitarás en Jehová» (Isaías 58:13-14).

Estaba enamorado de una chica hermosa, y pensé que yo también le agradaba. Pero tuve un problema. La única oportunidad que teníamos de estar juntos en un momento especial era una vez a la semana. La primera vez que hicimos arreglos para esta ocasión especial, le dije que llegaría a su casa justo cuando el sol se ponía, y el cielo estaba todo hermoso y morado. Pensé que sería romántico. Así que subí las escaleras de la entrada, en el mismo momento en que le había dicho que iría, ansioso por verla. Llamé a la puerta. Su hermano pequeño llegó a la puerta. «¿Dónde está tu hermana?» Yo pregunté.

«Oh», dijo. «Creo que está en la ducha. Pero puedes entrar y esperar si quieres».

Así que me senté y esperé. Después de un rato, ella cruzó la casa y se dirigió a la cocina. Su cabello estaba todo mojado y recogido en rulos. Cuando pasó a mi lado, me dijo un rápido «Hola», y luego desapareció en la cocina. Esto fue bastante decepcionante. Parecía estar haciendo algo en la cocina con una plancha y una tabla de planchar, preparando algo para el día siguiente. Y escuché que la puerta del horno se abría y se cerraba, y que algunas ollas y sartenes se movían de un lado a otro.

Empecé a preguntarme si, después de todo, estaba muy ansiosa por verme. Pero seguí esperando y, al cabo de un rato, entraron algunos de los otros miembros de su familia. Ella salió de la cocina, nos presentó y dijo: «Tal vez podamos sentarnos y conocernos».

Pero su hermano pequeño dijo: «¿Cuándo vamos a comer?». Después de un rato de discusión, decidieron que comeríamos primero, así que nos dirigimos a la mesa y nos sentamos.

Después de la cena, alguien dijo: «Ahora, ¿por qué no vamos a la sala familiar y conocemos a nuestro invitado?». Y otro dijo: «¿Tenemos que hacerlo?».

Bueno, no me sentí muy bien con eso, pero de todos modos fuimos a la sala familiar, y comenzamos a hablar

juntos. Noté que varios de ellos tenían un sueño terrible, incluida la joven que más me interesaba. De hecho, asentía y bostezaba. El hermano pequeño finalmente se durmió mientras hablábamos.

Mi fin de semana con la familia de esta joven no había empezado bien. Supongo que puedes simpatizar conmigo. Ella se disculpó y dijo: «Escucha, tuve muchísimo que hacer esta semana, y lamento no haber estado lista para tu llegada, pero las cosas mejorarán mañana. Hemos hecho algunos planes especiales». Mi corazón empezó a latir más fuerte, y comencé a sentirme mejor.

Me fui a la cama con la imagen en mi mente de que íbamos a algún lugar tranquilo, donde realmente pudiéramos comunicarnos y conocernos mejor.

Al día siguiente, resultó que ella había planeado reunirse con un grupo de amigos para salir a la naturaleza. Al principio, lo esperaba con ilusión, pero luego me enteré de que todos sus amigos iban a llevar sus motos. Salimos a la naturaleza, sí, pero ni siquiera se podía hablar por encima del rugido de los motores en el bosque. Finalmente llegó el mediodía, y nos sentamos a comer un picnic. Parecía estar muy cansada y, en cuanto terminamos de comer, ella y sus amigos extendieron sus mantas bajo los

árboles, y se echaron una siesta. No hubo tiempo para hablar. Me encontré caminando por el bosque completamente solo. Me encanta el bosque, pero no había planeado estar solo así. Pasé la mayor parte de la tarde caminando por el bosque, sintiéndome muy solo.

Finalmente, regresé al grupo y ya estaban despiertos. Cuando me acerqué, pude oírlos hablar. Escuché a mi amiga decirles a algunos de ellos que no podía esperar hasta que yo me fuera, porque tenía algunos planes interesantes para esa noche tan pronto como yo me fuera. Me fui ese fin de semana triste y decepcionado porque, ya sabes, es terrible amar a alguien que realmente no se preocupa mucho por ti.

CAPÍTULO 13: SOBRE ACEPTAR LA AUTORIDAD

EL HIJO EDUCADO DEL GRANJERO

«Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas» (Proverbios 3:6).

«Creed en Jehová vuestro Dios, y así seréis establecidos; creed a sus profetas, y seréis prosperados» (2 Crónicas 20:20).

Un granjero rico tenía un hijo que se fue a la universidad a estudiar agricultura. Después de unos años, el hijo regresó a casa lleno de nuevas ideas que quería poner en práctica en la granja de su padre.

Se alegró mucho cuando su padre le dijo, a su regreso, que le entregaría toda la granja. «Tu madre y yo hemos estado un poco apartados, y ahora estamos listos para jubilarnos», dijo el padre. ‘Queríamos viajar y ver otras partes del mundo, y nos vamos de inmediato para un viaje de un año al extranjero. Te dejamos el cuidado de la granja.»

El hijo había esperado tener la oportunidad de probar su entrenamiento, y estaba pensando en pedir quizás unas cuantas hectáreas en algún lugar atrás, para experimentar, pero esto estaba mucho más allá de sus sueños más locos.

Sin embargo, el padre le dijo que había una condición: «Durante este primer año, quiero que sigas mis instrucciones. No me importa que hagas tus análisis de suelo, estudies el terreno, y todo lo que hayas aprendido en la universidad. Pero durante este año, quiero que cuides la granja según mis instrucciones. Después de este primer año, cuando regrese, si has hecho lo que te pido, te cederé la granja y, para siempre, podrás plantarla y cultivarla como quieras».

El hijo accedió. El padre y la madre se marcharon, y el hijo comenzó a sembrar según las instrucciones que le había dejado su padre. También hizo sus análisis de suelo, y puso en práctica todas las herramientas para analizar los rendimientos probables de los cultivos que había aprendido en la universidad.

Quedó impresionado. Su padre, incluso sin estudios superiores, había administrado la granja con prudencia. Cuando su padre le dijo que plantara maíz, las pruebas demostraron que probablemente el maíz sería la mejor

cosecha. Donde su padre le había ordenado plantar alfalfa, el suelo resultó ser el adecuado para alfalfa. Las instrucciones de su padre para rotar los cultivos, fertilizar y labrar la tierra, se basaban en lo que el hijo consideraba lo mejor en ciencia agrícola.

Excepto por un acre. Un pequeño acre atrás, su padre le había dicho que plantara soja. Sin embargo, el análisis del suelo mostró que un determinado terreno no era adecuado para la soja. El terreno estaba cerca del arroyo, y no sería necesario regarlo. Según todo lo que el hijo había aprendido sobre agricultura, sería ideal para cultivar trigo. Entonces, en su lugar, plantó trigo.

Pasaron los meses, y finalmente llegó el día en que el padre regresó. Él y su hijo pasearon juntos por los campos. El hijo estaba orgulloso de las buenas y abundantes cosechas.

«¿Seguiste mis instrucciones?» preguntó el padre. «Sí, lo hice», respondió el hijo. «Las seguí como tú me los diste.»

Pero cuando llegaron a ese acre junto al arroyo, el padre se detuvo. «Pensé que te había dicho que plantaras soja en esta hectárea».

«Lo hiciste», respondió el hijo. «Pero la soja no habría funcionado nada bien aquí. Probé el suelo y decidí plantar trigo, y al trigo le fue bien. Seguramente la soja habría fracasado. Pero seguí tus instrucciones en todos los demás detalles.»

«No, no seguiste mis instrucciones en absoluto», respondió el padre con tristeza. «Hiciste lo que te dio la gana, y cultivaste según tu propio criterio de principio a fin. Resulta que tu propio criterio coincidió con mis instrucciones en todo, excepto en este acre. Este acre demuestra si estabas dispuesto o no a aceptar mi criterio en lugar del tuyo, y fallaste la prueba». Y el hijo no heredó la granja.

CAPÍTULO 14: SOBRE LA SEGUNDA VENIDA

LA VENIDA DE JESÚS A LA PUC

«Él estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no le conoció» (Juan 1:10).

Jesús venía a la PUC. Todo el mundo lo esperaba. No se podía ser estudiante allí por mucho tiempo sin oír hablar de ello. Desde que se fundó la escuela en 1882, se ha hablado, cantado, y predicado sobre la venida de Jesús a la PUC. Y no sólo eso, sino que según aquellos que habían hecho un estudio especial de las profecías de Su venida, el momento estaba muy, muy cerca.

Una mañana temprano, cuando todavía estaba oscuro, varios trabajadores agrícolas de primer año caminaban desde el dormitorio hasta la granja, para su trabajo matutino. Mientras caminaban, hablaban sobre las señales que indicaban que la venida de Jesús estaba a punto de ocurrir. De repente, una luz brillante los cegó. Se protegieron los ojos, pensando al principio que debía ser un automóvil que se acercaba. Luego, por un momento, temieron que pudiera ser algún avión que se había perdido

el aeropuerto. Pero cuando sus ojos se acostumbraron a la claridad, vieron, entre todas las cosas, un ser que se parecía vagamente a las imágenes que habían visto de ángeles, solo que mucho más glorioso y brillante que cualquier imagen. Antes de que pudieran darse vuelta para huir, el ser habló. «No tengan miedo», dijo. «¡He venido con buenas noticias! Jesús ha llegado. ¡Está aquí, aquí mismo en la PUC!». Y el ángel les dijo dónde se alojaba. Tan pronto como el ángel terminó su mensaje, se le unió toda una compañía de ángeles. Cantaron la música más dulce que los estudiantes habían escuchado jamás. Y luego nos fuimos.

Los estudiantes se apresuraron a llegar al lugar donde les habían dicho que encontrarían a Jesús, y todo fue tal como el ángel había dicho.

Luego regresaron al campus. Eran apenas unos minutos después de las 8:00 am, cuando irrumpieron en la oficina de la iglesia. «Jesús está aquí», exclamaron a la secretaria de la oficina. «¡Rápido! ¡Llamen a los pastores! Jesús está aquí. Vino anoche. Vimos ángeles que nos lo contaron, y luego fuimos y lo vimos con nuestros propios ojos... o tal vez ya lo escuchaste”, terminaron un poco tímidos.

«Bueno, ninguno de los pastores ha llegado todavía esta mañana», respondió el secretario. «Normalmente llegan sobre las nueve. ¿Puedo concertarle una cita?»

Los estudiantes estuvieron de acuerdo, pero después de irse, decidieron intentarlo en el departamento de religión mientras tanto. Y, al ver que todos los profesores de religión ya estaban en clases, decidieron pasar por la oficina del administrador. Sin embargo, su secretaria les dijo que había una reunión del comité en curso, y que no había nadie disponible.

Mientras esperaban que llegaran las nueve, recorrieron el campus contándole su historia a todo aquel que quisiera escucharlos. Algunos parecieron creerles, y preguntaron cómo llegar a donde se alojaba Jesús. Pero la mayoría de la gente recibió su relato con miradas, sonrisas incrédulas, y preguntas sospechosas.

Finalmente, llegó el momento de la cita con los pastores. Con entusiasmo, aunque un poco menos que al principio, repitieron su historia. Los pastores intercambiaron miradas. Hicieron algunas preguntas educadas. Y al final de la entrevista, prometieron tratar el asunto en la próxima reunión del personal pastoral y, si parecía necesario, tal vez incluso añadirlo a la agenda de

la próxima reunión de la junta de la iglesia. Y los estudiantes abandonaron la oficina.

Unas semanas más tarde, un grupo de caballeros de aspecto distinguido llegó al campus preguntando dónde podían encontrar a Jesús. Alguien los envió a la oficina de la iglesia. 'Hemos oído que Jesús ha venido a la PUC', le dijeron al secretario. 'Nos gustaría tener la oportunidad de visitarlo si se pudiera arreglar. Somos de Chicago. ¿Existe alguna posibilidad de que podamos verlo?»

La secretaria se disculpó, y se apresuró a regresar a la oficina del pastor. '¿Qué tengo que hacer?», preguntó nerviosamente. «Estos hombres evidentemente no son cristianos, pero se nota que son ricos. No quiero ofenderlos.»

El pastor suspiró. «¿No es increíble cómo corren los rumores? Pero adelante, envíenlos. Intentaré hablar con ellos». Mucha gente había oído hablar de los estudiantes que supuestamente habían visto a los ángeles. Y mucha más gente había oído hablar de la visita de los no cristianos de Chicago. Pero todo el mundo, o al menos casi todo el mundo, sabía que, si Jesús realmente venía al campus, pasaría por la oficina de la iglesia, o por el departamento de religión, o tal vez por la oficina del administrador, lo

primero. Los predicadores serían los primeros en saberlo, no los últimos. Cuando Jesús realmente viniera, la noticia no llegaría primero a unos cuantos trabajadores agrícolas, y a un grupo de no cristianos de algún lugar del Este.

Así que la gente desestimó los informes, y continuó esperando con esperanza el momento en que Jesús llegaría a su campus.

LA NOCHE EN QUE ESTUVE DEMASIADO OCUPADO

«A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron» (Juan 1:11).

El sábado por la noche estaba viendo «Mannix». El misterio de esa semana era especialmente apasionante. Corrí a la cocina y volví durante cada anuncio, la primera vez para comerme un sándwich y un vaso de leche. La segunda vez para comerme un trozo de tarta. La tercera vez para llevar los platos que se iban acumulando al fregadero.

Ahora «Mannix» estaba en el último cuarto de hora, y la emoción se disparó. La trama se aceleraba con cada segundo. Fue el mejor misterio que jamás había visto en la serie, y nunca me perdí un programa.

Mi corazón latía con la música entrecortada. Mis ojos estaban grandes y secos. La emoción era tan intensa que ni siquiera quería pestañear. La confrontación llegaría en cualquier momento.

De repente, mi hermanita bajó corriendo las escaleras gritando: «¡Cristo viene! ¡Cristo viene!»

«¡Shhh! 'Mannix' está en marcha.»

«¡Pero Cristo viene!»

«Sí, lo sé.» De todos los momentos estúpidos, tuvo que empezar a gritar ahora, justo cuando empezaba el tiroteo. Mannix giró su Mustang negro hacia la izquierda y saltó. Sacó el arma y respondió. Las balas rebotaron en los capós de los coches y en las rocas cercanas. La cámara se centró en el bello rostro de la estrella. Una emoción me atravesó.

«¡Cristo viene!», siguió gritando la hermana pequeña. «Escucha, Squirt, sé que Cristo viene. Pero ahora están poniendo 'Mannix', y quiero verlo. Sólo faltan cinco minutos.

Esta es la mejor parte del espectáculo. Cállate y déjame terminarlo».

«¡Pero Él viene ahora!» gritó, su rostro eléctrico con una luz feliz. «¡Acabo de verlo!»

De repente me di cuenta de lo brillante que estaba todo. Era como si fuera de día. Y hacía calor. Todo el ambiente era brillante, tan brillante que apenas podía distinguir las figuras de Mannix, y del malo en la pantalla del televisor.

¡Oh, no! Pensé. «Él vino ahora. Ahora, justo en medio de 'Mannix'. Cristo, ¿por qué tuviste que venir ahora? ¿Por qué no pudiste esperar al menos hasta que terminaran los últimos cinco minutos? Sólo cinco minutos más no te habrían hecho daño.

Me esforcé por ver qué hacían las figuras de la televisión que se desvanecían. Rodaban por una pequeña colina y se chocaban entre sí. La música era potente, rápida, y pesada. La luz de la habitación se hacía cada vez más brillante.

«¡Cristo viene! ¡Cristo viene!», gritó mi hermana pequeña, saltando de arriba abajo. «¡Viene ahora mismo! ¡Voy a conocerlo!».

«¡Tranquilízate! ¡Tranquilízate!» Yo dije. No quería perderme ni una palabra del diálogo. Los escritores siempre reservaron las mejores líneas para los dos últimos minutos del programa. «Sal afuera y encuéntralo», le dije.

Cualquier cosa con tal de sacarla de casa. «Dile que saldré tan pronto como termine 'Mannix'.»

Ella salió corriendo. Subí el volumen del televisor, y me acerqué lo más que pude a la pantalla. Mannix permaneció junto al malo, arma en mano, hasta que llegó la policía. El intercambio verbal entre la policía, Mannix, y el malo, fue divertido. Me reí. Todo fue tan inteligente, tan profesional. Ojalá pudiera escribir así.

Ahora vino el comercial. Cinco minutos de anuncios. Decidí salir y encontrarme con Cristo antes de que comenzara la película del sábado por la noche. Cinco minutos me darían tiempo suficiente para decir todo lo que se me ocurriera. Tal vez bajaría un poco la luz para que pudiera ver la pantalla con mayor claridad.

Me dirigí hacia la puerta. Cuando la abrí, todo estaba oscuro. Silencioso y oscuro. La humedad de la noche me envolvió. A lo lejos, las estrellas parpadeaban y miraban fijamente. Estaba loco. Arruinó mi programa, y luego ni siquiera tuvo la decencia de quedarse y decir «Hola».

Bueno, ahora que había oscurecido de nuevo, podría disfrutar de la película del sábado por la noche. Abrí una botella de cerveza de raíz, y una bolsa de patatas fritas, y me dispuse a pasar una buena noche frente al televisor.

CAPÍTULO 15: SOBRE EL JUICIO

COMO FUE Y COMO NO FUE

«Vi volar por el cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas» (Apocalipsis 14:6-7).

ESCENA UNO: ASÍ FUE

Aquella tarde de 1845, en la pequeña ciudad de Millcreek, Illinois, reinaba una gran agitación. El juez del octavo circuito de Illinois, David Davis, de Bloomington, acababa de llegar. Como era habitual, lo acompañaban varios abogados del circuito, entre ellos uno llamado Abraham Lincoln.

La presencia de Lincoln aumentó la emoción, porque los ciudadanos de Millcreek no habían olvidado las otras veces en que había venido a la ciudad con el juez Davis. Y

además de ser un excelente abogado, Abe Lincoln contó las historias más divertidas que nadie jamás haya oído.

Habían pasado casi seis meses desde la última sesión judicial en Millcreek, y había una gran acumulación de casos por juzgar. Se sospechaba que el viejo Thomas Jacobs había prendido fuego a la herrería. Él y el herrero habían tenido unas palabras. Thomas había hecho algunas amenazas bastante oscuras, y esa misma noche la herrería se había quemado hasta los cimientos. Algunos testigos dijeron que habían visto a Thomas allí junto al fuego, riéndose como siempre, y golpeándose las rodillas.

Luego estuvo la pelea en la taberna entre Henry Whitney y Ebenezer Bates. Whitney finalmente sacó su pistola y le disparó a Ebenezer a sangre fría. Algunos decían que Ebenezer lo había pedido, y que Whitney sólo se defendía. Pero otros se pusieron del lado de Ebenezer, y dijeron que fue un asesinato, simple y llanamente.

Tal vez el caso más destacado fue el de Jesse Adams. Un día llegó a la ciudad en su caballo, fue directo al Banco Millcreek, le puso la pistola al cajero, y le exigió todo el dinero en efectivo. Consiguió alejarse unas veinticinco millas de la ciudad antes de que el sheriff y su ayudante lo

atraparan, y desde entonces había estado en la cárcel de la ciudad.

Además de estos casos más espectaculares, estaban las habituales disputas sobre límites de propiedad, deudas y ejecuciones hipotecarias, demandas por difamación, y un hombre llamado Silas Foster había sido acusado de robar cerdos.

Se anunció que el tribunal se reuniría la semana siguiente, y la gente empezó a presentar sus asuntos legales. Los abogados se pusieron inmediatamente a trabajar en los casos que se les habían asignado y, cuando llegó la hora anunciada, se reunió el tribunal de circuito. Todo el pueblo se agolpaba en el juzgado, y durante cada receso se podía escuchar acaloradamente discutir los pros y los contras de cada caso. Los abogados interrogaron, y formularon objeciones en cada oportunidad.

Abe Lincoln tenía una habilidad especial para sacar la verdad a la luz y, en los casos que defendió, incluso la fiscalía acabó admitiendo que tenía razón. Mientras la gente escuchaba cada caso y escuchaba las pruebas por sí mismos, se convencieron de que se estaba haciendo justicia. Uno por uno, los casos fueron llevados ante el tribunal. Los jurados se retiraron a deliberar y se llegó a un

veredicto: culpable o inocente. Cuando el juez Davis condenó a los que habían sido declarados culpables, y los que fueron declarados inocentes fueron absueltos, la ciudad quedó satisfecha.

La última mañana que el juez y sus abogados estuvieron en la ciudad hubo un ahorcamiento: Henry Whitney había sido declarado culpable de asesinato.

Y el juez de circuito y su compañía se trasladaron a la siguiente ciudad.

ESCENA DOS: LA FORMA EN QUE NO FUE

Hubo gran entusiasmo en la pequeña ciudad de Millcreek, Illinois, esa tarde de 1845. El juez del Octavo Circuito de Illinois, David Davis, de Bloomington, acababa de llegar, acompañado por Abe Lincoln y varios otros abogados del circuito.

Habían pasado casi seis meses desde la última sesión judicial en Millcreek, y había una gran acumulación de casos por juzgar. Se sospechaba que el viejo Thomas Jacobs había prendido fuego a la herrería. Había habido una pelea en la taberna entre Henry Whitney y Ebenezer Bates... y Ebenezer Bates estaba muerto. Jesse Adams

estaba en la cárcel a la espera de juicio por robo a un banco. Y hubo la habitual variedad de disputas menores.

Se anunció que el tribunal se reuniría de inmediato. Todo el pueblo se agolpaba en el juzgado. El juez Davis golpeó el escritorio con el mazo y dijo: «Thomas Jacobs, inocente. Silas Foster, inocente. Henry Whitney, culpable de los cargos que se le imputan, será ahorcado al amanecer. Jesse Adams, inocente. El tribunal está cerrado».

El fiscal se puso de pie de un salto. «No puede hacer eso», gritó. «¿Quién se cree que es, de todos modos? No puede absolver a estas personas sin un juicio justo, ni condenarlas antes de que se demuestre su culpabilidad».

La gente del pueblo se puso del lado del fiscal. «Tiene razón», dijeron. «¿Cómo sabe el juez quién es culpable y quién no?»

Abe Lincoln alzó la voz para hacerse oír por encima del tumulto: «¿No confían ustedes en el juez? El juez sabe a quién debe absolver. Ha estado controlando todo desde que regresó a Bloomingdale. Ha llevado registros minuciosos, tiene pruebas y no comete errores».

Pero la gente se enojó aún más. «El juez puede tener pruebas y puede que no», dijeron. «Pero no tenemos

pruebas. No basta con afirmar que se tienen pruebas, hay que examinarlas abiertamente antes de dictar sentencia. Es necesario que vea las pruebas todo el tribunal, no sólo el juez.»

Los abogados del circuito siguieron intentando desesperadamente convencer a la gente de Millcreek de que se podía confiar en el juez, pero la gente insistió en que la confianza tenía que basarse en una comprensión inteligente de las razones de la decisión del juez.

La última mañana que el juez y sus abogados estuvieron en la ciudad, hubo un ahorcamiento.

¡Fueron el juez y sus abogados los que fueron ahorcados!

BUENAS NOTICIAS, MALAS NOTICIAS

«El Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio ha dado al Hijo... De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna; no vendrá a juicio, sino que ha pasado de muerte a vida» (Juan 5:22, 24).

Tom era un criminal, uno realmente malo, no un delincuente común y corriente de pueblo pequeño. Fue un gran momento. Era tramposo, mentiroso, ladrón, jugador, adúltero y asesino. Vendería a su propia madre si pensara

que con ella podría conseguir lo que quería. Se enorgullecía de no tener escrúpulos, de haber hecho todo lo que había que hacer. Pero lo habían atrapado.

Ahora Tom estaba en prisión, tratando de descubrir cuál sería su próximo paso. Pensó desesperadamente en escapar. Pensó en el suicidio. Ninguna de las dos cosas era posible; estaba demasiado vigilado. Practicó todo tipo de discursos negando sus actividades ilegales, pero ninguno de ellos parecía convincente, ni siquiera para él mismo. Estaba en un gran problema y Tom lo sabía. Cuanto más tiempo permanecía sentado allí, obligado a pensar, más abatido se volvía. Todo el futuro parecía negro. Parecía que las cosas no podían ser peores. Realmente estaba al final de su cuerda.

Entonces, un día, un funcionario de la prisión vino a la celda de Tom, y le dijo: «Tom, tenemos buenas y malas noticias para ti». Tom miró hacia arriba con mal humor. Sin embargo, en lo más profundo de su ser, sentía ansias por cualquier cambio en la miseria de estar sentado allí, impotente, día tras día. Se preparó para lo peor. «La buena noticia es que se le ha asignado un abogado a su caso, y es el mejor abogado del mundo». Tom guardó silencio. Sabía que había un problema en alguna parte. Y

efectivamente, lo hubo. El funcionario continuó: «La mala noticia es que también se ha asignado al fiscal, y es el mejor fiscal del mundo entero».

Tom permaneció en silencio. El funcionario de prisiones meneó la cabeza. «El abogado debe estar loco para pensar en defenderte. Pero, de todos modos, vendrá a verte mañana.» Y él se dio vuelta y se alejó.

Al día siguiente, un caballero tranquilo entró en la celda de Tom y llamó a la puerta. Tom levantó la vista sorprendido y luego se rio amargamente. «Tienes la llave, hombre», dijo. «¿Por qué llamas?». «Sólo voy a donde me invitan», respondió el visitante.

—Bueno, pasa —dijo Tom—. No iba a ir a ninguna parte.

El visitante abrió la puerta, entró y se sentó. «Entonces, ¿quién eres tú?» -Preguntó Tom.

«Soy abogado. Tengo entendido que busca un abogado que se ocupe de su caso».

—Sí —dijo Tom—. Ya era hora de que me enviaran a alguien. Pero cuéntame sobre tus calificaciones. El hombre que está aquí dijo que se supone que eres bueno. Pero si

eres tan bueno, tal vez no pueda pagar tu precio. Sé sincero conmigo para que pueda saber qué esperar.

«Bueno», dijo el abogado, «tengo una buena noticia para usted y otra mala. La buena noticia es que nunca he perdido un caso. Puedo garantizarle el resultado del juicio si se pone en mis manos».

«Y la mala noticia es el precio, ¿no?», dijo Tom. El abogado asintió.

«Bueno, cuéntamelo. ¿Cuánto va a costar?»

«Es gratis.»

«¿Le ruego me disculpe?»

«Es gratis», repitió el abogado.

«Oye, no soy un hombre rico, pero no necesito tu caridad», dijo Tom con rigidez. «Si pudiera salir de este tugurio, podría recaudar el dinero».

El abogado sonrió amablemente. «No, si quieres mi ayuda, debes aceptarla como un regalo. No puedes pagarme ninguna parte de ella. Es total y gratis. Es una de las condiciones para que me haga cargo de tu caso».

Tom guardó silencio durante unos minutos y luego preguntó: «¿Cuáles son las otras condiciones para recibir

su ayuda?». «Bueno», respondió el abogado, «tengo más noticias buenas y malas para usted. La buena noticia es que todo lo que tiene que hacer si quiere que me haga cargo de su caso, es pedírmelo. Lo haré de inmediato. La mala noticia es que, si me hago cargo de su caso, tendrá que declararse culpable».

Tom jadeó.

«¿No eres culpable?» preguntó el abogado.

—Sí, claro. Pero si me declaro culpable de todos los cargos que se me imputan, no tendré ni la más mínima oportunidad. Me echarán la culpa. ¿Cómo puedes pensar que podrás ayudarme si me declaro culpable?

«Tengo una mala noticia para usted y una buena noticia», dijo el abogado. «La mala noticia es que, si te declaras culpable, por supuesto, serás condenado. Y si no se declara culpable, el fiscal tiene pruebas suficientes de que será condenado de todos modos. De cualquier modo, no hay duda de que le condenarán a muerte.»

«Entonces, ¿por qué tener un juicio?» dijo Tom.

«Olvidaste que tengo una buena noticia», dijo el abogado. «La buena noticia es que estoy dispuesto a aceptar tu sentencia, y dejarte en libertad.»

«De ninguna manera», gritó Tom. «No eres tú quien ha vivido la vida podrida. No he hecho nada bueno. No merezco nada más que la muerte. La horca es demasiado buena para mí. No hay manera de que pueda dejarte pagar por mis crímenes».

El abogado respondió con suavidad: «Pero, Tom, ya he pagado. Lo único que falta es que aceptes mi sustitución en tu nombre. Es tuya, si la aceptas, y es completa. Cubrirá completamente tus crímenes».

Después de un largo momento, Tom preguntó en voz baja: «¿Hay algo más que deba saber antes del juicio?»

El abogado asintió. «Sí, tengo buenas noticias para usted y malas noticias. La buena noticia es que será perdonado. De eso no hay duda. Podrá presentarse ante Dios y los hombres como si nunca hubiera pecado. Pero también puede haber malas noticias para usted».

-¿Qué es eso? -preguntó Tom.

«Es esto: ya no serás un criminal.»

«¿Qué quieres decir?»

«Serás una persona nueva. Tendrás una nueva dirección. En mi trabajo hay más que simplemente pagar la pena por tus fechorías. Tengo aún más que completar

en tu vida. Mientras esperas que se lleve a cabo tu juicio, no seguirás mintiendo, engañando, robando y matando. Te volverás puro, honesto y digno de confianza. Trabajaremos juntos estrechamente, tú y yo. Nos convertiremos en buenos amigos. A medida que nos asociamos día tras día, llegarás a odiar las cosas que una vez amaste, y a amar las cosas que una vez odiaste. Te convertirás en una persona completamente nueva.»

«No estoy tan seguro de eso», dijo Tom. «La perspectiva del perdón me parece bastante buena, pero ¿y si quiero seguir mi propio camino? ¿No podemos simplemente arreglarlo para que pueda ser liberado de la pena por mis acciones? ¿No es eso lo suficientemente completo? ¿Realmente tengo que dejar de ser un delincuente?»

«El perdón es bueno sólo para aquellos que están dispuestos a que yo les dé una nueva vida», afirmó el abogado.

Tom miró al suelo mientras el abogado esperaba pacientemente su decisión. Por fin, Tom levantó la cabeza. «Me gustaría pedirle que tome mi caso», dijo. «Admito que soy culpable. Y realmente no quiero seguir siendo un delincuente. Acepto tu ayuda.» El abogado se levantó y le

tendió la mano. Tom lo tomó con firmeza y se selló el contrato.

«¿Hay algo más que deba saber antes de que te vayas?» «Sí, hay una última cosa», respondió el abogado. «Tengo una última buena y mala noticia para ti.»

Tom sonrió. «Dame primero las malas noticias y acaba con esto de una vez, aunque de repente parezca que ninguna de tus malas noticias ha sido tan mala».

El abogado también sonrió. «Muy bien. La mala noticia es que ya hemos fijado la fecha para su juicio».

«Vaya, eso no es ninguna mala noticia», exclamó Tom. «Con un abogado como usted, ¿cree que me gustaría quedarme aquí en este lugar para siempre, y ni siquiera que mi caso llegue a los tribunales? ¡La noticia del juicio venidero es una noticia tremenda! Tus buenas noticias tendrán que ser bastante buenas para superarlas.»

El abogado miró a Tom a los ojos por un momento antes de decir suavemente: «La buena noticia es esta: cuando vengas a juicio, no solo seré tu abogado; también seré tu juez».

NO JUZGUES

«En lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas, haces lo mismo» (Romanos 2:1).

La otra noche soñé que Cristo venía, y las puertas del cielo se abrieron de par en par. Con bondad, un ángel me hizo entrar. Y allí, para mi asombro, estaban personas que había conocido en la tierra. A algunos los había juzgado y etiquetado: «No aptos, de poco valor». Palabras indignadas subieron a mis labios, pero nunca fueron liberadas, porque muchos rostros mostraron sorpresa... ¡No me esperaban!

CAPÍTULO 16: SOBRE LA FAMILIA

PAPÁ Y YO JUNTOS

A menudo pienso en los días pasados, cuando era niño.

De cómo a menudo me encantaba estar de ronda con papá.

Papá me enseñó con el ejemplo cosas que el tiempo y el espacio no pueden separar.

Y hemos pasado muchos momentos felices, papá y yo juntos.

Recuerdo una vez, hace mucho tiempo, mientras caminaba por el sendero, los pájaros cantaban aquí y allá, cada uno su propio estribillo.

Papá me enseñó ese viejo dicho sobre la verdad, pájaros del mismo plumaje, y seguí pensando mientras íbamos, Sí, papá y yo juntos.

Pasaron los años y llegaron los cambios. Una familia propia.

Pero muchas veces volvimos a esa antigua casa de campo.

Los pasos de papá eran lentos y más cortos ahora, pero, aun así, parecía que prefería, y pronto estaríamos caminando, papá y yo juntos.

Papá ya no está; nos ha dejado aquí solos, tristes de corazón.

Siempre supimos que llegaría el momento, algún día tendríamos que separarnos.

Pero si yo, como papá, puedo navegar en el mar de la vida a través del clima agitado y tormentoso, llegará un momento en que siempre seremos papá y yo juntos.

CUANDO MAMÁ ME ARROPÓ

Cómo los años cambiantes, me han encontrado lejos de los pensamientos sobre el hogar. Ahora ninguna madre se inclina ante mí, cuando llega la hora de dormir.

Pero a mi pobre corazón le trae consuelo, y me da paz interior sólo pensar que soy pequeño, y que mi madre me arropa.

Mientras me arrodillo allí con mi hermano, junto a la cama sobre las escaleras, oigo a nuestra dulce madre decir: «Muchachos, recuerden las oraciones».

Entonces ella viene, y se arrodilla a nuestro lado: «Padre, líbralos de todo pecado».

Oh, su beso es tierno y gentil, cuando mi madre me arropa.

Cuando por fin la tarde me encuentre, y el día de la vida haya terminado, todas las cosas de la tierra que me atan se romperán una por una.

Entonces, oh Señor, sé Tú mi consuelo, calma mi alma, y conquista Tu paz.

Déjame quedarme dormido, tan suavemente como cuando mamá me arropó.

CAPÍTULO 17: CONCLUSIÓN

CARTAS A NOÉ

«Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase; por la cual condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe» (Hebreos 11:7).

Mi querido amigo Noé,

Desde hace algún tiempo he sentido que debería escribirle acerca de algunas de las cosas sobre las que ha estado predicando recientemente. Por favor, comprenda que lo apoyo personalmente, y creo que es sincero en lo que predica. Pero hay varios puntos que quizás podrías aclarar. Estoy bastante seguro de que no piensas realmente en lo que parece decir.

En primer lugar, permítanme felicitarlos por su mensaje de que se avecina un diluvio. Sabes, por supuesto, que creo esto tanto como tú. De hecho, se avecina un diluvio, y el mundo debe estar advertido. Sé que el Señor te ha dado un mensaje especial sobre este asunto, y lo has predicado poderosamente muchas veces.

Además, permítame unirme a su preocupación por que la gente entienda que debe confiar en el Señor, para que la libere del diluvio. Es solo a través de Su obra en nuestro favor que podemos ser salvados del diluvio. Debemos confiar totalmente en Él para nuestra salvación. No tenemos méritos propios que nos puedan recomendar a Su favor, y nuestra seguridad debe estar siempre en Sus méritos. Tal vez usted deba enfatizar esto más, aunque sé que usted cree en ello.

Pero en cuanto a este asunto del arca (la relación con Dios), muchos piensan que usted ha dedicado demasiado tiempo a hablar de ello. Me temo que tengo que estar de acuerdo con ellos, aunque no cuestiono ni por un minuto su sinceridad al construirla, o predicar sobre ella. Pero ¿no se da cuenta de que esto huele a legalismo? Si me perdona que lo diga, es un enfoque extremadamente subjetivo del problema del diluvio. Nuestra salvación no puede depender de ninguna manera de lo que hagamos. Me temo que muchas personas consideran el hecho de entrar en el arca como un viaje de trabajo más. Nunca debemos hacer, ni siquiera parecer que hacemos, nada que hagamos como base o condición para nuestra salvación del diluvio.

Si por alguna remota casualidad resulta que tienes razón, seamos sinceros, Noé, te adelantaste a tu tiempo. Tal vez exista la posibilidad de que antes de que termine el diluvio, este asunto del arca se vuelva relevante. Pero ¿quién ha oído hablar de que Dios le haya dado a alguien un mensaje 120 años antes de que fuera necesario? Al menos espera hasta que haya llovido lo suficiente, para que la gente pueda empezar a juzgar con precisión y justicia por sí misma, si Dios espera que naden, remen, o se suban a algún arca. Y luego, si es necesario, ven a por nosotros con tu arca. Hasta entonces, ¡no hagas olas!

Atentamente, Ann T. Diluvian

Mi querido amigo Noé,

Hay algo que quería preguntarte. Usted ha sido predicador durante muchos años, y sabe cómo predicar sermones poderosos. Personas de todas partes han venido a escuchar tu mensaje.

Pero han pasado 119 años desde que usted comenzó. Durante todo ese tiempo, usted ha sido el único que ha predicado sobre el diluvio. Eso no tiene sentido para mí. ¿Cree que podría estar equivocado? Después de todo, si realmente se avecina un diluvio, ¿no debería estar todo el

mundo hablando de ello ya? ¿Cuánto tiempo tarda en difundirse la noticia?

¿Por qué Dios te ha enviado a ti y a nadie más? ¿Quién ha oído hablar de Dios enviando un mensaje al mundo entero a través de un solo hombre? ¿No debería haber enviado un comité? ¡Solo pensé en preguntar!

Como siempre, Ann T. Diluvian

ENTRAR ALLÍ

Ahora bien, Adán le dijo a Set, su hijo, cuando la vida de Adán estaba casi terminando, «Soy el primer hombre que fue creado, y, sin embargo, un fracaso, me temo. Pero eres joven, y la vida es tuya; tendrás una oportunidad que fue mía. Cuando finalmente abandone la lucha, entra allí y arregla las cosas viejas».

Pasaron los siglos y los siglos huyeron, y Set llamó a Enós y le dijo: «He fallado en cumplir la palabra de mi padre, y siempre he servido al Señor. Pero eres joven y la vida es anterior, toma la antorcha parpadeante que llevo. Cuando por fin haya desaparecido de mi vista, entra allí y arregla las cosas.»

Pero Enós, pasados los años, pasó todavía la misma carga.

Y su hijo se lo pasó a otros. Estos otros aún a otros. A hijo y nieto, una y otra vez. Y así sucesivamente a otros hombres.

El llamado llegaba todavía desde la noche del Edén: «¡Entra allí y arregla lo viejo!» Y todavía resuena a través de todos nuestros años, guerra y paz, en sonrisas y lágrimas.

De nuevo desciende el llamado, El grito angustiado de los hombres atribulados que intentan correr el antiguo curso, y al hacer su trabajo ponen en marcha el sol.

Pero, aun así, llaman cuando cae la noche: «¡Entra allí, arregla lo viejo!». Así que, amigos, hoy, levantémonos y brillemos; lo mejor de todos los años es vuestro. Así que ahora la tarea se ha puesto al sol, que otros de ellos podrían haber hecho. Vayan a donde Dios llama, Su Palabra proclama, Para servicio amoroso, no para fama.

En Cristo encuentra valor, esperanza y luz: «¡Entra allí y arregla lo viejo!»